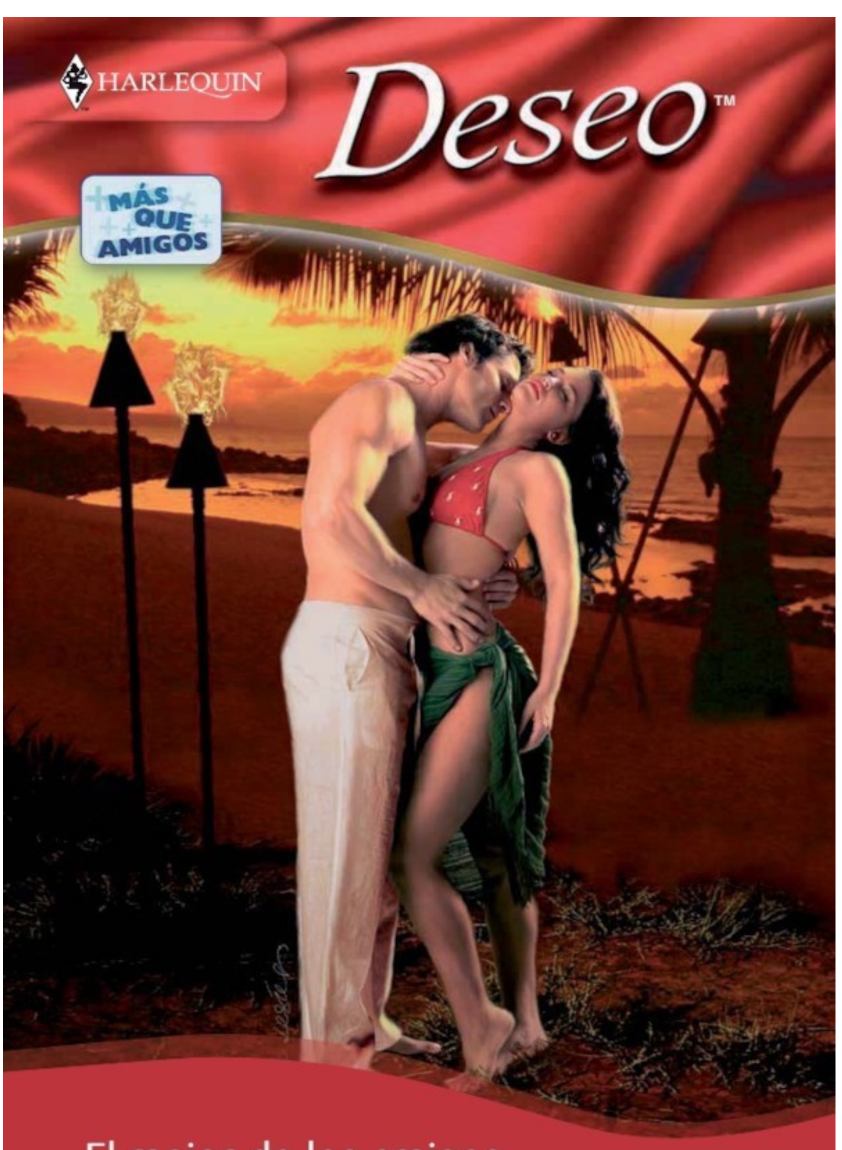


El mejor de los amigos

NICOLA MARSH

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL MEJOR DE LOS AMIGOS, N.º 1761 - diciembre 2010
Título original: Hot Nights with a Playboy
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9319-0
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



El mejor de los amigos

NICOLA MARSH



Capítulo 1

La gurú del estilo Abby Weiss asombra al mundo de la moda con su impresionante trabajo para Finesse, la revista femenina líder en Australia. Las islas Whitsunday han sido el fabuloso escenario donde Weiss ha demostrado su talento. La artista, gracias a esta editorial estelar, se ha asegurado el puesto de directora de moda en Finesse. No pierdan de vista a esta brillante promesa de la industria de la moda.

Abby podía imaginarse los titulares.

No había pensado en otra cosa desde la llamada de Mark Pyman, director de Finesse, anunciándole que había logrado el lucrativo encargo para el número de verano de la revista; tampoco lo había olvidado durante el viaje hasta su llegada al exclusivo hotel en Isla Zafiro.

Lo que había visto de aquel lugar hasta el momento había disparado su imaginación, y sabía que con un poco de creatividad y mucho trabajo, aquella editorial de moda supondría su mejor baza para alcanzar el ansiado puesto de directora en la revista.

Aquélla era su oportunidad para triunfar.

Paseó hasta el bar junto a la piscina del hotel con brío renovado, se maravilló de la abundancia de plantas tropicales y orquídeas exóticas, y se emocionó aún más cuando encontró varias localizaciones para las fotos.

Isla Zafiro constituía el lugar ideal para exhibir la moda de los diseñadores más destacados de Australia. Como era de esperar, Mark había contratado a varias top models, lo cual facilitaría mucho su labor.

Cuando trabajaba con profesionales y veía los resultados, siempre se sentía orgullosa de formar parte de la despiadada industria de la moda. Todavía no había visto al fotógrafo, pero sabía que Mark sólo empleaba a los mejores.

Al pensar en fotógrafos, se preguntó en qué parte el mundo estaría escondiéndose Judd. No habían hablado en los últimos tres meses, algo extraño dada su íntima amistad. Lo íntima que podía

resultar por teléfono e Internet…

Ni siquiera había recibido ninguna de sus postales de una sola línea. Sonrió pensando qué diría si supiera que había hecho un mural con todas ellas, y adornaba la pared de su estudio: seguramente algo ingenioso con la intención de bajarle los humos, al más puro estilo Judd Calloway.

«Ciertas cosas no cambian nunca», pensó. Tampoco las aceptaría si cambiaran.

Afortunadamente, habían superado su pequeño error de la noche de la graduación y habían conseguido mantener una profunda amistad.

Nada como la negación, para aguantar los últimos ocho años teniéndolo como su mejor amigo y confidente.

–Es asombroso lo que el océano puede dejar en tierra hoy en día.

Abby dio un respingo y se giró.

–¡No puede ser!

Alargó la mano y golpeó a Judd en el pecho. Sí que era real. Muy real, a juzgar por aquellos músculos duros como piedras.

–¿Qué haces aquí?

Lo vio esbozar su habitual sonrisa, la que resaltaba las motas doradas de sus ojos castaños. Abby le devolvió la sonrisa, instintivamente, a pesar de que no había vuelto a verlo desde aquella fatídica noche tras el baile de graduación.

–¿Crees que ésa es manera de saludar a tu nuevo fotógrafo estrella?

–¿Vas a realizar este editorial? Pero se trata de moda, no de vida salvaje.

Judd se sentó en un taburete y le indicó que ocupara otro a su lado.

–No estoy tan seguro de eso. He visto la forma en que algunos de tus amigos se divierten y no son tan distintos.

–No son mis amigos, sólo trabajo con ellos.

–Y sales a divertirte con ellos –bromeó él, recogiéndole un mechón de pelo tras la oreja–. No tienes muy buen gusto, me temo.

Consciente de que era una batalla perdida, Abby se ruborizó mientras el calor le subía por el cuello, hasta detenerse cerca de donde él la había rozado.

Hacía mucho tiempo que él no la tocaba. Sus tórridos sueños en

las noches de Sidney, donde él la acariciaba tal y como ella deseaba, no contaban.

–No lo tengo, dado que sigo en contacto contigo...

Lo oyó reír, y aquel familiar sonido la reconfortó como los dulces que compartían de niños.

–Ponme al día. Tu última postal decía que te encontrabas en la selva de Sudáfrica, fotografiando cebras, y ahora estás aquí. ¿Qué podría tentar al mejor fotógrafo de Naturaleza a realizar un editorial de moda con pájaros de los que no tienen plumas?

Judd había criticado «el superficial mundo de la moda», según lo llamaba, desde que ella había empezado a trabajar en la industria, así que sabía que debía de haber algo o alguien importante tras aquello.

–Todo se desvelará a su tiempo –respondió Judd, llamando al camarero–. ¿Quieres beber algo?

–Lo de siempre, por favor.

Él sonrió, y se le formaron las arrugas de siempre en las comisuras de los ojos.

–¿Esto es una prueba?

–Ya lo creo.

Él rió mientras sacudía la cabeza.

–¿Sigues bebiendo el mismo veneno que en el instituto? Qué triste...

–Como si lo recordaras –se mofó ella.

–Agua con gas y lima para la dama y una cerveza para mí, gracias –pidió él al camarero, y se giró hacia ella–. ¿He aprobado?

–Siempre has tenido muy buena memoria –murmuró Abby, emocionada porque él recordaba algo tan poco relevante como su bebida favorita–. Y ahora, dime cómo has llegado aquí.

–Una amiga me rogó que accediera, como un favor para un tipo que le encarga muchos trabajos, un tal Mark Pyman, así que aquí estoy.

Firmó la cuenta mientras ella sólo podía pensar en una cosa: él había dicho «una amiga».

¿Quién era aquella misteriosa mujer a la cual él tenía en tanta estima como para dejar su amada Naturaleza y regresar a casa? Algo que había evitado a toda costa desde que por fin había escapado de Pier Point.

Dio un sorbo a su copa y trató de ocultar su malestar.

–¿Conozco a esa amiga tuya?

–Probablemente. Paula trabaja mucho para *Finesse*.

–¿Te refieres a Paula, la mejor top model australiana? Sí, hemos trabajado juntas unas cuantas veces. Es simpática. No sabía que la conocías.

Él siguió bebiendo su cerveza, ignorante de su envidia al pensar que Paula tenía tanta influencia sobre su mejor amigo.

–Nos conocimos en Sudamérica. Al terminar un reportaje sobre anacondas, me tomé un respiro en Río, donde Paula estaba posando para un reportaje de bikinis.

–No me lo habías contado –señaló Abby, intentando sonar despreocupada, pero sabiendo que no lo lograba.

¿Desde cuándo él tenía que contarle que había conocido a alguien nuevo?

Lo vio encogerse de hombros y reparó en lo anchos que eran. Otra cosa que apenas había cambiado. De hecho, cargar el equipo fotográfico había hecho que los fortaleciera hasta proporciones espectaculares. ¿Seguirían siendo tan firmes y sólidos como la noche en que se había agarrado fuertemente a ellos, mientras los labios de él la volvían loca?

–Paula es una chica estupenda. Tenemos mucho en común.

–¿Ah, sí? –preguntó, presa de los celos.

Había envidiado a las pocas y afortunadas novias que él había tenido, y había sentido un gran alivio cuando no habían durado más de una o dos semanas.

Algo lamentable, dado que ella había salido con muchos hombres, con la vana esperanza de demostrarse a sí misma y a Judd que había superado su atracción hacia él. Siempre le había contado sus desastrosas citas, y habían pasado horas riéndose de los defectos de sus ex novios.

Entonces, ¿por qué la idea de que Judd estuviera saliendo con la espectacular Paula le resultaba amarga? Tenía que deberse a un exceso de lima en su bebida.

En realidad, sabía muy bien por qué: las otras mujeres no habían significado nada para él; sin embargo, por Paula había renunciado a sus preciados viajes para regresar a casa por primera vez en ocho años. Eso no era nada bueno.

–Sí, ambos hemos recorrido el mundo y nos encanta hacerlo, ambos odiamos atarnos a un solo lugar, y compartimos nuestra pasión por los helados *sundae*.

–¿Bromeas? ¿Paula «la Pretzel» come helados?

Él la miró entrecerrando los ojos.

–Tú no sueles ser así de hiriente, ¿qué ocurre?

Abby sacudió la cabeza, preguntándose si el calor de la isla no le habría derretido el cerebro. Judd era su mejor amigo, no lo había visto en ocho años, y estaba echándole en cara que hiciera un favor a una amiga.

–Nada. Debe de ser el cansancio.

Él le hizo elevar la barbilla.

–A mí me ha sonado a que estás celosa.

–En ese caso, deberías ir al otorrino.

Que él la tocara la confundía, y no debería ser así. Ella ya había pasado por aquello.

Intentó no reaccionar cuando él se le acercó, con ojos llenos de ternura, y la besó brevemente en la nariz.

–Te he echado de menos, Weiss.

Su colonia la arropó, un aroma a almizcle que le sentaba perfecto. En el instituto no lo usaba, pero olía igual de maravilloso.

Y ella lo sabía bien. Había conservado sin lavar durante un mes la camiseta que él le había regalado el día después del baile de graduación, y se la había puesto cada noche para dormir y soñar con él.

Lo triste era que todavía la conservaba cuidadosamente doblada en el cajón de su ropa interior, recuerdo de la única vez que había creído que podrían tener algo más que amistad.

Se separó rápidamente, molesta por los recuerdos de un tiempo lejano.

–Hablamos a menudo. ¿Cómo es que me has echado de menos?

–Hablar por teléfono no es lo mismo que esto, ¿no crees? –dijo él, sonriendo y tomándola de la mano.

Abby se recreó en el calor de sus dedos rodeándola, a pesar de la desmesurada reacción de su cuerpo al verlo después de tanto tiempo. Había echado de menos el contacto físico con él: los pellizcos juguetones, el ir agarrados de la mano, los abrazos de oso. En el instituto, habían sido inseparables. Judd tenía razón:

conversar por teléfono no tenía nada que ver con aquel afecto compartido de dos amigos íntimos, charlando como si nunca se hubieran separado.

–Ha pasado algo de tiempo.

–¿Qué son ocho años para unos amigos?

–Cierto –reconoció, preguntándose por qué de pronto estaba tan tensa a su lado.

Aquél era Judd, su mejor amigo. ¿A qué se debía aquel extraño sentimiento de que algo había cambiado entre ambos? Después de todo, ella había contenido su enamoramiento, lo había dejado en suspenso, y había disfrutado de su amistad a distancia mucho más de lo que habría creído posible, durante aquellos ocho años.

Había madurado. Entonces, ¿qué había cambiado en los últimos minutos, que estaba tensa, nerviosa, y de pronto era demasiado consciente de lo sexy que era Judd?

Deseosa de cambiar de tema y romper la repentina intimidad que los rodeaba, habló:

–¿Qué tal te va el trabajo? ¿El mundo de los primates y los grandes felinos es tan maravilloso como creías?

–Mejor aún. Deberías probarlo algún día –respondió él, soltando su mano y agarrando su cerveza.

¿Por qué su sonrisa se había disipado? ¿Había metido la pata?, se preguntó Abby.

–No estoy tan segura. Además, si estas fotos salen perfectas, Mark comentó que me haría una oferta muy interesante.

–Entonces, ¿este trabajo es importante para ti?

–Por supuesto –respondió ella.

Se abstuvo de añadir: «Es lo que me motiva últimamente».

Aunque le encantaba ser estilista de moda, a veces eso no era suficiente. Su mejor amigo se pasaba la vida recorriendo el mundo, y ella nunca lo veía, mientras que el resto de su círculo social consistía en colegas de trabajo y conocidos entregados a la fiesta día y noche. Y ella ya se había apartado de esa vida hacía tiempo.

No comprendió la emoción que cruzó el rostro de él ante su respuesta, casi parecía decepción. Era evidente que, para él, su trabajo también lo significaba todo. ¿Cómo si no habría soportado la existencia nómada de los últimos ocho años?

–Por nosotros y porque realicemos un buen trabajo durante la

semana –dijo él, elevando su jarra, junto con las esperanzas de Abby.

Una semana completa en compañía de su mejor amigo, el único hombre capaz de hacerla sonreír, y a quien había echado terriblemente de menos, a juzgar por lo nerviosa que se sentía.

–Brindo por ello.

Al chocar sus copas, la de Abby se agrietó ligeramente, y ella rezó porque no le ocurriera lo mismo a su amistad.

Tal vez se había exigido demasiado a sí misma últimamente.

Tal vez había transcurrido demasiado tiempo entre citas.

Tal vez tan sólo necesitaba un par de días en compañía de Judd para volver a sonreír.

Fuera lo que fuera que estaba causando aquella tensión entre ambos, necesitaba superarla. Judd era lo más importante para ella, y de ninguna manera pondría en peligro su amistad.

Por nada del mundo.

Capítulo 2

Judd se pasó una mano por el rostro y se miró en el espejo tras la barra del bar.

Los mismos ojos, la misma nariz, la misma barbilla. Entonces, ¿por qué Abby lo había mirado tan extrañada cuando la había sorprendido hacía unos minutos?

Él había supuesto que daría saltos de alegría al verlo y, aunque había parecido alegrarse, algo la preocupaba.

Aunque habían transcurrido varios meses sin hablarse, la conocía casi mejor que a sí mismo. Su relación tan íntima lo asustaba a veces. Después de todo, ella era una mujer, y las mujeres solían tener expectativas.

Sin embargo, ella era diferente. No pretendía nada de él, se contentaba con que fueran amigos. Si alguna vez le exigiera algo diferente, él saldría corriendo, igual que hacía ocho años.

–¿Acicalándote delante del espejo, Calloway? Algunas cosas no cambian nunca.

Se giró hacia Abby, que volvía del aseo, y la observó sentarse de nuevo a su lado en el bar. Le impresionaba lo guapa que estaba.

Se habían enviado fotos por correo electrónico a lo largo de los años, así que sabía que ella no se había cortado el pelo y que seguía llevando ropa informal en lugar de los modelos de diseño con los que trabajaba, pero verla en carne y hueso lo había excitado de manera inesperada.

Las fotos no le hacían justicia, considerando su cuerpo adulto: piernas torneadas, cintura delgada, delicioso trasero y pechos fabulosos. Su figura atlética de la época del instituto había desarrollado curvas en los lugares adecuados, y él estaría ciego si no lo advirtiera, fueran amigos o no.

–Yo nunca me he acicalado –replicó él, con fingida expresión de ofendido que ella no se creyó, teniendo en cuenta que siempre discutían así.

Abby enarcó una ceja.

–¿De veras? Recuerdo perfectamente a un adolescente de instituto sacando músculo delante de mi espejo, en cuanto se inscribió en el gimnasio. Y la vez en que te compraste aquella lamentable camiseta de franela con músculos dibujados. Y la vez en que...

–De acuerdo, dame un respiro.

Elevó las manos defendiéndose y ella se las apartó. Pero su desenfadado contacto le provocó a Judd un efecto extraño, la calidez de la mano de ella pareció permanecer en su piel.

Judd apretó los dientes, esperando que su rostro no reflejara aquella repentina consciencia.

Él creía que ya había superado aquello con Abby.

Se había equivocado. Ocho años de ausencia no habían aplacado la atracción.

–Tienes una memoria de elefante. No quiero saber qué más recuerdas.

–Te asombrarías –dijo ella bajando la voz y elevando el vaso hacia él, con una enigmática sonrisa.

Judd, conmocionado, se dio cuenta de que estaba flirteando con él.

Ellos dos nunca flirteaban. Bromeaban, se contaban intimidades, pero nunca flirteaban.

Los amigos no lo hacían. Al menos, ellos dos nunca lo habían hecho en todos aquellos años, como si aquel beso de la noche de la graduación nunca hubiera sucedido. Y él quería mantenerlo así.

Entonces, ¿por qué aquella urgencia suya de corresponder al flirteo, de comprobar adónde podía llevarles aquella chispa de deseo entre ambos?

–Hay que ver qué duro trabajas, jefe.

La alegre voz de su ayudante, Tom Bradley, precedió a su palmoteo en la espalda. Judd no sabía si sentirse aliviado o irritado por la interrupción.

–Estoy en mitad de una reunión de negocios –anunció, guiñándole un ojo a Abby como diciéndole «enseguida regreso contigo, muñeca», y sintiendo satisfacción al verla ruborizarse.

A su mejor amiga le gustaba flirtear, pero parecía que tenía problemas recibiendo ese flirteo.

–Te presento a Abby Weiss, extraordinaria estilista de moda.

Al ver la cara de tonto que se le puso a Tom, Judd acercó su taburete al de Abby antes de darse cuenta de lo que hacía.

–Encantado de conocerte –saludó Tom, acercándose otro asiento.

–Igualmente –respondió Abby, estrechándole la mano.

Algo perfectamente natural, normal y educado. Lo que no resultó normal fue la ola de celos que le quemó el estómago a Judd mientras explicaba:

–Abby y yo fuimos juntos al colegio.

Tom se irguió en su asiento y lo miró desconcertado.

–¿La famosa Abby, tu mejor amiga?

Judd asintió.

–La única y verdadera.

Tom los miró alternativamente con una sonrisa cómplice.

–¿No os parece fabuloso? Los dos vais a trabajar y a disfrutar juntos.

Abby rió.

–No sé si sentirme halagada de que Calloway haya hablado de mí, o deseosa de averiguar qué ha estado diciendo.

–Todo cosas buenas –le aseguró Tom, pidiendo por señas una cerveza al camarero antes de concentrarse de nuevo en Abby–. Aunque no había mencionado lo despampanante que eres.

–Gracias, caballero –dijo ella, batiendo las pestañas en un exagerado despliegue de coquetería, uniéndose a las risas de Tom, mientras Judd intentaba ignorar los celos que lo invadieron de nuevo.

Maldición, debía de estar más afectado por el *jet lag* de lo que creía. Cuando Abby le había hablado de sus novios anteriores, él había bromeado al respecto. Entonces, ¿por qué la idea de que Tom la deseara lo sacaba de quicio?

–¿Vosotros dos habéis sido amigos toda la vida?

–Así es –respondió Judd, contento de que el hombre hubiera «apagado» su encanto.

Judd había visto a las mujeres abalanzarse sobre

Tom, con su belleza nórdica y su estatura de más de metro ochenta, y desconocía cómo reaccionaría Abby si su ayudante le ponía el ojo encima.

«¿Por qué te importa tanto?».

Se le erizó el cabello de la nuca conforme observaba aquellos

ojazos azules, la sonrisa auténtica, el cabello castaño y las gloriosas curvas, sabiendo perfectamente por qué le importaba, pero demasiado asustado para admitirlo.

–¿Habéis sido más que amigos alguna vez?

Abby ahogó un sonido entre un bufido y una carcajada, antes de esconder rápidamente su sonrisa tras su copa, al tiempo que se giraba hacia Judd esperando su respuesta.

La pregunta de Tom hizo renacer recuerdos de la única vez que se habían besado, un hecho que Judd no tenía intención de repetir.

La primera vez ya había sido suficientemente peligrosa.

Había sentido demasiado, disfrutado demasiado de la respuesta del cuerpo de ella. En aquel momento lo había achacado a sus hormonas disparadas. ¿Qué adolescente de dieciocho años no aprovecharía la oportunidad de besar a la chica más popular del instituto?

Sin embargo, no había estado preparado para el profundo sentimiento que lo había embargado tras el beso, y la respuesta en la mirada de ella lo había hecho salir corriendo... y no había dejado de correr desde entonces.

Dirigió a Tom su mirada más fulminante y le dijo:

–Don Curioso, corta las preguntas y mueve el trasero. Tenemos que estar en la playa en menos de una hora para la primera sesión, así que carga el equipo y nos veremos allí abajo.

–¡Sí, señor! –exclamó Tom, saludándolo burlón a lo militar, y luego se giró hacia Abby–. Encantado de conocerte. Estoy deseando trabajar contigo.

–Lo mismo digo.

Judd esperó hasta que Tom hubo desaparecido, para inclinarse sobre Abby y susurrarle al oído:

–¿Y bien? ¿Lo hemos sido?

Ella abrió los ojos levemente al advertir a lo que él se refería, pero prefirió hacerse la tonta.

–¿Si hemos sido qué?

–Algo más que amigos.

–Dímelo tú –contraatacó ella, apartándose un mechón de su glorioso cabello.

Judd rió y se irguió, cómodo con la manera en que bromeaban, y sintiéndose cada vez ás estúpido por su reacción ante el leve

flirteo de Tom con ella.

–Supongo que nunca piensas en aquel sensacional beso de la noche de graduación, ¿verdad?

–Supones bien –contestó ella, jugueteando con el bajo de su falda, y deteniendo su mano cuando vio que él la miraba–. Y no fue tan fabuloso.

–Mentirosa –murmuró él, y puso la mano encima de la suya, demasiado consciente de la pierna desnuda a meros milímetros de sus dedos curiosos.

¿Sería su piel tan suave como parecía? ¿Tocarla supondría un preludio de algo más?

–De acuerdo, me has pillado. Nadie me ha besado mejor que tú. Ahí lo tienes. ¿Satisface eso tu enorme ego?

Ella retiró su mano y él elevó la suya, conmocionado por lo cerca que había estado de acariciarla, y lo mucho que había deseado hacerlo.

–Lo haría si me creyera que lo dices en serio –señaló él, forzando una carcajada mientras intentaba no mirarla a los senos, que habían respondido al contacto con él.

¿Qué demonios le ocurría?, se reprochó Judd. Ya habían superado aquel beso infantil, llevaban ocho años siendo amigos íntimos. ¿Por qué se le habían disparado las hormonas nada más verla?

Abby terminó su bebida, apoyó el vaso en la barra con fuerza, y se levantó de su asiento.

–Por más que me gustaría quedarme y halagarte, tengo trabajo que hacer. Te veo en la playa dentro de un rato.

–Lo que tú digas, jefa.

–Eso no lo olvides –replicó ella, despidiéndose con la mano mientras salía pavoneándose del bar, ofreciéndole una espectacular visión de sus deliciosas piernas y la minifalda que jugueteaba con sus muslos, como incitando al observador a descubrir los encantos ocultos bajo ella.

Judd sintió ansias de explorarlos...

Se frotó los ojos, con la inútil esperanza de borrar aquella imagen tan sexy de su mente, agarró la bolsa con su cámara y se encaminó a la puerta.

No necesitaba complicaciones en su vida.

¿Acaso la nueva Abby, la que flirteaba, era una complicación?
No lo sabía.

Abby rebuscó entre diferentes bikinis y pareos, casando los estilos y colores con eficacia. Le encantaba aquella libertad para combinar su sentido artístico con el sentido común acerca de lo que sentaba bien en cada temporada. Y, según los comentarios de las lectoras de *Finesse*, apreciaban su buen ojo para la moda tanto como Mark. ¿Por qué si no iba él a insinuar una jugosa oferta?

Se preguntó qué opinaría Judd de lo lejos que ella había llegado. Él siempre había bromeado acerca de su interés por la ropa, y ella le había dado el gusto de responderlo, ya que sus discusiones eran parte de su amistad, igual que el compartir sus esperanzas y sueños.

Le había sorprendido encontrárselo antes. ¡Estaba muy guapo! Había adquirido un bronceado que acentuaba sus ojos castaños y el brillo de su sonrisa. Y se había dejado crecer el pelo, cuyas ondas negras se rizaban en su cuello. Llamaba la atención.

–¿Cuál bikini es el mío? Por favor, no digas que el de tanga...

Tara Lindman agarró el dos piezas de estampado de leopardo que Abby le tendía.

–Lo sabía. Es hora de volver al gimnasio.

Abby sonrió a la modelo y le miró el trasero, enarcando una ceja.

–Claro. Los glúteos que inspiran a una nación necesitan más tonificación... No seas exagerada. Si los tuvieras más firmes, podrían partirse nueces sobre ellos.

–Oye, no eres tú la que tiene que exhibir su cuerpo debido al trabajo.

–Tienes toda la razón –dijo Abby, uniéndose a la risa de Tara.

Había trabajado a menudo con ella el último año, y admiraba su profesionalidad mezclada con una buena dosis de realidad. Además, no miraba a los demás por encima del hombro. Se habían hecho amigas a base de trabajar juntas, algo que sorprendía a Abby. Después de todo, ¿qué podía tener ella en común con aquella diosa que conquistaba a los hombres sin intentarlo?

–¿Has visto al nuevo fotógrafo? –inquirió Tara, inspeccionando los bikinis–. Está para chuparse los dedos.

Abby sonrió.

–Sí, es mono.

–¿Estás ciega? –exclamó Tara–. Es tremendamente guapo. Y, si no me equivoco, no parece tener la soga del matrimonio al cuello.

–Tienes razón acerca de que está bien, pero, ¿cómo voy reconocer que un chico al que conozco desde los seis años es tremendamente guapo? Si él se enterara, se le subiría a la cabeza.

–¿Lo conoces? –inquirió la modelo en tono muy agudo–. Cuéntame más. ¿Cómo de bien lo conoces?

–Somos amigos. Buenos amigos. Y me gustaría que la cosa continuara así, así que deja de interferir.

–¿Quién está interfiriendo en nada? Tan sólo he sumado dos y dos.

–¿A qué te refieres con eso?

Tara se enrolló el pareo en la cabeza, dejando sólo al aire sus ojos, como una gitana.

–Me refiero a que puedo leer el futuro, y el tuyo va a mejorar, cariño. Brillabas cuando mencionabas tu amistad con el Capitán Australia.

–Eso se debe a que es mi mejor amigo y lo quiero. Como amigo.

Intentó recuperar el pareo, pero Tara se resistió, y sus risas enervaron a Abby.

–Lo que tú digas. No mires, pero tu amigo se acerca. No me digas que no es un bombón.

Abby rió al verla abanicarse el rostro y siguió su mirada.

Judd se dirigía a ellas con unas bermudas azul marino, camiseta blanca, el cabello despeinado por la brisa marina, y una sonrisa arrebatadora. Resultaba irresistible.

Desde el punto de vista objetivo de una amiga, por supuesto.

–Aquí me presento, Weiss.

Abby sonrió y correspondió a su saludo.

–Darte órdenes va a ser más divertido de lo que había pensado. ¿Qué te parece si te instalas cerca de aquella palmera?

–Perfecto –respondió él con una sonrisa, adelantando que daría lo mejor de sí aquella semana–. Que no se te suba el poder a la cabeza, o tendré que bajarte los humos.

–¿Ah, sí?

Abby enarcó una ceja, encantada con lo rápido que habían pasado a su habitual modo de bromear, y sabiendo que aquel

trabajo sería explosivo, gracias al sentido del humor de él.

Tara carraspeó sonoramente.

–Creo que corresponde una presentación –dijo, extendiendo la mano–. Hola, soy Tara Lindman.

Abby vio a Judd sonreír más ampliamente y puso los ojos en blanco. Los hombres siempre reaccionaban así ante la modelo.

–Lo sé. Soy Judd Calloway, extraordinario fotógrafo, a tu servicio.

–¿No te dedicabas a Naturaleza?

–Necesito un cambio, y aquí está –contestó él señalando los bikinis y pareos–. Claro que hay otras ventajas. ¿Te ha dicho Abby que somos viejos amigos?

Tara sonrió y abrazó a Abby por los hombros.

–Ya lo creo. Qué suerte tiene.

Afortunadamente, el silbido de un tema de los Beach Boys evitó que Abby diera un codazo a Tara, ya que todos se giraron a ver quién era el recién llegado.

Tara dejó caer su brazo y se irguió, al tiempo que se alisaba el cabello con coquetería.

–Hablando de amigos, ¿quién es ése?

–Tom, mi ayudante. Es recomendable que te mantengas alejada de él, es un rompecorazones –respondió Judd muy serio.

Abby se sorprendió del cambio repentino de humor.

Tom se acercó a ellos, cargado con el equipo fotográfico.

–Hola, encantos –saludó, mientras depositaba su carga con cuidado sobre la arena–. Hola, Abby. Y tú, belleza, no necesitas presentación.

Besó la mano de Tara e hizo una reverencia.

–Es un gran honor –añadió.

Judd puso los ojos en blanco.

–No digáis que no os he avisado.

Tara rió, encantada con tanta atención.

–Puedo manejarlo. Sólo eres un gatito grande, ¿verdad, Tom?

–¿Significa eso que alguien me va a acariciar la tripa?

Abby se unió a las risas de Tara.

–Muy bien, chicos. Me encantaría quedarme charlando con vosotros, pero tenemos una sesión que sacar adelante. Así que, empecemos.

Al girarse y agarrar su carpeta, Judd la tocó en el hombro.

–Ten cuidado con Tom.

–¿Cómo?

Al ver la expresión tan seria de su amigo, tuvo que contenerse para no reír.

–He dicho en serio lo de que es un rompecorazones. Y no me gustaría que te hiciera daño.

Ella sonrió, confundida por la advertencia: él nunca actuaba así; solía esperar hasta que ella se enamoraba del hombre equivocado y luego se reía.

Le dio unos suaves golpecitos en la mejilla.

–Gracias por el aviso, pero ahora soy una adulta. Puedo cuidar de mí misma.

–Sólo estaba preocupándome por ti, como buen amigo –murmuró él, con la vista clavada en la cámara entre sus manos y el ceño fruncido.

–Eres fabuloso –dijo ella y, poniéndose de puntillas, lo besó brevemente en la mejilla.

Con lo que no contaba fue con el poderoso deseo de prolongar ese momento, en que la envolvió el aroma de su colonia.

El calor de la isla estaba afectándola seriamente.

–Lo mismo digo –respondió Judd, mirándola fijamente mientras ella se apartaba, nerviosa por las chispas entre ambos, habló:

–Hablando de preocuparse por los amigos, ¿qué tal si me hablas sobre Paula y tú? ¿Vais en serio? –inquirió, jugueteando con un pareo, y sin poder contener la sonrisa–. Ya sabes, como compartís helados...

–Somos amigos. Punto –aseguró él.

Abby vio un brillo familiar en su mirada y supo que iba a devolverle la pulla.

–Además, no me gustan las modelos. Prefiero a las estilistas de moda...

Ella se ruborizó, para molestia suya: las constantes bromas de él solían provocarle feroces respuestas verbales, pero no vergüenza.

–¿Y no te parece una suerte que a las estilistas de moda no les gustes tú? Al menos, no a ésta.

Lo fulminó con la mirada, lo cual habría sido más contundente si hubiera logrado mantener la expresión impenetrable en lugar de

sacarle la lengua como una adolescente, agarrar un montón de pareos y dirigirse hacia la playa.

–Creo que estás mintiendo –le gritó él a la espalda, y se echó a reír.

–Y yo creo que tú deliras.

Judd se colocó la cámara al hombro con una sonrisa y siguió a Abby camino de la playa.

Cuánto echaba de menos aquello: las discusiones en broma, su conexión mutua… Nadie lo había comprendido nunca tan bien como Abby. Seguramente nadie más lo haría.

Ella era la familia que él nunca había tenido, la luz en su vida durante los miserables años de infancia y adolescencia, con su madre fallecida y él recluido en Pier Point debido a su padre.

Ella siempre había estado a su lado. ¿Qué le parecería su reciente plan? ¿Se alegraría? ¿Creería que estaba loco? Sólo el tiempo lo diría, ya que planeaba esperar hasta que el trabajo estuviera casi terminado para revelarle la verdad.

Después de todo, ¿quién necesitaba una semana de críticas, que sería lo que Abby haría, cuando podía pasar ese tiempo bromeando y flirteando con ella?

Sí, se lo contaría al final de la semana.

Mientras tanto, tenían que ponerse al día en muchos aspectos.

Capítulo 3

Abby se reclinó en la bañera, cerró los ojos y suspiró, envuelta en una fragante nube de vapor.

Menudo día.

Trabajar con Judd había sido un placer, su profesionalidad y talento sobrepasaban las de cualquier otro fotógrafo con los que había trabajado. Tenerlo tan cerca, sonriéndole y bromeando, había sido divertido, como en los viejos tiempos.

Bueno, no exactamente como en los viejos tiempos. Entonces, ellos eran dos niños contra el mundo, adolescentes rebeldes deseando escapar de Pier Point.

Si ambos no hubieran tenido unos padres tan pésimos, y un lazo tan fuerte en común, tal vez su amistad no habría superado el paso del tiempo.

«Prefiero a las estilistas de moda».

Sonrió al recordar la pulla. La relación entre ellos siempre había sido distendida, ambos siempre con una contestación a punto por cada comentario del otro. Y, aunque Judd podía convertir sus réplicas ganadoras en meros fracasos al instante, ella podía soportarlo. De hecho, le encantaba y estaba deseando esas confrontaciones con él.

Y, en cuanto al inesperado ardor entre ambos, primero cuando él había posado la mano en su pierna en el bar, y luego en aquel denso momento en la playa, ella no daría importancia a nada de aquello. Probablemente era una reacción natural de dos adultos, amigos íntimos que no se habían visto desde la adolescencia y se encontraban de nuevo. O eso, o todavía albergaba su patético enamoramiento adolescente, por más veces que se hubiera dicho a sí misma a lo largo de los años que había crecido.

Sonó el teléfono y lo fulminó con la mirada. El jacuzzi estaba pensado para relajarse, ¿a quién se le ocurría instalar un teléfono en la pared?

Suspiró. A menos que hubiera un problema con las

localizaciones del día siguiente, o que una modelo se hubiera hartado a chocolate y no entrara en la ropa, no quería saber nada.

–¿Diga?

–¿Dónde estás, Weiss, escondida en el armario?

Abby sonrió y levantó el pie al chorro del agua.

–Oye, que yo no soy quien tiene una colección de esqueletos ahí.

Judd soltó una risita.

–Recuérdame que deje de contarte mis peores secretos.

–Entonces, ¿dónde estaría la gracia?

Abby estiró un brazo y sopló las pompas de jabón prendidas en su piel. ¿Cuándo había sido la última vez que se había tomado tiempo para relajarse al final de un atareado día? Por no hablar de conversar durante más de cinco minutos con su mejor amigo, que siempre la llamaba desde alguna remota región de la Tierra.

–¿Qué haces?

–Estoy dándome un baño –respondió, contemplando sus dedos arrugados.

–¿Con burbujas?

–Por supuesto.

–Mmm... interesante.

Abby puso los ojos en blanco ante el fingido gemido de Judd, y se hundió más entre la espuma.

–Eres un depravado. ¿Para qué me llamas, o sólo te gusta sacarme de quicio?

La familiar risa de él la envolvió, y ella deseó que el inesperado cosquilleo en su brazo tuviera más que ver con que había quedado fuera del agua, y menos con la poco habitual reacción a la risa de su amigo.

–Podría convertir el molestarte en deporte nacional, pero me preguntaba qué planes tienes para cenar. ¿Comemos con el resto del equipo, o nos escaqueamos y hacemos novillos?

–Me apunto a hacer novillos.

Estaba deseando verse a solas con él. Si sólo iban a estar juntos una semana, aprovecharía a tope cada segundo.

–Estupendo. ¿Te veo en el restaurante Brisa del océano dentro de una hora?

–Suena a buen plan.

–Y Weiss...

–¿Sí?

–Ponte algo sexy –añadió él, y colgó.

Abby fulminó el teléfono con la mirada. Debería conocerlo a esas alturas. Judd siempre tenía la última palabra, que solía estar pensada para sacarla de quicio.

Muy bien, tal vez él tuviera la última palabra, pero también tendría su merecido. Lo único que le gustaba más que tomarle el pelo, era quedar por encima de él.

Algo sexy, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, haciendo volar gotas de agua por doquier, y agarró una toalla.

Su mejor amigo iba a recibir una lección: que tuviera cuidado con lo que deseaba.

Judd nunca había sido un hombre fiestero. Prefería las llanuras de África o la jungla de Sudamérica sin dudarlo. Los vientos del Sáhara, las inundaciones del Amazonas, los tifones asiáticos... Amaba la Naturaleza, la libertad; siempre lo había hecho. No se sentía completo a menos que tuviera una cámara en la mano y retratara animales, que lo emocionaban desde que había abierto su primer libro de texto en el colegio y había visto un gorila enorme y amenazante mirándolo desde la página.

Desde aquel día, había sido su sueño.

Un sueño que había evolucionado y lo había llevado hasta allí, a un lugar repleto de bellas modelos que se movían en la pista de baile. No sería un hombre si no advirtiera y apreciara el exuberante escenario.

Vio a Abby entrar en el recinto, y se quedó sin aliento. De pronto, se vio transportado a la noche del baile de graduación y al momento preciso en que la había visto con su primer vestido formal, un modelo de satén azul con finísimos tirantes y falda abultada, y caminando torpemente hacia él sobre unos ridículos tacones. Lo había impresionado, y aquella imagen se había quedado en su mente para siempre.

¡Las amigas no tenían aquel aspecto!

El vestido moldeaba su cuerpo, y llevaba su sedoso cabello castaño recogido en un moño alto, con unos pocos mechones enmarcándole el rostro y haciendo destacar sus ojazos azules.

¿Y qué había hecho él? Le había soltado las mismas bromas de siempre, implacable, mientras ella lo miraba con sus hermosos ojos, atrapándolo más y más hasta que él no había sido capaz de pensar con claridad y mucho menos ser responsable de sus acciones. Así que, había hecho lo que cualquier chico de dieciocho años: la había besado.

Mejor dicho, se había abalanzado sobre ella, medio esperando que lo abofeteara. En lugar de eso, ella había respondido como una tigresa, alimentando su pasión hasta que sus hormonas se habían enfrentado a su sentido común en una batalla campal. Afortunadamente, su sentido común había ganado y él había restado importancia al incidente riéndose y tratándolo como un experimento entre dos amigos intentando demostrar que acababan de entrar en el mundo adulto.

En aquel momento, viendo a Abby con su ajustado vestido negro palabra de honor moldeando sus curvas, y un moño parecido al de aquella noche fatídica, se preguntó si había tenido tanta suerte.

Se puso en pie, le hizo un gesto para que lo viera y sacó una silla conforme ella se acercaba a la mesa, incapaz de quitarle los ojos de encima.

–No está mal –le murmuró al oído, mientras ella se sentaba y su perfume floral lo animaba a acercarse.

Jazmín. A ella siempre le había gustado, y ese aroma lo había perseguido a lo largo de los años, recordándole a ella.

Se apartó con esfuerzo, resistiendo un irracional deseo de besarla detrás de la oreja.

–¿Eso es un cumplido, Calloway?

Se había maquillado poco, lo justo para destacar sus ojos, que brillaban luminosos a la luz de las lámparas que rodeaban la sala. ¿Sus ojos siempre habían sido tan azules?

–Llámame Judd –dijo, incapaz de aplacar su deseo de flirtear, y con la esperanza de que ella lo secundaría.

Abby aleteó las pestañas.

–En ese caso, puedes llamarme Abby.

Judd sonrió y le pasó la mano suavemente por el brazo, en un gesto en parte amigable, en parte atrevido, disfrutando de la chispa de deseo en los ojos de ella.

Tal vez se debía a la cálida brisa, tal vez a la ilusión de estar

recluidos en una isla tropical, lejos de la realidad, o tal vez era el novedoso ardor entre ellos. Fuera lo que fuera, él quería sobrepasar los límites de su amistad y ver lo que ocurría.

–Abby, qué nombre tan hermoso. Me sugiere imágenes como las viejas iglesias de piedra rodeadas de jardines, con robles elevándose hacia el inmenso cielo, tan azul como tus ojos...

Abby resopló y puso los ojos en blanco.

–¡Yo no soy uno de tus ligues, no tienes por qué ponerte así de meloso!

Judd rió y se encogió de hombros.

–Sólo era un intento. ¿Y a ti qué te sugiere el nombre de Judd?

¿Mordería ella el anzuelo? Judd recordaba lo que le había dicho años atrás. Y, a juzgar por el brillo en su mirada, no iba a decepcionarlo.

–Eso es fácil, Judd *Kane* Calloway: un junco largo y delgado para poner a los caraduras como tú en su lugar –dijo ella, y lo pellizcó en la nariz como solía hacer, resucitando recuerdos de su niñez y recordándole que llevaban mucho tiempo siendo amigos.

–¿Qué tiene que hacer una chica para conseguir una bebida en este lugar?

–Déjame adivinar... ¿lo de siempre?

Vio brillar sus ojos con su habitual descaro, al tiempo que sonreía con una coquetería que él no había advertido nunca.

–No, esta noche voy a arriesgarme. Sorpréndeme.

Como si su fabuloso aspecto no fuera suficiente tortura, además ella tenía que decirle algo así. Si no la conociera, diría que sin duda estaba ligando con él.

Pero eso no podía ser cierto. Abby bromeaba con él, discutía con él, pero ¿flirtear? De ninguna manera.

La brisa tropical estaba afectándolo seriamente.

Llamó al camarero, pidió las bebidas, con un cóctel para ella que lo dejaría con ventaja, y se reclinó en su asiento.

–Bonito vestido, por cierto. Me alegro de que te hayas tomado tan en serio mi consejo –comentó, contemplando la seda negra que moldeaba aquellas curvas justo por encima de sus rodillas, acentuaba su delgada cintura, esbozaba sus senos...

Se irguió en su asiento y miró desesperado al camarero, deseando que llegaran las bebidas. Necesitaba enfriarse lo antes

posible.

–¿Crees que me he vestido así para ti? –inquirió ella con una sonrisa de suficiencia–. Veo que sigues delirando tras tu experiencia en África.

Él no podía ignorar el desafío de su mirada, aunque continuar aquella conversación sólo haría más difícil verla como una simple amiga.

Afortunadamente, el camarero llegó mientras él se estrujaba el cerebro buscando una buena respuesta, y depositó una cerveza helada delante de él y un cóctel de Cointreau, Galliano, zumo de piña y crema de champán para Abby.

–¿Qué es esto?

Abby dio un sorbo y abrió los ojos levemente al tiempo que se ruborizaba.

–Pensándolo mejor, no contestes. Es muy fuerte. Lo que mi hígado no conozca, no le hará daño.

Esforzándose por mantener una sonrisa triunfal, Judd respondió.

–Se llama Sueño tórrido.

Para su satisfacción, el rubor de ella aumentó.

–Está bueno –murmuró, con la vista clavada en su copa.

Aquella respuesta evasiva sólo lo espoleó aún más.

Terminó su cerveza y dio un paso más.

–Así que te gustan los sueños tórridos, ¿eh?

Por un instante, Judd juraría haber visto una chispa de deseo en los ojos de ella, antes de que la enmascarara con su acostumbrado descaro y elevara la copa hacia él.

–La bebida es fabulosa. En cuanto al resto, nunca lo sabrás.

–¿De veras?

Abby asintió y removió su cóctel en círculos lentos y rítmicos, mientras la contemplaba como hipnotizada.

–Por cierto, ¿dónde está Tom?

Sorprendido del repentino cambio de tema, y más molesto con la mención a su ayudante de lo que le gustaría, Judd respondió:

–Probablemente, aterrorizando a alguna pobre soltera en algún lado. ¿Por qué?

Ella dio un sorbo a su cóctel y lo miró.

–Esperaba encontrármelo esta noche. Necesito un hombre grande y fuerte que me ayude a mover algunas cosas para la sesión

de mañana.

–¿Y yo qué soy, de adorno?

A ella le brillaron los ojos, traviesa.

–¿Crees que podrás con ello? –dijo y le apretó los bíceps como probando su fuerza–. No está mal.

A Judd se le disparó la libido. Intentó no reaccionar, preguntándose qué le ocurría: ella era su mejor amiga, lo había sido siempre, la única constante en su vida cuando el resto había amenazado con salirse de todo control. Conocía lo de su padre, la falta de dinero en su infancia, su pelea por estudiar, aceptando becas cuando detestaba aceptar caridad de nadie.

Y sin embargo, ahí estaba, reaccionando a un simple roce, que le había desatado un frenético deseo de llevar su amistad más allá de los límites. ¿En qué demonios estaría pensando?

Se esforzó por sonar despreocupado.

–Señorita, puedo con todo lo que sea necesario.

–¿De veras? –lo tentó ella, retirando la mano, que había mantenido más tiempo del necesario.

¿O era producto de su imaginación calenturienta?, se preguntó Judd. Se le había desatado desde que había puesto el pie en la isla y visto a Abby de nuevo.

–De veras –aseguró, cruzándose de brazos para evitar tocarla y algo más desastroso aún, como atraerla a su regazo.

Maldición, aquello no estaba saliendo como había planeado. Él quería flirtear un poco, encenderla, pero de pronto era su propio cuerpo el que estaba fuera de control. ¿A qué venía aquel impulso de olvidarse de toda cautela y pasar a lo físico con la única mujer a la que debería dejar en paz?

–En ese caso, sígueme.

Abby se puso en pie y se alisó la falda, lo cual atrajo la atención hacia sus largas piernas, desnudas bajo el vestido.

–Y tráete esos bíceps –añadió, y le guiñó un ojo al darse la vuelta y sorprenderlo mirándole las piernas.

Judd ahogó un gemido y la siguió. Sospechaba que, en el estado en el que se hallaban ambos, seguramente ella estaba conduciéndolo al desastre.

Abby no sabía qué demonio se le había metido en el cerebro

aquella noche.

Bueno, eso no era cierto.

En cuanto Judd le había advertido que se vistiera sexy para la cena, ella había decidido responderlo con creces.

Así pues, se había puesto un vestido negro corto de lo más sexy, había cuidado especialmente su maquillaje y se había recogido el cabello en un moño que había aprendido de la peluquera ese mismo día.

Siempre había hecho lo contrario de lo que Judd le desafiaba a hacer, así que seguramente él esperaba verla con vaqueros rotos y una camiseta gastada para cenar.

Muy bien, pues le enseñaría.

Sin embargo, las cosas no habían salido según lo planeado.

No había contado con su extraña reacción hacia él, nada más entrar en el bar. Conforme se le aproximaba con pasos temblorosos, no había dejado de recitarse en silencio: «es sólo un amigo», mientras la intensidad de la mirada de él decía todo lo contrario.

¿Y qué había hecho ella? Flirtear. Peor aún, lo había tocado, aumentando su confusión.

Ellos dos siempre habían intercambiado bromas por teléfono y correo electrónico. Entonces, ¿cuál era la diferencia con aquel momento?

–¿Adónde vamos? –oyó que le preguntaba, colocándose a su lado.

¿Habría tenido suficiente? Lo había sorprendido mirándole las piernas y, a pesar de la confusión que la invadía, esperaba que le hubieran gustado las vistas.

Ella nunca había visto aquella mirada en sus ojos, que indicaba que la veía como mujer y la deseaba, y eso la emocionaba más de lo que debería.

–Confía en mí –contestó, cambiando de dirección en el último minuto.

Había tenido la firme intención de pedirle que lo ayudara a llevar varias bolsas de ropa desde su habitación hasta la fabulosa cascada del vestíbulo del hotel, pero no era tan estúpida. Si lo metía en su habitación, no sabía lo que el demonio que se había apoderado de ella la urgiría a hacer.

–¿Ésa no suele ser mi frase?

–Justamente. Cuando un hombre dice: «confía en mí», es sólo una frase hecha.

–Y dicha por una mujer, ¿debería creerse?

Se pasó la mano por el cabello, dejándolo despeinado como en el instituto.

–Por supuesto. ¿Te he mentido alguna vez?

Nada más decirlo, Abby se encogió por dentro.

Había vivido una mentira toda la semana después del baile de graduación y de su inesperado beso, ocultándole sus sentimientos con maestría. Y, si no tenía cuidado, su alma volvería a verse pisoteada, antes de que se diera cuenta.

Judd se detuvo, la sujetó por los brazos y la hizo girarse.

–No lo sé. ¿Lo has hecho?

Ella contuvo el aliento, sin saber qué responder a aquella pregunta o a su intensa mirada.

–Maldita sea, Abby. Deja de mirarme así –rogó Judd y, antes de que ella pudiera reaccionar, la besó.

Tan repentina e inesperadamente como tantos años atrás.

Sin embargo, esa vez era diferente, cada uno de los nervios de su cuerpo adulto se había activado.

Aquél no era el beso nervioso y torpe de dos adolescentes experimentando. Era una deliciosa unión de dos personas deseando saborearse, una explosión de besos tórridos y cuerpos aún más calientes.

Judd la rodeó con un brazo, posando la mano en su piel desnuda, mientras con la otra le ladeaba la cabeza para acceder mejor a su boca. Abby se le entregó, ansiando sentir su lengua, y disfrutando del gemido ronco que se le escapó a él.

Debería apartarlo de sí, decirle que había recordado viejos tiempos y su rostro había enviado un mensaje equivocado.

En lugar de eso, se entregó contra toda lógica, asombrada de haber aguantado tanto tiempo sin experimentar aquella increíble sensación, y sabiendo que aquel delicioso beso con el amor de su vida la dejaría deseando muchos más.

«¡No! Es tu amigo, esto es un error», le gritó la voz de la razón, que su cuerpo ignoró felizmente.

Judd gimió de nuevo cuando ella se apretó más contra él, profundizando el beso mientras sus lenguas se tanteaban y

jugueteaban, igual que solían hacerlo sus palabras.

Sin embargo, las palabras de él nunca habían desencadenado una respuesta así, ese deseo de llevarlo a su habitación y perderse en aquel momento para siempre.

Lo abrazó, deseando poder sentir piel con piel, mientras él la besaba en la mandíbula y por el cuello.

El deseo se apoderó de ella. Así que sólo amigos, ¿eh?

De pronto, su amistad había tomado otro cariz y no sabía cómo reaccionar. Con un simple beso, Judd amenazaba con consumir todo su sentido común. Aunque no la asustaba, había sobrepasado ese temor unos minutos antes, cuando los labios de él la habían enviado directa al cielo.

De pronto, él se separó y la miró a los ojos durante un largo momento. Abby le sostuvo la mirada sin pestañear, intentando descifrar su expresión a la luz de la luna, y queriendo que fuera él quien rompiera el tenso silencio.

–Mezclas un vestido sexy, un cóctel adecuado, el calor de una isla, la luz de la luna, y ¿qué obtienes? La locura.

Y sin una palabra más, sacudió la cabeza, se dio media vuelta y se alejó caminando.

Capítulo 4

–Buenos días.

Abby se sentó frente a Judd y dejó un montón de carpetas sobre la mesa. Enarcó una ceja al ver tres tazas de café vacías.

Judd sostenía una cuarta. Se encogió de hombros con una sonrisa atribulada.

–¿Qué puedo decir? Me siento terrible por las mañanas sin una buena dosis de cafeína.

¿Que qué podía decir? Podía empezar explicando a qué respondía el beso de la noche anterior.

Sin embargo, en lugar de sacar a colación el tema que la había mantenido despierta casi toda la noche, sin cafeína, Abby le pasó una carpeta.

–Éste es el plan de trabajo de hoy.

Lo observó beber su café solo, y saborearlo con sonidos de aprobación.

–Tal vez deberías probar un desayuno saludable para comenzar el día con energía, en lugar de tanto café. Lo último que necesito es a mi fotógrafo subiéndose por las paredes.

–¿Siempre me has importunado así, o es una nueva manía? –bromeó él, sonriendo mientras elevaba su taza a modo de brindis.

Aunque sólo habían transcurrido seis meses desde la última foto que él le había enviado, su aspecto había cambiado: estaba más maduro, más cansado, como si necesitara desesperadamente un respiro.

No se debía a las arrugas alrededor de sus ojos, sino a la extraña expresión que ella había visto a veces en su rostro, como si tuviera alguna preocupación importante. Abby se preguntó si debería entrometerse, como solía hacer, o esperar hasta que él se lo contara a su debido tiempo.

–¿Así que crees que te importuno? Dime de nuevo, por qué eres mi mejor amigo –atacó ella intentando fruncir el ceño en broma, sin conseguirlo, ya que se sonrieron uno al otro en perfecta sincronía.

Tal y como solía suceder y, exceptuando el pequeño lapsus de la noche anterior, tal y como se mantendrían si por ella fuera.

La sonrisa de él se desvaneció según dejó la taza en la mesa.

–Hablando de amigos, debo pedirte perdón por lo de anoche. Ese beso estuvo fuera de lugar.

–Ya lo creo. ¿Has pasado demasiado tiempo en el Sáhara, y yo he sido la primera mujer que se ha cruzado en tu camino?

–Yo no lo diría así... –balbuceó él, y las risas de Abby lo cortaron–. De acuerdo, podrías tener razón. Hacía tiempo que no bebía, tú estabas fabulosa anoche y perdí la cabeza. ¿Cómo te suena eso?

Bastante plausible y probablemente la verdad tras el beso, pero no iba a dejarlo escapar tan fácilmente.

–Bastante patético, la verdad. Pero tampoco esperaba nada menos de ti.

–Eso duele –protestó él, llevándose una mano al corazón.

–Pues aún no has visto nada. Y ahora, centrémonos en el trabajo. Tenemos mucho que hacer.

De pronto, sonó su teléfono móvil. Al ver quién la llamaba, supo que tenía que contestar.

–Es Mark Pyman. Sólo serán unos segundos –anunció, advirtiendo la extraña expresión de Judd, quien volvió a tomar café–. Hola, Mark, ¿qué puedo hacer por ti?

–Tenemos un problema, Abby. Enorme.

Abby ahogó un suspiro. Debía de ser un problema muy grande para que su jefe, siempre tan correcto, hubiera olvidado saludarla.

–¿Qué ocurre?

–Bassel Designs quiere que añadamos urgentemente un vestido de novia al editorial.

–¿Y cuál es el problema? Envíamelo por mensajero y lo incluiremos.

Mark hizo una pausa, como buscando las palabras adecuadas, y la inquietud se apoderó de Abby.

–El vestido no le vale a ninguna de las modelos. Quieren una imagen más realista.

Abby se estrujó el cerebro para aportar una solución. No era la primera vez que el principal diseñador australiano presentaba alguna extraña petición a última hora, y ella siempre había salido

del paso.

–¿Y si encuentro a una pareja que esté de vacaciones en la isla y…?

–Tenemos muy poco tiempo. El vestido va en camino. Necesito las fotos mañana.

–¿Bromeas? Es demasiado ajustado.

–Pero puede hacerse, ¿verdad?

La abrupta pregunta de Mark reveló lo estresado que se encontraba. Abby suspiró, sabiendo que haría lo imposible para solucionarlo.

–No debería haber problema. Voy a ponerme ya mismo con ello.

–Gracias, Abby. Si me sacas de ésta, esa oferta de la que habíamos hablado será tuya sin dudarlo.

–Fabuloso –respondió ella, tratando de sonar entusiasta, mientras su mente trabajaba a toda prisa para dar con una solución al problema–. ¿De qué talla es el vestido, por cierto? Puedo ir buscando entre los clientes del hotel y haber decidido la localización para cuando llegue.

–Talla 40. Y el esmoquin, una 52.

–De acuerdo –dijo ella, anotando los datos mientras observaba a los escasos clientes a su alrededor.

–Gracias, Abby. Estoy deseando ver lo que se te ocurre. Envíame las fotos por correo electrónico esta noche, o a primera hora de mañana como muy tarde, ¿de acuerdo?

–Así lo haré. Adiós, Mark.

El director ya había colgado, y ella guardó su móvil en el bolso y arrugó la nariz mientras contemplaba los números que había apuntado, preguntándose qué oportunidad tendría de encontrar una pareja con esas tallas en aquel hotel, convencerles para que hicieran de modelos y lograr que todo saliera bien.

¡Y para el final del día!

–Como te dé un aire, se te va a quedar esa cara para siempre.

Abby miró a Judd: sonriente, sin una preocupación. Nada que ver con ella.

–Tenemos un problema.

–¿Tenemos? –cuestionó él, uniendo las manos por detrás de su cabeza y sonriendo más ampliamente–. A mí me parece que eres tú la que tiene que reorganizarse.

–¿Reorganizarme? –gritó, y bajó la voz al ver que atraía las miradas de otros clientes del hotel–. No se trata de reorganizarme, amigo mío, sino de hacer lo imposible para que el cliente más importante de Mark no se retire del editorial.

–Parece serio. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

–No, a menos que tengas una talla 52 –murmuró ella, rodeando con un círculo el número 40 en su cuaderno, hasta perforar la página.

–De hecho, es mi talla.

Ella aminoró su mano mientras una idea iba formándose en su mente. Ella no podía... ¿o sí?

Intentando controlar su entusiasmo, dijo:

–¿Qué tal es Tom haciendo fotos?

–Está totalmente capacitado. Ha querido trabajar para mí antes de ponerse por su cuenta. ¿Por qué?

–¿Y tú tienes una talla 52?

–Creo que sé cuál es mi talla.

Abby contuvo una sonrisa de satisfacción. ¿Podía ser tan sencillo?

–Venga, Weiss, suéltalo. ¿De qué se trata? ¿Y por qué estás mirándome como si fuera un trozo de carne de primera?

–¿Eso estoy haciendo?

Batió las pestañas, sabiendo que Judd la ayudaría. Siempre lo había hecho.

Él rió y sacudió la cabeza.

–Tu cara de póquer no ha cambiado con los años. Sigue siendo inútil, así que, ¿por qué no me dices de qué va todo esto?

–De acuerdo. Necesito un modelo para un esmoquin hoy. Las fotos han de ser enviadas a Mark esta noche, como muy tarde mañana por la mañana.

Judd hizo una mueca y sujetó el plan de trabajo frente a su rostro, como protegiéndose de ella.

–De ninguna manera. No soy modelo.

–No necesito un modelo, sino a alguien con aspecto más realista, según parece. Y el esmoquin te sentará bien, lo cual me ahorrará horas buscando a alguien válido entre los clientes del hotel. Lo harás, ¿verdad?

Esbozó su mejor sonrisa.

Judd entrecerró los ojos.
–Hay algo más, ¿cierto?
–Pues sí. Es una sesión de boda, así que habrá una novia y tendrás que hacerte el enamorado. Puedes hacerlo.
Él se la quedó mirando durante unos segundos y rompió a reír.
–Estás loca –logró decir entre carcajadas.
Abby se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.
–Me alegro de que mi petición te resulte tan divertida. Y yo que esperaba un poco de apoyo... –bromeó él, pero cortó su risa al captar la incomodidad de Abby.
–Estás en un aprieto, ¿verdad?
–Podría decirse así. En lugar de reírte, podrías proponer alguna sugerencia.
–Muy sencillo: encuentra a otro loco que pose para tus fotos, deja que yo las tome y todo estará en su lugar.
Abby chasqueó los dedos, como si esa idea nunca se le hubiera ocurrido.
–¡Brillante! ¿Cómo encuentro a alguien así en tan poco tiempo? ¿Y a una novia? ¿Y les preparo un estilismo, busco la localización perfecta, reorganizo el plan del día, y coordino a la maquilladora y la peluquera? Por no hablar de revisar las fotos al terminar la sesión, escoger las mejores y enviárselas a Mark. Y todo en un día.
Su sarcasmo no halló contrapartida, a juzgar por la expresión serena de Judd, y Abby supo que debía cambiar de táctica.
Reuniendo todo el encanto persuasivo que poseía, se inclinó hacia adelante y le dirigió la misma sonrisa coqueta de la noche anterior, que tan bien le había funcionado.
Judd frunció el ceño.
–Ya te he dicho que no –insistió, elevando las manos y sacudiendo la cabeza.
–Vamos, no tienes por qué estar loco, sólo un poco desequilibrado para donar unas cuantas horas de tu tiempo a ayudar a una vieja amiga.
–Ni se te ocurra pensarlo, vieja amiga.
Abby lo agarró de la mano.
–Venga, Calloway, al menos plantéatelo.
Él la miró como si le estuviera pidiendo que caminara sobre el agua.

–Mi respuesta sigue siendo no.

–En todos los años que nos conocemos, ¿no he sido la amiga perfecta? ¿No te he apoyado, ayudado con los deberes y protegido de las tontas que querían salir contigo? ¿Te acuerdas de todo eso?

Él frunció aún más el ceño.

–Aquello fue hace años.

–Sí, pero, ¿recuerdas lo que me dijiste?

Judd apretó los labios y la fulminó con la mirada.

–Eso es un golpe bajo.

–Dijiste que, si alguna vez podías hacer algo por mí, tu mejor amiga, a cambio, sólo tenía que pedírtelo.

Judd retiró la mano y se cruzó de brazos.

–Sabes cómo apretar las tuercas.

–Llámalo capacidad de persuasión.

–Prefiero llamarlo chantaje emocional.

–¿Te estás quejando? –lo picó ella, con una sonrisa.

–Que te zurzan, Weiss.

–Sólo serán unas horas. Rápido e indoloro, ya lo verás.

–De acuerdo, lo haré.

Abby contuvo su impulso de abrazarlo. Tras el beso de la noche anterior, cualquier contacto físico más allá de estrecharse la mano o de pasar el brazo por los hombros, seguramente no sería una buena idea. No con el recuerdo todavía vívido, que le hacía preguntarse cómo sería algo más que besar a su mejor amigo.

–Gracias, Calloway. Eres un auténtico amigo.

–Ése soy yo, un amigo normal y corriente que acaba de acceder al plan más estrafalario que ha oído nunca. Debo de estar loco.

–No, lo que tienes es un corazón muy grande.

Él suavizó su expresión y sonrió travieso.

–Sabes que esto te va a costar caro, ¿verdad?

–Ningún problema –dijo ella, con el pulso acelerado al ver el brillo en aquellos ojos.

–Va a ser divertido que estés en deuda conmigo. Nunca sabrás cuándo te pediré que me compenses.

Ella jugueteó con el azucarero mientras se preguntaba si aquel tono ronco era producto de su imaginación o no.

–Como te he dicho, puedo hacerme cargo. Y ahora, si no te importa, tengo que encontrar una novia, preparar un escenario y

reorganizar todo un día de trabajo.

–¿Necesitas ayuda?

Abby negó con la cabeza, con la mente a toda máquina.

–Gracias. Te avisaré en cuanto llegue el esmoquin. Si puedes avisar a Tom y buscar alguna localización, eso ayudaría.

–Así lo haré –aseguró él y señaló el cuaderno sobre la mesa–. ¿La novia tiene que tener una talla 40?

–Sí.

–¿Y por qué vas a perder más tiempo buscando modelo?

–¿Cómo? –preguntó ella, guardando su cuaderno en el bolso y terminando su zumo de mango.

–¿Ésa no es tu talla?

Abby casi se atragantó con el zumo.

–¿Y qué si es mi talla? –inquirió, tras toser unas cuantas veces, sin gustarle el brillo en la mirada de él.

Peor, no le gustaba lo rápido que había caído en la cuenta de lo que él insinuaba.

Judd rió y la agarró del brazo.

–No te hagas la tonta. Serías la modelo perfecta para el vestido. ¿Por qué malgastar el tiempo buscando a otra persona? Es el mismo argumento que has usado conmigo.

Abby negó con la cabeza, detestando que él tuviera razón.

–No puedo coordinar la sesión y hacer de modelo al mismo tiempo. No funcionaría.

Su patética protesta cayó en oídos sordos: Judd sonrió ampliamente.

–Eres una profesional, ¿qué necesitas coordinar? Tom hará las fotos; tú sólo tendrás que ponerte frente a la cámara y parecer una novia feliz. Es fácil. Piensa todo el tiempo que te ahorrarás en tener que buscar a una pareja guapa y con las tallas adecuadas. Parece una buena solución. A menos que creas que no puedes conseguirlo...

–No intentes aplicarme tu psicología barata. No soy estúpida, comprendo que tiene sentido.

–Entonces, ¿a qué esperamos? Pongámonos en marcha. Tenemos mucho trabajo antes del gran momento.

Abby observó con los ojos entrecerrados su expresión de suficiencia y su sonrisa petulante.

–Estás divirtiéndote, ¿verdad?

–Yo no soy quien ha convencido cruelmente a su amigo a que la ayude, en un acto desesperado.

–¿Acto desesperado? ¿Cómo te atreves...?

–¿Ésa es manera de hablarle a tu modelo?

Las palabras de él no la hicieron callar tanto como el dedo que posó en sus labios. Un dedo que ella deseó fervientemente besar.

–No tengo tiempo para esto –murmuró, echándose el bolso al hombro y agarrando la llave de su habitación.

–Sólo una cosa más antes de que te vayas.

–¿Qué?

–¿Qué tal un beso para celebrar nuestro compromiso?

Ella no pudo evitar reír y darle una palmada en el brazo.

–Ya te gustaría.

En realidad, era ella a quien le gustaría otro chispeante beso como el que habían compartido la noche anterior.

Se obligó a seguir con el programa, puesto que su ascenso dependía de ello.

–Vamos, no tenemos todo el día –murmuró, molesta por la cantidad de veces que había recordado ese beso y lo mucho que quería repetirlo.

Él le pasó un brazo por los hombros mientras se dirigían al vestíbulo.

–¿Es ésa manera de tratar a tu marido en la ficción?

Capítulo 5

Abby miró sin ver el papel que tenía delante. Una cosa era acceder a hacer de modelo; otra, estar ahí sentada revisando por última vez la planificación de la sesión de la tarde.

–¿No vas a comer nada?

Judd señaló esperanzado el marisco intacto de su plato.

–Todo tuyo –contestó ella, acercándole el plato y sonriendo al verlo agarrar una vieira y varias gambas antes de que el plato le llegara–. ¿Siempre has comido tanto?

Su sonrisa se convirtió en carcajada cuando él la miró, con la boca llena, y se levantó la punta de la nariz, imitando a un cerdo.

–De haberlo sabido, nunca habría accedido a casarme contigo. A este ritmo, habrías acabado con nuestros ahorros el primer mes.

Llevaban así toda la mañana, bromeando acerca de su «compromiso». Él la había ayudado a planificarlo todo, desde la mejor localización hasta hacer callar a Tom cuando había empezado con sus bromas pesadas, convirtiendo una situación potencialmente horrible en algo divertido. Para redondearla, Abby sólo necesitaba poder apartar de su mente la imagen de él con aquel esmoquin, junto a ella con el vestido de boda más maravilloso que había visto nunca.

Participar en una sesión de fotos de boda cuando, en secreto, había fantaseado con una real, y con el mismo hombre, le tocaba demasiado de cerca. Y le hacía plantearse cómo sería en la realidad, especialmente dado que el novio flirteaba con ella todo el rato.

Judd tragó su bocado antes de responder.

–Lo siento. Hacía mucho que no comía decentemente. Vivir seis meses en el desierto haría lo mismo con cualquier hombre de apetito saludable.

Ella mantuvo la sonrisa, aunque el estómago se le encogió de nervios preguntándose si aquella filosofía se extendería al resto de sus apetitos.

«No te metas en eso…».

–Hablando de comida, ¿quieres que celebremos una cena íntima tú y yo después de la «ceremonia»? Al fin y al cabo, hoy es nuestra noche de bodas –propuso él seductor.

Abby bebió un sorbo de agua para aliviar la repentina sequedad de su garganta.

Debería estar acostumbrada a aquellas bromas, pero la palabra «íntima», le había sugerido una serie de imágenes que prefería no alentar.

–Sólo porque estemos fingiendo toda la charada, no te hagas ideas equivocadas.

–¿Quién, yo? –replicó él con un brillo travieso en la mirada, antes de volver a concentrarse en la comida–. Puesto que vamos a hacerlo, creo que deberíamos hacerlo bien.

–Ya. Y dentro de poco estarás sugiriendo una luna de miel, ¿no?

Él la miró, y el humor fue reemplazado por algo más profundo y sensual.

–Ahora sí que has dicho algo interesante.

Abby intentó apartar la mirada, pero él nunca la había mirado así y la tenía hipnotizada.

–Eres un donjuán –logró articular, y se terminó el resto de su agua helada de tres grandes sorbos, deseando poder refrescarse también la frente–. Aunque sabes que conmigo es una pérdida de tiempo, ¿verdad?

–Flirtear nunca es una pérdida de tiempo –replicó él, limpiándose la boca con la servilleta.

Abby se fijó en sus labios, los mismos que la habían besado la noche anterior, demostrándole cuánto podían mejorar las cosas si iban más allá del flirteo.

–Sólo piensa que, una vez terminemos la sesión, estaremos unidos de por vida. Podré dejar la ropa en el suelo, la toalla sobre los muebles, la tapa del inodoro levantada, y tendrás que aguantarme para lo bueno y lo malo.

Abby rió, disfrutando del ambiente distendido una vez que él había dejado de comérsela con los ojos.

–Continúa, ya que todo eso va a suceder en tu habitación.

–¿Y si me cuelo en la tuya y meto ranas en tu cama? O polvos pica-pica –bromeó él, frotándose las manos con diversión.

De pronto, la idea de que él entrara en su habitación no le

pareció tan mala. Abby sonrió y le dio una palmada en las manos.

–Me vería obligada a contraatacar, y te aseguro que no quieres ponerme a prueba.

–¿De veras? ¿Y qué harías, meterme la cabeza en el agua como hiciste en el campamento de Manly Beach en sexto grado?

–Tal vez la próxima vez te la meteré en el inodoro.

–Bruta.

Ella intentó fruncir el ceño en broma, pero no lo consiguió, porque no dejaba de reír.

–Deberías tener miedo, amigo. Mucho miedo.

Judd se reclinó en su asiento y se cruzó de brazos.

–Adelante, chica dura.

La camarera sirvió el postre, y Abby sonrió cuando lo vio admirar el enorme bizcocho de chocolate como si no hubiera comido en un mes.

–Me siento bastante segura. Si sigues comiendo así, no serás capaz de moverte, y menos aún de atraparme.

–Eso es muy discutible –replicó él, metiéndose un gran pedazo de bizcocho en la boca–. Ya te he atrapado.

–Eso te gustaría.

Él rió.

–He accedido a ayudarte. Lo menos que puedes hacer es seguirme la corriente.

Abby puso los ojos en blanco.

–Lo que tú digas. Y ahora, si has terminado de mancharte la cara, ¿nos movemos? Debo hacer unas comprobaciones de última hora en la localización.

–Claro, ningún problema.

–A juzgar por tu cintura cada vez más ancha, necesitas un paseo. O más bien una carrera.

Sonriendo, guardó el planning en su bolso, que se echó al hombro, e hizo ademán de pincharlo en la cintura.

–Gracias por la inyección de apoyo –dijo él, evitando el pinchazo y posando la mano en la espalda de ella, camino de la puerta.

Bajo aquel contacto, Abby fue muy consciente de cómo habían cambiado las cosas entre ellos.

Sus juegos ya no eran sólo de palabras. A eso habían jugado millones de veces antes, en una escalada de pullas hasta que uno de

ellos pedía una tregua.

Pero ella había cambiado.

No importaba cuántas veces intentara obviar el beso de la noche anterior, ni que él la hubiera hecho sentir deseada y especial, no conseguía aplacar su deseo. Y, dado que Judd estaba bromeando como siempre, ella necesitaba mantener bajo control sus hormonas disparadas.

–Cuando quieras. Vamos, tenemos trabajo que hacer.

–¿Nunca te relajas?

Ella lo fulminó con la mirada.

–Tú haz tu trabajo en la sesión de hoy, y ya me relajaré después.

–Suena prometedor.

Abby lo miró coqueta, arrancándole una sonrisa, tal y como pretendía.

–No tienes remedio, Weiss. Intentar comportarte como jefa dura no es tu estilo. Olvidas que te he visto en ropa interior.

–Tenía siete años, y toda la clase tuvimos que desvestirnos para comprobar si nos habían picado sanguijuelas tras cruzar el arroyo.

Él se encogió de hombros y la rodeó con el brazo, mientras paseaban por la playa desierta.

–Un detalle sin importancia.

Abby intentó no tensarse ante aquel contacto informal. Sin embargo, sus malditas hormonas estaban activándose a lo grande y, por muchas veces que se dijera a sí misma que aquél era Judd, su mejor amigo, rodeándola con el brazo igual que muchas otras veces, su cuerpo no la escuchaba. Deseó en silencio que él no advirtiera su tensión.

–¿Ocurre algo?

Judd se detuvo en el lugar que habían decidido como localización, una pequeña cueva apartada con la arena más blanca, el mar más azul y exuberantes palmeras. La hizo girarse hacia él y analizó su rostro en busca de respuestas a preguntas que ella no podía plantearse, y mucho menos responder.

La belleza del lugar pasó a un segundo plano frente a aquella intensa mirada. Abby tragó saliva, consciente de que las cosas se complicarían si desvelaba la verdad, pero incapaz de mentirle.

Siempre habían sido sinceros el uno con el otro. Era uno de los muchos puntos fuertes de su amistad y, por mucho que quisiera

negarlo, su reacción cerca de él sólo se agravaría a lo largo de la semana.

Porque no le cabía duda de que, cuanto más tiempo pasara junto a Judd, bromeando y con aquel informal contacto físico, más difícil le resultaría fingir que sólo lo consideraba un amigo.

¿Por qué no arriesgarse y jugarse el todo por el todo en aquel momento? Seguramente él descubriría cualquier patética excusa que se inventara.

–¿Nos sentamos? –propuso.

Se acomodó en la arena y dio unas palmaditas al espacio a su lado, demasiado consciente del muslo fuerte y musculoso de él, a meros centímetros del suyo, mientras intentaba organizar sus pensamientos y decir algo con sentido.

–Creí que habías dicho que necesitaba andar. Y una carrera, nada menos.

–¿Buscas un cumplido? Tienes unos abdominales para morirse, y estás perfecto tal y como eres. Ya lo tienes, ¿satisfecho?

Él rió y la tocó en la nariz.

–Lo sabía. Quieres mi cuerpo.

«No lo dudes, amigo».

Abby lo miró, arrugando la nariz.

–Sólo estoy empleando mis habilidades profesionales de observación. Analizo cuerpos todos los días, por si lo has olvidado.

Paseó la mirada por el cuerpo de él, desde los anchos hombros hasta el pecho esculpido, las largas piernas y todo lo que había entre medias, disfrutando de la oportunidad de un examen tan descarado.

Había visto aquel cuerpo innumerables veces antes, pero nunca se le había acelerado el pulso y, de pronto, no quería seguir mirando: quería tocar, acariciar, saborear cada pulgada de aquella piel bronceada; seguir los contornos tan sexys; aprenderse cada ángulo de aquel cuerpo delgado.

–Todo en su sitio. No está mal –dijo, dándole unas palmadas en el pecho en un gesto maternal, cuando lo que habría querido sería atraerlo hacia sí y besarlo.

–Estás confundiéndome, Weiss –dijo él, y la tomó de la mano sin pensar.

No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, por qué ella se

comportaba de forma tan rara.

Y, en cuanto a la abrasadora mirada que ella acababa de lanzarle después de su análisis, había ido directa a su ingle, una zona que no tenía por qué tener en cuenta cuando se trataba de su mejor amigo.

Él había creído que habían superado el beso de la noche anterior. Pero parecía que estaba equivocado.

Por más que hubieran bromeado todo el día, y por mucho que él hubiera intentado pensar en el trabajo, Abby siempre estaba cerca, sonriéndole, riendo sus bromas, y con sus asombrosos ojos azules irradiando más calidez que el sol tropical.

Todo hombre tenía un límite, y su libido estaba activándose al hecho de que su mejor amiga era lo más sexy que había visto en mucho tiempo. Pero, dado que no dejaba de confundirlo con mensajes contradictorios, no sabía si exponerse al ridículo besándola de nuevo, o mandar a paseo todo su plan y regresar al desierto.

–¿Estás confundido? –murmuró ella, recogiéndose un mechón de cabello tras la oreja, un gesto tremendamente familiar.

La había visto hacerlo durante los exámenes. Y cuando su primer novio la había dejado.

Todo en ella le resultaba familiar, y sin embargo algo había cambiado entre ambos. Eso le aceleraba el pulso.

–¿Por qué no me dices qué sucede? Sabes que sé escuchar –propuso en tono desenfadado, intentando darle seguridad con la voz ya que no podía tocarla.

Y cuánto deseaba tocarla...

–Tal vez no quieras oírlo –le advirtió ella, dibujando círculos en la arena a su lado.

Esas palabras lo preocuparon.

En un momento de locura, había esperado que ella sintiera la misma chispa que él, la repentina atracción que había florecido entre ambos. Sin embargo, su expresión sombría estaba a años luz de la felicidad a la que acostumbraba. Así que, independientemente de lo que él sintiera, de lo mucho que quisiera traspasar los límites entre ellos, no podía hacerlo. Nunca la haría daño, Abby y su amistad significaban demasiado para él.

Siempre lo había sabido, desde el primer momento en que ella

se había compadecido del avergonzado mocoso de siete años que se había tropezado con ella al escapar de los exabruptos de su padre borracho.

Ella siempre había estado a su disposición. ¿Y él iba a fastidiar ese tesoro de su vida?

–Ponme a prueba.

–No es importante –dijo ella con un hilo de voz.

–Nunca se te ha dado bien mentir –comentó él, deseando que lo mirara, pero Abby mantuvo la mirada fija en sus dedos sobre la arena.

–Y tú siempre has sabido leerme como un libro abierto –replicó ella, y suspiró.

Judd se emocionó. «Ve con cuidado», le advirtió su conciencia. «Ella lo merece».

–Eso es lo que tú crees. Además, has cambiado del género de aventuras al de suspense, y yo siempre he sido un desastre resolviendo misterios.

Abby elevó el rostro, con una leve sonrisa en sus labios. Los mismos labios con los que él llevaba fantaseando toda la noche, tras su apasionado beso.

–Eso sí que es una primicia, que no seas capaz de leerme el pensamiento o terminar mis frases. Ya sabes, todo eso tan molesto que te convierte en el tipo genial que eres.

–Tal vez no soy tan genial como crees –rebatió él, tendiéndole la mano, confuso por aquella confianza.

¿Cómo iba a ser un tipo genial si no podía dejar de pensar en llevar su amistad platónica a otro nivel, donde no hubiera remordimientos, ni tiempo para pensar, sino sólo acción, los dos desnudos, sudorosos y tan excitados que no pudieran soportarlo?

–Sí que lo eres –afirmó ella, entrelazando sus dedos con los de él–. Esto tal vez te parezca una locura, pero ¿alguna vez has sentido como si las cosas escaparan a tu control? ¿Como si cambiaran sin que tú comprendieras por qué?

Judd asintió, animado por la esperanza de que, tal vez, sí se encontraban en la misma onda.

–La verdad es que últimamente me siento indefenso, como si ya no tuviera control sobre mi vida.

–¿Tú, indefenso? ¿Como un león a punto de lanzarse sobre una

cebra, quieres decir?

–Siempre me has gustado con rayas –dijo él con una sonrisa.

–¿Te gusto? De verdad, quiero decir.

Aquella abrupta pregunta lo sorprendió, aunque debería habérsela esperado. Siempre había sido un desastre para ocultarle nada, y Abby seguramente había captado sus vibraciones diferentes.

Aquélla era su gran oportunidad de exponer sus sentimientos y ver si existía alguna posibilidad de que compartieran algo más que una amistad para toda la vida.

En lugar de eso, ignoró lo que su cuerpo le urgía a hacer y eligió la respuesta del sentido común: desenfadada, para que las cosas no se volvieran muy serias entre ellos.

–¿Y a qué hombre no le gustarías? Eres una mujer increíble, Weiss.

–Lo digo en serio. Necesito saberlo.

«Maldición».

–Eres mi mejor amiga y la mujer más importante de mi vida.

Ella lo fulminó con la mirada.

–Eso no responde a mi pregunta.

«Cierto, por desgracia».

–Nuestra amistad lo es todo para mí.

Al sentir que ella retiraba la mano, lamentó su pérdida.

–Responde a la pregunta, Calloway –lo urgió Abby, dándole unos golpecitos en el pecho, y algo se removió en el interior de él.

–¿Que si me gustas? Ya lo creo.

Llevado por un loco deseo, la agarró, hundiendo los dedos en su cabello, y la atrajo hacia sí hasta que sus rostros quedaron a milímetros de distancia.

Imaginó aquellos sedosos bucles sobre su cuerpo, y aquella piel de porcelana junto a la suya.

–Esto no es una buena idea –murmuró ella, aunque no se apartó.

En su lugar, se agarró a su camiseta como si no quisiera soltarla nunca.

–No, no es buena, es maravillosa –replicó él y la besó levemente en la boca, dándole la opción de detener esa locura en aquel momento.

La oyó suspirar, no sabía si de resignación o de placer, y sintió sus curvas amoldándose a él. La libido se le disparó en un segundo,

era la señal que necesitaba.

Profundizó el beso, explorando la calidez de aquella boca con la lengua. Ella lo correspondió, y él necesitó toda su fuerza de voluntad para no tumbarla sobre la arena y devorarla allí mismo, mientras sus manos la recorrían, hambrientas y maravilladas.

–Eres fabulosa –susurró, recorriendo su mandíbula con besos, hasta llegar a la oreja.

La sintió estremecerse cuando le lamió el lóbulo y lo sopló, y su gemido de placer lo encendió aún más.

–Esto no tiene por qué afectar a nuestra amistad –señaló, besándola en el cuello–. Ambos somos suficientemente listos para eso.

–Espero que tengas razón –dijo Abby, apartándose y recorriéndose los labios con la lengua.

Judd ardía en deseo, y se maldijo por haber abierto su enorme bocaza y arruinado el momento.

–Supongo que hemos dejado claro que nos atraemos –comentó, guardándose las manos en los bolsillos para no abalanzarse sobre ella y abrazarla.

–Sí –dijo ella y se giró.

Pero Judd había advertido el deseo en su mirada. Deseó tener su cámara para capturar aquella expresión: apasionada y al tiempo extrañamente tímida.

–Entonces, ¿tú también lo sientes? –inquirió ella.

Judd se sintió fatal por haberla besado a su antojo sin preocuparse de profundizar en lo que a ella la preocupaba.

–¿De eso querías hablar, de que te sientes atraída hacia mí?

Ella puso los ojos en blanco y frunció los labios.

–¿Tú qué crees?

–Creo que los dos estamos locos por interferir en algo tan bueno. No puedo dejar de pensar en ti desde anoche, en lo fabuloso que sería si perdiéramos la cabeza y nos lanzáramos a ello.

Por fin, ya lo había dicho. Ojalá ella fuera suficientemente juiciosa por los dos.

Vio interrogantes en sus ojos, reflejo de los suyos propios. Pero era demasiado tarde para dudar.

Había llegado el momento: ¿amigos o amantes?

Ojalá ambos, si por él fuera.

–Somos amigos desde hace años –señaló ella, agarrándolo fuertemente de la mano–. ¿Por qué ahora? Es una locura.

Judd no podía estar más de acuerdo.

–Sabes que no podemos dejar que esto afecte a nuestra amistad, ¿verdad?

–Sí –contestó él, cada vez más esperanzado.

De pronto, ella esbozó una radiante sonrisa que lo dejó sin aliento.

–Supongo que no hay nada de malo en intentarlo. Tú volverás a viajar por el mundo al terminar la semana, y retomaremos nuestra amistad de siempre como si nada hubiera sucedido. Lo que hagamos en la isla, se quedará en la isla. ¿De acuerdo?

Judd dudó, detestando la pequeña mentira que tendría que desplegar para satisfacer su insaciable sed de aquella mujer.

–De acuerdo –respondió.

¿Qué diría ella si conociera sus planes de quedarse en Sidney, o su necesidad de descubrir si había algo más en la vida que los viajes, la fotografía y el dinero?

–En ese caso, volvámonos locos –dijo Abby, levantándolo de la arena y riendo ante su asombrada expresión–. No me mires tan asustado, Calloway. Te prometo que iré suave.

–Eso no es lo que me asusta –murmuró él, y la sujetó firmemente de la mano mientras caminaban uno junto al otro de regreso al hotel.

Capítulo 6

–Debo de estar loca –murmuró Abby, colocándose una flor de plumería en su moño francés con manos temblorosas.

La maquilladora y peluquera habían hecho un trabajo fabuloso, pero el peinado necesitaba un toque final, y ella adoraba la fragante flor que crecía salvaje por toda la isla.

–Te dije que lo de ser modelo es un trabajo duro –comentó Tara, retocándole el vestido de seda rosa palo que sentaba a Abby como un guante, a su pesar.

¿Desde cuándo Bassel Designs quería una imagen realista para promocionar su ropa, en lugar de emplear la habitual modelo escuálida?

–Ya está, perfecto.

Abby hizo una mueca. Apenas se reconocía, lo cual estaba bien, dando que necesitaba aparentar seguridad en sí misma cuando viera a Judd, después de su reveladora conversación.

–Parezco la «Barbie isla» venida a menos.

Tara sacudió la cabeza.

–Pareces la «Barbie novia», loca por Ken –replicó, con una amplia sonrisa.

Era tan evidente que estaba loca por Judd, que Tara lo había notado.

–¿Cómo me he metido en esto?

–Muy sencillo: miraste sus deliciosos ojos color avellana y te derretiste, como habría hecho cualquier mujer.

–Yo no me derrito. Y, para tu información, tuve que convencerle para que me ayudara.

–¿Estás diciéndome que has accedido a ponerte ese vestido por tu bondad de corazón? –cuestionó Tara, y resopló–. Venga ya. Apuesto a que ese bombón te sugirió que posaras junto a él y caíste rendida a sus pies.

–Ni mucho menos –murmuró Abby.

Ella nunca caía rendida a los pies de ningún hombre, amigo o

no.

–Este trabajo tiene que estar terminado cuanto antes y, debido a mis curvas, soy la única a la que le valía este maldito vestido –dijo, tocándose las caderas.

Nunca se habría planteado ejercer de modelo a menos que Judd se lo hubiera propuesto. Se había ahorrado mucho tiempo al no tener que buscar a alguien entre los clientes del hotel, pero eso no hacía las cosas más fáciles.

Iba a promocionar el vestido de novia, y en las fotos tendría que parecer enamorada del hombre con el que acababa de acceder a tener una aventura. El hombre al que nunca había dejado de amar en secreto. Con el que había soñado hacer aquello mismo, en la realidad.

¿Se podía complicar más la situación?

La atracción que había sentido hacia él de adolescente no tenía nada que ver con la actual, donde todo parecía más intenso.

Lo deseaba ardientemente, ¿podría superarlo? Judd la había visto en sus mejores y peores momentos: se habían intercambiado cromos de pequeños, él la había llevado al colegio en bici, y la había consolado cuando el primer novio le había partido el corazón.

Lo sabía todo de ella.

Excepto un pequeño detalle: cuando él se había marchado de Pier Point, ella había tenido que enfrentarse a la devastación de ser rechazada de nuevo por alguien a quien quería. Primero sus padres, luego Judd. Su desaparición le había dolido mucho más que la de sus padres, ya que entonces ella era un bebé.

¿Y si tener una aventura con su mejor amigo resultaba adictivo?

¿Y si volvía a sufrir el mismo rechazo cuando él saliera corriendo hacia un nuevo trabajo?

O, peor aún: ¿y si se enamoraba de él otra vez?

–Cielo, realzas el vestido. Te apuesto cien dólares a que impresionas al bombón.

–Nada de apuestas –dijo Abby, evitando mirarla, ya que no quería revelar su esperanza de que ocurriera precisamente eso.

Tara rió.

–Muy bien, voy a dejar de bromear. Y ahora, recuerda: cabeza alta, hombros atrás, pecho fuera y a por ello.

De espaldas al espejo, Abby le sacó la lengua.

–Eso es lo que intento, acabar con esto cuanto antes para poder concentrarme en que tú te dejes el pellejo el resto de la semana. Vamos.

–Cariño, no me perdería esto por nada del mundo –aseguró Tara, ofreciéndole su brazo–. Puedo imaginarme los titulares: «Abby Weiss, estilista de moda número uno, se convierte en modelo. Y, en el proceso, conquista a un fotógrafo bombón».

–Pues espera sentada –dijo Abby.

Una parte de ella deseaba aparentar estar enamorada de Judd y ver cómo reaccionaba él, tras su reveladora conversación. ¿Bromearía con ella como siempre? ¿O la idea de intimar próximamente afectaría a su conducta?

Se le encendieron las mejillas al imaginarse en la cama con él. Si sus mágicos besos servían de muestra...

–Parece que la novia está soñando con la luna de miel.

–Corta ya –le espetó Abby, pasando por delante de ella a grandes zancadas y maldiciendo su estupidez por haber aceptado aquel encargo.

Judd paseó inquieto por la playa, preguntándose cómo se comportaría Abby tras la reciente conversación.

Cuando se habían separado en el hotel y la había visto tan pálida y nerviosa, había necesitado toda su fuerza de voluntad para no abrazarla.

Había visto aquella sonrisa nerviosa antes de sus exámenes finales en el instituto, antes del campeonato interescolar de baloncesto, y la noche del baile de graduación.

La primera noche que la había besado.

Aquella noche, él había estropeado las cosas, al comportarse como si nada le importara, bromeando acerca de su vestido, que en realidad lo volvía loco, e insinuando que no estaba interesado en ella como mujer.

Si ella supiera...

Irónicamente, allí estaba tantos años después, a punto de tener una aventura con su mejor amiga, y todavía comportándose como si fuera a salir corriendo en cualquier momento.

–Tranquilízate o te dará un infarto –advirtió Tom, terminando su refresco de tres sorbos y brindando con la botella vacía.

–Estoy bien –masculló Judd, deseando poder beberse unas cuantas cervezas para calmarse.

Debería estar tras la cámara, adonde pertenecía, y no fingiendo ser un novio.

–¿Has comprobado el equipamiento? Las chicas llegarán en cualquier momento.

–No te preocupes, soy un profesional. Todo está controlado.

Judd sonrió.

–Eso fue lo que dijiste un segundo antes de que aquel elefante nos embistiera en Tailandia.

–¿Acaso tu vida se vio en peligro?

–No.

–Entonces, deja de quejarte.

Judd comprobó la hora por enésima vez, deseando que todo aquello acabara cuanto antes.

–¿Dónde está Abby? Tarda mucho...

–Vendrá, no te preocupes. Estoy deseando verla de gala. ¡Es una delicia!

Tom lo observó, a la espera de una reacción, y Judd se contuvo a propósito.

–Tienes razón –dijo solamente.

Tom soltó una carcajada.

–Deja de comportarte como si te diera igual. La deseas.

¿Tan obvio era? Si su ayudante se había dado cuenta, Abby también debía de haber advertido su repentino interés en ella. ¿Lo correspondería?

¿Qué les había ocurrido? ¿Acaso la lejanía había reforzado sus lazos? ¿Cómo era posible que dos personas en su sano juicio, amigas desde hacía tantos años, quisieran de pronto satisfacer sus apetitos más mundanos? No tenía sentido. Pero últimamente era su tónica general, de ahí su planeado cambio de carrera, de residencia y de forma de vida.

–Somos buenos amigos, por eso estoy ayudándola a salir de este aprieto. Y por eso tú debes concentrarte en tu trabajo y no soltar tonterías, como acostumbras a hacer.

La carcajada de Tom resonó en tres kilómetros a la redonda.

–Tú sigue engañándote, amigo, y cuando tengas el primer bebé, no olvides nombrarme padrino.

–¡A trabajar! –exclamó Judd, señalando las cámaras.

Miró alrededor en busca de Abby. Cuanto antes hicieran las fotos y se las enviaran a Mark, antes podrían continuar con su interesante conversación anterior, a ser posible con menos palabras y menos ropa.

–¡Vaya! A uno se le alegra la vista con eso.

Judd se giró y el tiempo se detuvo. Se quedó inmóvil y sin aliento, mientras contemplaba a Abby caminando hacia él, con un sencillo vestido palabra de honor que realzaba cada curva de su tentador cuerpo, y el cabello recogido en un elegante moño.

Ella lo miró fijamente y, durante un intenso instante, Judd estuvo seguro de ver brillar la pasión en sus ojos.

«Yo también te deseo», quiso gritar, pero se contuvo, moviéndose inquieto. Ya no dudó en que quería pasar a un nivel más físico.

La deseaba. Más de lo que había deseado nada o a nadie en su vida.

La vio detenerse frente a él, y su coqueta sonrisa le aceleró el pulso.

–No me abandones ahora –rogó ella, con cierto temblor en la voz que contradecía el brillo de su mirada, alisándole las solapas del esmoquin.

Él inspiró hondo, la tomó de la mano y le guiñó un ojo.

–Ni hablar. Estás unida a mí, para mejor o peor.

–En tus sueños.

Judd sonrió ampliamente y la recorrió con la mirada hasta detenerse de nuevo en su rostro.

–Por supuesto que en mis sueños –murmuró, encantado al verla ruborizarse y apartarle la mano.

–Pues ya puedes esperar –murmuró ella, frunciendo el ceño en broma–. Y ahora, menos charla y más trabajar, por favor.

–Siempre y cuando juguemos después –le susurró él al oído.

Abby se obligó a ignorar su pulso repentinamente acelerado, y sonrió a Tom, en quien no había reparado hasta entonces. Al ver a Judd, sólo había tenido ojos para él, el hombre que iba a poner del revés su mundo.

Porque no tenía dudas de que, una vez terminara la sesión, y tras finalizar el trabajo del día, darían un paso en su amistad que no

tenía vuelta atrás.

–Hola, Tom. Judd me ha asegurado que eres casi tan bueno como él, así que puedes con esto, ¿cierto?

Tom se cuadró de hombros y sonrió.

–Todo a punto. Por cierto, estás fantástica. Si alguna vez te cansas de trastear con la ropa, deberías plantearte lo de modelo. Ganarías una fortuna.

–Eres un cielo –dijo ella.

Judd gruñó.

–Relájate con este grandullón. Vas a partirle el corazón –advirtió.

Abby rió y se olvidó de los nervios cuando Judd la tomó de la mano.

–Ésa soy yo, una rompecorazones. Qué va –dijo, mirando sus manos unidas, agradeciendo el contacto y al mismo tiempo deseando que su pulso se tranquilizara.

–Por si te entran ganas de salir corriendo –justificó Judd con una sonrisa que casi la derritió.

Cuando le sonreía así, Abby se sentía como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra, y le pertenecía.

Teniendo en cuenta lo que iban a hacer aquella noche, tampoco era una idea muy descabellada. Judd siempre había ocupado un lugar especial en su corazón, como amigo, y pronto sería además su amante. ¿Se entenderían tan bien en la cama como fuera de ella? Por la manera en que su cuerpo estaba respondiendo a los roces con él en los últimos días, alcanzaría las estrellas.

«De momento, piensa en que sois amigos», se aconsejó a sí misma, sabiendo que tendría que repetírselo a menudo en las próximas horas. Aquella sesión debía ser un éxito, sólo entonces podría entregarse a él como se merecían ambos.

A pesar de sus reparos, una parte de ella había deseado que llegara aquella sesión: tenía curiosidad por probar el trabajo frente a la cámara.

Debería estar nerviosa, pero con Judd a su lado se sentía segura de que podía hacerlo, y con buenos resultados.

Sin embargo, al ver a Tom cámara en mano y a Tara sujetando un reflector de luz, se le encogió el estómago y se separó de Judd.

–Relájate, esto va a ser pan comido –la animó él, captando su

estado de ánimo tan hábilmente como siempre.

–Me encantaría que Tom se diera prisa –murmuró, jugueteando nerviosa con un adorno de su vestido.

–Tómatelo como un juego.

Ella enarcó una ceja. Aunque él tenía razón, necesitaba relajarse o las fotos resultarían un desastre.

–Bonito traje –comentó, para aliviar la tensión que la acogotaba, señalando el esmoquin que parecía hecho a medida.

–Gracias. Me gusta comprobar que todavía usas relleno –replicó él, clavando la vista en sus senos.

–¡Nada de eso! –exclamó ella sacando pecho.

No esperaba el deseo que se despertó en su interior bajo la mirada de él.

–Eres demasiado fácil, Weiss –murmuró Judd, ardiendo de pasión.

–Espero que lo digas en el mejor sentido –advirtió ella, cruzándose de brazos para elevar sus senos y volverlo loco.

Al verlo apartar la mirada y sacudir la cabeza, supo que se había cobrado su venganza.

–Ser tu amigo ya es suficientemente duro. Tengo la sensación de que lo que hagamos el resto de la semana va a volverme loco.

–De eso se trata, ¿no? –señaló ella, paseando lentamente un dedo sobre su pecho, recreándose en su recién descubierto poder sobre él.

–Primero el trabajo, ¿recuerdas? –le susurró él al oído antes de besarla delicadamente, encendiéndola.

–¿Trabajo? ¿Qué trabajo?

Abby se balanceó hacia él, con las piernas como gelatina, consciente de que perdería el control por completo cuando por fin se tocaran sin parar y sin ropa.

Él le hizo elevar la barbilla.

–Ya sabes qué trabajo. Ése que va antes del ocio –respondió, acariciándole el labio inferior y causándole un cortocircuito entre su cerebro y su cuerpo, hasta que no pudo resistírsele.

–Guardáoslo para la luna de miel, vosotros dos. Tenemos un trabajo que hacer.

Abby se apartó como una adolescente sorprendida haciéndose arrumacos con el bombón del instituto, mientras oía las risas de

Tom y Tara. ¿Desde cuándo se embebía tanto flirteando con Judd, que se olvidaba del deber, por no hablar de la compañía en la que se encontraban?

Estaba perdiendo los papeles, y si quería conservar su empleo más allá de aquella… aventura o lo que fuera en lo que habían decidido embarcarse, necesitaba mantenerse concentrada en otra cosa que no fuera Judd.

–De acuerdo, chicos. Ya ha habido suficientes risas. A trabajar.

Tom agarró su cámara, Tara aplaudió a modo de inicio de la acción y Judd adoptó actitud de trabajo, ayudando a Tom a elegir los mejores planos, hasta que le paró los pies.

–Escúchame, colega. No puedes ser modelo y fotógrafo. Relájate y haz lo que se te diga –dijo Tom, colocándolos bajo una palmera para la primera toma–. Soy un profesional, ¿recuerdas?

–Las famosas últimas palabras –murmuró Judd, haciendo lo que se le decía, aunque con cierta reticencia.

Abby posó la mano en su manga.

–Es duro no estar al mando, ¿verdad?

–Y que lo digas.

Sus miradas se encontraron y, durante un breve segundo, Abby se preguntó si él desearía perder el control tanto como ella.

Afortunadamente, el momento pasó y, durante las siguientes dos horas, posaron y actuaron como si fueran la pareja más feliz de la tierra, mientras Tom daba indicaciones, asistida por una entusiasta Tara.

A Abby le dolía el rostro de sonreír, el cuello de posar, y las entrañas de desear a Judd, quien había aprovechado la menor oportunidad para tocarla.

–Éstas deberían ser las últimas fotos –dijo Tom, señalando el tronco horizontal de una palmera–. Judd, ¿por qué no te sientas ahí con Abby en el regazo? Haré unos cuantos planos cortos de vosotros frente con frente para captar el detalle del corpiño del vestido.

–Ya has oído lo que dice –comentó Judd, sentándose y palmeándose el regazo, mientras a Abby se le detenía el corazón y a continuación se le desbocaba.

–Estás disfrutando con esto, ¿verdad? –murmuró ella, colocándose en sus rodillas como a punto de echar a volar, intentando ignorar su pulso acelerado y su piel de carne de gallina.

–¿Y por qué no iba a hacerlo? –dijo él, y deslizó la mano por la espalda de ella tan despacio, que la hizo tensarse cuando dejó el vestido y pasó a la piel desnuda.

Luego, se le acercó y le acarició la nuca, masajeándola de una manera muy poco terapéutica.

–Qué tensa estás... –murmuró él, abrazándola por la cintura, como si percibiera sus ganas de salir corriendo.

Abby no habría podido moverse aunque hubiera querido, dado que las piernas apenas la sostenían desde que él la había tocado.

–Ya casi hemos acabado, y las fotos están saliendo fabulosas. No hay de qué preocuparse.

–¿Te parezco preocupada? –inquirió ella, y se mordió el labio inferior para contener un grito, conforme él le masajeaba la cabeza con pequeños círculos.

–Estás fabulosa –alabó Judd, y la sujetó por la cintura–. Y ahora, entrégate. Tom no nos dejará en paz hasta que acabemos las últimas fotos, y sé lo mucho que deseas pasar a la mejor parte.

–¿La mejor parte? –preguntó ella en tono agudo.

–La luna de miel –respondió él, con una risa tan seductora como sus caricias–. No olvides que estás en deuda conmigo. Nunca sabrás lo que pueda pedirte.

Abby contuvo el aliento al notarlo moverse, mientras intentaba concentrarse en lo que él le decía, más excitada que nunca en su vida.

–Tú pide, Calloway. Eso no significa que vaya a hacerlo.

–Te aseguro que lo harás.

Como para demostrar su argumento, él le soltó el cabello y deslizó la mano hacia su cintura, rozándole de camino el lateral de un seno.

Abby ahogó un grito y se retorció de placer, encendida por las expectativas de la noche ante las seductoras caricias de él.

–Sólo un par más y habremos terminado –anunció Tom, rompiendo el hechizo.

Abby se obligó a concentrarse, agradecida de que Judd hubiera dejado de bromear, y eufórica porque seguía tocándola a la menor oportunidad.

Mientras el sol se hundía en el horizonte, desplegando tonos magenta, ocre y púrpura sobre el océano,

Tom dio por terminada la sesión.

–Buen trabajo, vosotros dos –alabó, abriendo una botella de champán para celebrarlo–. Sois modelos naturales. Esperad a ver las fotos.

Tom elevó su copa y entrelazó su brazo con el de Tara antes de bebérselo de un trago.

Abby rió, y se quedó sin aliento cuando Judd posó una mano en sus riñones, un delicado gesto que la abrasó a través de la seda.

–¿Contenta?

–Aliviada –respondió ella, atrapada en su poderosa mirada, deseando beber su champán, pero sabiendo que ya estaba suficientemente mareada sin hacerlo–. Gracias por haberlo hecho. Me has sacado de un aprieto. Judd sonrió desenfadado, aunque su mirada ardía de pasión.

–Cuando quieras, aunque nuestro trabajo no ha terminado todavía. Tenemos que seleccionar las mejores fotos y enviárselas a Mark por correo electrónico.

Abby asintió mecánicamente, con la mente ya cuando hubieran terminado el encargo... Parpadeó y borró las eróticas imágenes.

–Brindo porque acabemos el trabajo rápidamente –propuso Judd, atrayéndola hacia sí y abrasándola con su calor.

–Brindo por eso.

Sin embargo, cuando Abby chocó su copa y se perdió en la mirada de él, no supo si su amistad había dado un giro a mejor... o a peor.

Capítulo 7

Abby se estiró en la arena y entrecerró los ojos mientras observaba las olas rompiendo en la orilla, brillantes bajo la luz de la luna.

Tras el extraño día, relajarse en la cabaña junto a una maravillosa porción de playa privada, todavía acordonada para la sesión de fotos, resultaba un paraíso. Rodeada por antorchas encendidas, el sonido de los grillos y el de las olas, Abby sintió que por fin la tensión la abandonaba.

Afortunadamente, la sesión había salido mejor de lo que ella esperaba. Tom había hecho un gran trabajo, Judd había ayudado a escoger las mejores tomas, y se las habían enviado a Mark por correo electrónico después de una cena de hamburguesas, patatas fritas y batidos del servicio de habitaciones.

La sesión había durado dos horas y media, y el ritmo frenético casi la había hecho olvidarse de la conversación previa y del hecho de que iba a tener una aventura con su mejor amigo.

Casi, pero no completamente.

Cada vez que miraba a Judd, sonriendo a la cámara, posando, sujetándola con pericia de experto, le conmocionaba haber accedido a llegar hasta el final con el único hombre en el mundo que lo significaba todo para ella.

En cuanto a lo que había sucedido al sentarse en su regazo... la piel le quemaba sólo de pensarlo.

Maldición, esperaba estar haciendo lo correcto.

Su amistad era primordial para ella, lo había sido desde el momento en que se habían conocido: Judd salía corriendo de su casa, mientras su padre borracho lo insultaba a gritos desde el porche, y se había tropezado con ella, que se había quedado de piedra, mientras su cerebro de niña de siete años intentaba comprender por qué aquel desagradable hombre gritaba al niño. Judd la había mirado desafiante, al tiempo que se enjugaba las lágrimas que le caían por las mejillas sucias.

–¿Qué miras? –le había espetado, levantándose del suelo y hundiendo las manos en sus bolsillos rotos, antes de fulminarla con la mirada.

Ella se había puesto en pie y sacudido el polvo antes de responder:

–¿Quieres venir a jugar a mi casa? Tengo una cabaña en el jardín.

La mirada de él había brillado de interés, antes de bajar la cabeza y murmurar:

–Vale.

Y de seguirla a su casa.

Así de fácil había nacido su amistad de toda la vida. Abby habría hecho lo que fuera para proteger a aquel pequeño ese día, aunque ella también estaba conmocionada por el trato del padre al hijo.

Incluso a tan tierna edad, su instinto maternal había salido a la superficie. Afortunadamente, el niño de rizos rebeldes la había permitido entrar en su vida y habían forjado un vínculo que nadie había podido romper desde entonces.

–Buen lugar para una cita.

Abby se sentó bruscamente, casi dándose en la cabeza con el techo bajo de la cabaña.

–Estaba pensando en ti.

–Cosas buenas, espero.

Judd entró, llenando la cabaña con su presencia, y Abby fue muy consciente de que estaban a solas.

Le había avisado de dónde estaría, ya que había necesitado algo de tiempo para relajarse antes de afrontar la realidad de lo que iban a hacer. Al verlo junto a ella, se le disparó el pulso.

Forzando una sonrisa, dio una palmadas en la arena a su lado, intentando comportarse lo más normal posible, teniendo en cuenta que estaban a punto de dar un paso irreversible.

–Estaba repasando cómo había ido la sesión –informó, resistiendo el impulso de quitarse la parte de arriba del bikini.

Aunque Judd la había visto llevando prendas más escasas que su nuevo bikini, se sentía más rara que nunca, dado que su cuerpo se estremecía bajo su mirada. Y en aquel momento, él estaba comiéndosela con los ojos.

–Has estado fantástica esta tarde –alabó, sentándose en la arena

con las piernas extendidas, y llamando la atención sobre ellas.

Estaba guapísimo con sus bermudas negras, algo que ella había advertido por primera vez cuando había sido capitán del equipo de fútbol del instituto.

–Soy una profesional –respondió ella, adoptando una pose exagerada, y ambos rieron, aliviando un poco la tensión.

Sin embargo, ante el sosegado análisis de él, Abby se tensó, muriéndose de ganas de que la tocara. Tragó saliva.

Ella no era nada buena en situaciones así. ¿Debía lanzarse sobre él? ¿O bromear un poco y esperar a que él diera el primer paso? A Judd como amigo bromista sí sabía tratarlo. Pero aquel Judd nuevo, tremendamente sexy, estaba trastocándola, y ella no sabía cómo recuperar el equilibrio.

–Hablando de ser profesional, ¿por qué no me habías contado lo alto que has llegado en tu carrera? Hemos hablado por teléfono a menudo, y nos hemos escrito larguísimos correos electrónicos, pero nunca lo habías mencionado.

–Porque teníamos cosas más importantes de las que hablar, aparte de yo echarme flores.

–¿Cosas como qué? ¿Mi triunfo o viaje más reciente?

–Me gustaba oír esos planes tan fascinantes. No te preocupes por ello. Ahora estamos aquí y puedes comprobar de primera mano la maravilla en que me he convertido en el mundo de la moda.

Judd chasqueó los dedos.

–De modesta a petulante en menos de un minuto. Ésa es mi chica.

A Abby le tembló la sonrisa.

–Dado que soy «tu chica», ¿te planteas en serio lo de cambiar nuestra relación?

Él se recostó sobre sus brazos, con la camiseta moldeando su ancho torso, y Abby tragó saliva. Había sido inmune a su atractivo físico durante años, gracias sobre todo a que no lo había visto en carne y hueso. No tenía ninguna oportunidad de resistirse, después de haberlo deseado tanto de adolescente. La ausencia, en su caso, sí que había aumentado la unión entre ellos, además de despertar otras cosas.

–Totalmente en serio. ¿Y tú?

Abby se incorporó, con la cabeza dándole vueltas ante las

implicaciones de lo que iban a hacer.

–Me apunto.

–Fabuloso –dijo él, dibujando círculos en la arena al tiempo que sonreía seductor–. ¿Quién da el primer paso? *Carpe diem*, vivamos el ahora.

Abby tragó saliva, con el corazón acelerado y un cosquilleo por toda la piel.

–El ahora, ¿eh? Todavía estoy haciéndome a la idea.

–Resulta bastante difícil de asumir, ¿no crees? Ven aquí.

Se abrazaron y Abby se preguntó por enésima vez en las últimas veinticuatro horas qué diablos estaba haciendo.

Su amistad lo significaba todo. ¿Merecía la pena arriesgarse a romperla por una aventura fugaz?

–Weiss… –le susurró él al oído, apretándola fuertemente–, eres la mejor amiga que un hombre podría desear. Eso no va a cambiar.

Abby cerró los ojos y disfrutó del contacto físico, conteniendo sus manos para no pasearlas por todo aquel cuerpo.

Maldición, habían hecho aquello mismo innumerables veces, pero le resultaba diferente. Lo deseaba tanto, que el mínimo roce con él la volvía loca.

–Será mejor que no. Prométeme que, ocurra lo que ocurra, nuestra amistad no cambiará. Prométemelo.

Judd rió y asintió, mientras le acariciaba la mejilla con tanta delicadeza que casi la hizo llorar.

–Te lo prometo. Y no te preocupes, nada afectará a nuestra amistad.

Le guiñó un ojo, insinuante, y ella le dio una palmada en el brazo, en un gesto familiar.

Sin embargo, al pensar de nuevo en lo que iban a hacer, se le aceleró el pulso: iban a dormir juntos. Aunque dormir sería lo que menos harían, cuando por fin se hallaran desnudos uno frente al otro.

–¿No crees que ya estamos mayores para historias fugaces?

Él la besó en la nariz.

–No estamos demasiado mayores para nada. Será divertido, ya verás.

–En ese caso, ¿tu habitación o la mía?

Judd sonrió, y su mirada traviesa la encendió.

–Ahora empiezas a decir algo interesante.

Abby puso los ojos en blanco y se levantó, sacudiéndose la arena del trasero.

–Eres un donjuán.

–Flirtear es bueno –replicó él, poniéndose en pie y tendiéndole el pareo sobre el que ella había estado tumbada–. Toma, tápate antes de que no pueda contenerme.

Ella lo miró con picardía.

–¿Por qué, no te gusta esto?

Giró y adoptó una pose, disfrutando de la expresión torturada de él. ¿No decía que quería flirtear? Aquella vez, su flirteo terminaría en la lujosa cama de sábanas de algodón egipcio, acogiéndolos a los dos, más amigos que nunca.

Judd se esforzó por no mirar, pero era como decirle a un león hambriento que no observara a su presa: su reacción hacia Abby era instintiva. Contemplarla desfilar con aquel escaso bikini púrpura le bajó la sangre de la cabeza a otro lugar.

Había hecho todo lo posible por no comérsela con los ojos mientras hablaban, pero una vez que ella estaba exhibiéndose, animándolo a que la mirara, aprovechó, contemplando su piel suave y bronceada, sus largas piernas, cintura estrecha y generosos senos, que amenazaban con salirse del bikini en cualquier momento.

Abby rió ante su reacción y él la imitó, intentando quitar importancia a la situación, cuando lo único que quería era entregarse a ella allí mismo.

Se encogió de hombros y se dio media vuelta, esforzándose por parecer despreocupado.

–El bikini no está mal, aunque creo que el color azul te sienta mejor.

Oyó su gruñido de protesta y rió, pero no estaba preparado para el golpe en la cabeza con el bolso de paja que recibió. Se giró, preparado para la batalla, lo cual en el pasado había supuesto hacerle cosquillas hasta que ella se rindiera. Sin embargo, ella lo conocía demasiado bien y esperaba esa respuesta, por lo que salió corriendo de la cabaña.

–¡Primero tendrás que agarrarme!

–Serás pícara... –murmuró Judd, saliendo en su persecución, seguro de que ella no tenía posibilidad de escapar.

Aunque Abby fue rápida, la alcanzó a la orilla del mar y la tumbó al estilo de los jugadores de rugby, dando volteretas entre la espuma de las olas.

–Suéltame, bruto –le espetó ella, removiéndose inquieta entre sus brazos, como un pez fuera del agua.

–No hasta que te rindas.

Una ola rompió sobre ellos, pero él ya había advertido el fuego en su mirada y su sonrisa sexy.

–Vamos, Weiss, sabes que lo deseas.

Aflojó un poco el abrazo a su cintura, lo suficiente para poder hacerle cosquillas, y se recreó en su piel suave y húmeda.

Ella frunció los labios y sacudió la cabeza, retorciéndose aún más para intentar escapar.

–De acuerdo, tú lo has querido.

Se la colocó encima y la besó apasionadamente, al tiempo que sus manos recorrían cada centímetro de piel desnuda, ardiente y tentadora.

Abby sólo necesitó cinco segundos para recapitular.

–Me rindo –susurró contra la boca de él, confusa.

–Chica lista –alabó Judd, apartándole del rostro su coleta húmeda–. Y ahora, acerca de esa deuda que tienes conmigo...

Ella sonrió lenta e insinuante, haciéndolo casi perder el control.

–De acuerdo, la pagaré. ¿Qué quieres?

–¿Qué puedes ofrecerme?

Esperó a que respondiera, sabiendo lo que él quería oír y preguntándose si sería por fin el momento. Le costaba respirar, fruto tanto de los nervios como de tener a Abby encima, mojada y semidesnuda, con los ojos brillantes bajo la luz de la luna.

Él había perdido toda concentración al entrar en la cabaña y ver su fabuloso cuerpo cubierto sólo por aquel reducido bikini púrpura. Había recurrido a toda su fuerza de voluntad para no sucumbir al deseo que lo había poseído.

–¿Qué puedo ofrecerte? –repitió ella y lo miró fijamente a los ojos–. Yo misma.

Judd gimió y la besó ardientemente, perdido por completo su autocontrol mientras la notaba apretarse contra él, besándolo apasionadamente, mientras las olas rompían sobre ellos, refrescando su piel ardiente.

–He esperado tanto para esto… –murmuró Judd, rompiendo el beso y deslizando a Abby hacia arriba, hasta colocar sus senos a la altura de su boca.

Posó las manos en ellos, saboreando su peso, esperando el momento en que le quitaría el bikini y los tendría desnudos en sus manos.

–Sí, por favor…

Abby se estremeció cuando Judd le mordisqueó el pezón a través del bikini, lo lamió y besó, cambiando de un seno al otro, acabando con cualquier duda que ella pudiera tener acerca de dar el siguiente paso.

Algo tan maravilloso, tan evidente, sólo podía ser obra del destino.

–Eres deliciosa –murmuró él, subiendo con la lengua desde el escote hasta el cuello y deteniéndose en la boca, haciéndola retorcerse de placer.

Deslizó la mano entre sus cuerpos y jugueteó con el elástico de la braga del bikini, antes de hundir un dedo, y luego otro, en el centro ardiente y húmedo.

–Cabaña. Ahora –rogó ella apretando los dientes, mientras él le masajeaba el clítoris con tal habilidad que la hizo gritar–. ¡Sí, justo así!

Conforme se acercaba al clímax, Abby se retorció encima de él, totalmente en sus manos.

–Eso es, cariño –murmuró él cuando la sintió tensarse un segundo antes de desplomarse encima, estremeciéndose del orgasmo y gritando su nombre entre el sonido de las olas.

Cuánto tiempo se quedaron allí, Abby no lo supo. Estaba totalmente relajada, sin fuerzas, presa de las sensaciones.

Judd la tumbó de lado en la arena y le apartó el cabello húmedo del rostro. Su mirada apasionada la encendió de nuevo.

–No hemos llegado a la cabaña –comentó ella.

Él sonrió y le acarició el rostro con un dedo.

–Teniendo en cuenta que no llevaba protección, no he querido tentar al destino –dijo, deslizando la mano por el hombro, el escote, y posándola sobre su seno.

Abby sintió que aumentaba la sensación de vacío entre sus piernas, que sólo él podía satisfacer.

–Estoy tan excitado que apenas veo con claridad, como para poder contenerme si te tuviera desnuda para mí solo en la cabaña.

–Entiendo –dijo ella, arqueándose, y recreándose en el poder que ejercía sobre él, al ver su expresión torturada.

–No creo que puedas entenderlo –replicó él, besándola con tanta pasión que la dejó jadeante y ansiosa por sentirlo en su interior.

Un beso que demostró que estaban perdiendo el tiempo en la playa, cuando podían tenerlo todo en la privacidad de una habitación.

Abby se separó levemente.

–Teniendo en cuenta que estoy en deuda contigo... –acercó la mano a su bañador y rozó ligeramente su erección–, ¿qué te parece si vamos a mi habitación y vemos cómo saldarla?

–Me gusta cómo piensas –bromeó Judd, agarrándole la mano y poniéndose en pie tan rápido que casi se mareó.

Riendo, corrieron por la playa como un par de adolescentes bajo la luna. ¿Cómo había podido creer que había superado su amor por él?, se preguntó Abby.

¿Y cómo sobreviviría cuando aquel delicioso bocado de magia en la isla se convirtiera en una indigesta ración de realidad?

Capítulo 8

No llegaron a la puerta de la habitación de Abby: se metieron en su balcón, abrieron la puerta corredera, y entraron a trompicones en la estancia.

Abby encendió una lámpara y se sorprendió al ver que Judd se había quedado en el balcón: con los brazos cruzados sujetando su camiseta empapada, y supersexy con el agua deslizándose por su torso desnudo, sus abdominales definidos y sus bíceps flexionados. Ella continuó su análisis hasta detenerse en el bulto de sus pantalones, y él se irguió, orgulloso y seguro de sí mismo.

A juzgar por las medidas de aquel bulto, tenía razones para estarlo.

–¿Se me ha olvidado limpiar? –inquirió ella, deseando haber tenido la previsión de limpiar un poco.

Había supuesto que él daría el primer paso e irían a su habitación para su «noche de bodas», pero se hallaban en la suya, y deseó que desaparecieran las pilas de ropa sobre las sillas y el tanga puesto a secar en el baño.

–A menos que seas una mujer ultramoderna y tengas un montón de preservativos, voy a tener que acercarme rápidamente a mi habitación.

La oyó maldecir en voz baja y sonrió.

–Dame dos minutos –pidió él.

Abby se le acercó y lo besó ardientemente.

–Que sea uno.

–Treinta segundos –dijo él, desapareciendo tras las cortinas, y dejándola asombrada de lo que un simple beso le despertaba.

Mientras recogía la ropa y metía los zapatos bajo la cama, Abby esperó que la asaltaran las dudas. En lugar de eso, estaba eufórica al pensar que iban a retomar donde lo habían dejado en la playa, aunque en esa ocasión ella lo satisfaría completamente antes de perderse de nuevo.

–Hecho. ¿Me has echado de menos?

Abby salía del baño con un montón de ropa interior. Lo lanzó sobre una silla, incapaz de pensar, mientras Judd se acercaba a ella con mirada ardiente y una sonrisa traviesa.

–¿Y bien? –insistió él suavemente, deteniéndose a pocos centímetros de ella, irradiando un calor que la invitaba a acercarse y perder el sentido.

–¿Qué harías si tuviera una habitación en el primer piso en lugar de un bungalow a ras de suelo? –preguntó ella, y casi se abofeteó por haber dicho algo tan ridículo.

Judd sonrió.

–Muy sencillo: treparía por el enrejado como Romeo.

–Qué apropiado: amantes con destino trágico... –comentó ella, enmudeciendo al verlo acercarse, y disfrutando de aquel avance sensual.

–Nuestro destino no es trágico. Y en cuanto a lo de ser amantes... –dijo él, besándola levemente en la boca y dejándola con ganas de más–, pienso remediarlo desde ahora mismo.

La besó de nuevo, más firme esa vez, pero aún no lo suficiente, teniendo en cuenta lo apasionado que había sido en la playa, y lo mucho que ella lo deseaba.

«Noche de bodas». Las palabras resonaron en la mente de Abby, recordándole lo que había sucedido durante el día. Ciertamente, habían fingido que eran novios para la cámara, pero por más que hubiera querido ignorarlo, no podía obviar lo bueno que había sido sentir a Judd a su lado, sujetándola firmemente y mirándola como un enamorado.

Había sido demasiado bueno, razón por la cual ella debía olvidar todo el día y concentrarse en aquel momento y en la noche que tenían por delante, independientemente de lo que sucediera por la mañana.

–Noche de bodas, ¿verdad? Pues hagamos que sea memorable –dijo con una sonrisa.

Judd gimió, la abrazó, y la besó apasionadamente, borrando cualquier idea de su mente.

Perfecto. Abby no quería pensar más. No quería racionalizar, ni preguntarse si aquello era bueno o malo. Sólo quería sentir, explotar, crear magia con el único hombre que la derretía con una sonrisa.

Lo abrazó por el cuello y se arqueó hacia él, invitándolo a un contacto más íntimo. Judd gimió, aceptando su invitación con la habilidad consumada que había demostrado en la playa: introdujo la lengua lentamente, urgiendo a Abby a unirse a la exploración. Ella correspondió, deseosa de probar lo que él ofrecía, mordisqueándole el labio inferior. Él la abrazó con más fuerza y la besó por todo el rostro, aumentando su deseo hasta niveles insoportables. Continuó por el cuello hasta los senos, que amenazaban con salirse del bikini.

Abby, de hecho, deseó que él acortara el proceso desatándole el bikini y aliviando el ardor que le había originado con su primer beso.

–Mejor así –susurró, cuando por fin le soltó el nudo en un tiempo récord.

–Y va a ser mucho mejor aún, cariño.

Abby no tenía ninguna duda. Rozó sus senos contra el torso desnudo de él.

–Tocarte es una gozada –murmuró Judd, acariciándole los senos, deteniéndose en sus pezones erectos.

Abby echó la cabeza hacia atrás conforme una sensación como un relámpago la taladraba desde su centro más íntimo, palpitante de deseo.

Y cuando vio a Judd posar la boca en su pezón y comenzar a lamerlo, se derritió allí mismo.

–¿Te tiemblan las piernas?

–Me tiembla todo –contestó, mientras él repetía las caricias al otro pezón, al tiempo que la depositaba sobre la cama.

Judd se tumbó a su lado y la recorrió con las manos, volviéndola loca, mientras su ardiente mirada contemplaba la estela de la mano.

–Eres bellísima.

Abby sonrió y le acarició la mejilla.

–Nunca me habías visto así, ¿verdad?

Los ojos de él brillaron de puro deseo.

–Para mí siempre has sido bella, Abby –confesó, y la besó lenta y profundamente.

Abby deseó prolongar aquel momento perfecto para siempre. Era un beso más allá de sus mejores sueños.

Pero no le afectó mucho más la manera en que pronunció su

nombre, con una mirada de enorme ternura.

–Te deseo –murmuró ella, tomando el rostro de él entre sus manos y mirándolo a los ojos, deseando que comprendiera el alcance de aquello.

Ya no había vuelta atrás.

Judd observó su rostro como buscando una señal que le diera seguridad. Abby sonrió, lo agarró del cabello y lo atrajo hacia sí.

–Ahora.

Él sonrió, y a Abby le dio un brinco el corazón.

–¿Cómo voy a oponerme a una orden como ésa?

–No puedes –afirmó ella, apretándose contra él, acariciándole el rostro y arrancándole las bermudas, deseosa de sentirlo cuanto antes.

–Permite que te ayude –dijo él.

Se quitó las bermudas y las lanzó por encima de su hombro. Aterrizaron sobre una lámpara junto a la mesilla.

Los dos se echaron a reír y, de pronto, Abby fue consciente de lo trascendental del momento.

Ella había tenido relaciones sexuales con sus novios anteriores, y había sido divertido, pero nada comparado con aquella extraordinaria sensación de hallarse en completa sincronía con alguien, tranquila a pesar de la enormidad de lo que iban a hacer.

El sexo podía ser divertido y también vergonzante, forzado y un mero acto físico. Pero ella estaba allí riéndose con su mejor amigo, antes de que todo su mundo cambiara.

–Será mejor quitarlo antes de que arda –avisó ella.

Judd sonrió y deslizó la mano bajo la braga del bikini.

–¿Te refieres a esto?

–A las bermudas en la lámpara, listo –respondió Abby entre risas, poniendo los ojos en blanco.

Se le acabó la risa cuando él paseó un dedo por su vientre, y contuvo el aliento al verlo dirigirse por las bermudas, dándole la oportunidad de contemplar sus anchos hombros, su piel suave y bronceada, sus músculos fuertes. Siempre había sabido que Judd era magnífico, pero poder explorar y acariciar su cuerpo era un sueño que había creído imposible.

Hasta entonces.

–Hecho, eliminado el riesgo de incendio. ¿Dónde estábamos?

–Justo aquí –dijo ella, agarrándole la mano y colocándola en la braga de su bikini, mientras frotaba sus senos contra el pecho de él.

–Hablando de incendios, no sé tú, pero yo estoy que ardo.

–Lo mismo digo –murmuró él.

Le quitó la braga del bikini en un rápido movimiento, y le acarició el monte de Venus hasta que ella se arqueó, derretida.

–Qué bueno… –susurró él, haciéndola estremecerse.

La miró fijamente mientras subía los dedos por sus muslos, lentamente, hasta hacerla apretar los dientes de erótico tormento.

Y, cuando él detuvo la vista en sus senos y luego en su boca, Abby sintió un cosquilleo como si la hubiera tocado.

Se miraron a los ojos y ella se quedó sin aliento: los ojos de él reflejaban un deseo tan ardiente como el suyo. Era una mirada penetrante e intensa.

–¿Judd? –preguntó, temiendo que él hubiera cambiado de idea.

–Sólo admiraba las vistas. Deformación profesional.

Ella sonrió.

–Esta modelo te lo agradece, pero ya ha terminado de trabajar por hoy. Ahora es tiempo de jugar.

Judd no necesitaba que se lo dijera dos veces. Deseaba devorarla desde su abrazo entre las olas, donde había estado a punto de volverse loco de deseo. Y en aquel momento, con ella desnuda y correspondiéndolo, le costaba creer que aquello fuera cierto.

–Me encanta jugar –comentó, acariciándole los muslos de nuevo y deteniéndose en los húmedos rizos, jugueteando con ellos y disfrutando del deseo en los ojos de ella cuando introdujo un dedo en su carne húmeda y caliente.

Abby ahogó un grito y se arqueó, mientras él le acariciaba el clítoris con movimientos rítmicos y circulares, hasta que los gemidos de ella casi lo hicieron perder el control.

Mantuvo el ritmo al tiempo que introducía otro dedo, y la sintió tensarse, antes de derretirse con un largo gemido.

Abby siempre le había hecho sentirse bien consigo mismo, pero nada se asemejaba a aquel momento, cuando la mujer que lo era todo para él esbozó una sonrisa tímida y tierna que lo hizo sentirse el hombre más poderoso del mundo.

–Ha sido fabuloso –murmuró ella, poniéndole la mano en el corazón y deslizándola hacia abajo–. Y quiero más.

–Ansiosa –dijo él, pero no detuvo su mano conforme se deslizaba dentro de sus calzoncillos.

Tampoco la detuvo cuando acarició su erección. Ni cuando le quitó los calzoncillos y clavó la mirada en su pene erecto.

–Esto va a ser fabuloso –dijo ella, lo agarró con respeto y comenzó a acariciarlo.

Judd gimió roncamente conforme un placer insoportable lo invadió.

Quería que aquello fuera lento, que durara. Pero sólo con verla tocándolo de manera tan íntima y entregada, vio peligrar su autocontrol.

–Detente –dijo, sujetándole la muñeca mientras grababa aquella imagen en su mente y se preguntaba cómo podía ser tan afortunado.

–De acuerdo. Es tu turno.

Abby descendió de él, fingiendo estar molesta. Pero él la besó en el cuello hasta hacerla reír.

–Si no llegas a detenerte, tal vez no alcanzaríamos la mejor parte.

–¿Quieres decir que hay más? –preguntó ella, fingiendo inocencia al tiempo que sonreía con picardía.

–Ya lo creo, mucho más –le aseguró él, besándola largamente.

Sacó la protección de sus pantalones y, cuando se giró hacia Abby, la encontró con las piernas entreabiertas, ofreciéndole unas vistas de lo más íntimas, húmedas y ardientes.

–¡Cielos! –exclamó, ciego de deseo como nunca habría imaginado, extendiendo las manos.

–Eso espero –dijo ella, acercándose.

Judd la acarició por todas partes, explorando cada valle y cada montículo. No se cansaba de aquella piel sedosa, como un bálsamo para sus manos endurecidas por el trabajo.

–Eres tan suave... –dijo, agarrándola de los glúteos y acercándola a su erección.

Abby suspiró y se abrió a él.

–Y tú tan duro... –añadió, guiando suavemente el pene hasta su entrada húmeda y sujetándose a sus hombros cuando la penetró limpiamente–. Qué gusto das.

–Y tú también, cariño.

Judd la vio cerrar los ojos mientras se retiraba lentamente y volvía a penetrarla, más profundamente, y sintió cómo ella le clavaba las uñas en los hombros, animándolo.

Con cada embestida, ella contraía el rostro de placer, y luego entreabría la boca y se humedecía los labios, imitando el increíble sexo que estaban teniendo.

Verla tan entregada a la pasión alimentó la libido de Judd. Estableció un ritmo, penetrándola cada vez más rápida y profundamente, y ella lo abrazó con las piernas, elevando su placer a límites insospechados.

Conforme él alcanzaba el orgasmo, oyó que Abby gritaba su nombre, y se desplomó sobre ella, jadeante y con la mente en blanco.

Abby, su mejor amiga, era bellísima.

Abby, su amante, era un fenómeno.

No supo qué decir conforme salió y se tumbó de lado, con ella abrazada.

Sus habituales comentarios graciosos no tenían sentido entonces, ella se merecía algo más, el mundo, tras aquella entrega. Pero un tipo como él, que desconocía cómo sería su futuro, era la última persona que podría regalárselo.

–Ha sido fabuloso –comentó Abby, acariciándole el torso y el brazo.

–Tú has sido fabulosa –replicó él.

Le agarró la mano y la colocó sobre su corazón, que le golpeaba el pecho desbocado, como si quisiera liberarse. Qué ironía, dado que, tras lo que acababan de compartir, los consistentes lazos que los unían se habían fortalecido aún más, y él no se sentía libre, sino inexorablemente unido a Abby como nunca. No sabía si estaba preparado para eso.

Toda su vida la había basado en la libertad. Había abandonado Pier Point nada más morir su padre, a pesar de su profunda amistad con Abby, y de haber visto su mirada de deseo tras su primer beso.

¿Qué iba a suceder a continuación?

Él regresaba a Sidney, pero Abby había dejado muy claro que su aventura se quedaría en aquella isla.

¿Y si había sucedido lo impensable, y el luchador por la libertad quería más?

–Estás pensando demasiado –comentó ella, tocándole el ceño fruncido.

Judd forzó una sonrisa desenfadada.

–Pensar está sobrevalorado. Yo prefiero sentir –replicó, besándola ardientemente.

–Sabía yo que me gustabas por algo –susurró ella, y se le subió encima, haciéndole olvidar todo pensamiento.

Capítulo 9

Abby recolocó la ropa por enésima vez en los últimos diez minutos. Después de lo ocurrido la noche anterior, no podía concentrarse. Sólo podía pensar en cómo se había sentido al tener sexo con Judd. ¿Fabulosa, cuidada, satisfecha?

Sin duda, lo último. Todavía se encendía al recordar las deliciosas maneras en que él la había satisfecho. Era un fotógrafo de fama mundial y un amigo fantástico, pero su talento como amante sobrepasaba todo lo que ella había esperado y experimentado en su vida.

Sencillamente, era un maestro. Y ella acababa de convertirse en su mejor alumna.

Intentando disimular su excitación, revisó el plan de trabajo para ese día, aunque los dibujos y datos bailaban ante sus ojos.

–No tienes remedio –murmuró para sí, dejando la lista y colocando un montón de vestidos veraniegos sobre una mesa, para ponerlos en perchas.

Lo que fuera, con tal de mantener sus manos y su mente ocupadas para no pensar en lo que la atormentaba: qué nombre poner a lo que había compartido con Judd.

Porque no sólo había sido sexo. Había hecho el amor con él.

Amaba a Judd, siempre lo había amado. Siempre que pensaba en él, el corazón le brincaba en el pecho.

¿Pero estaba enamorada de él? De ninguna manera. Judd era un espíritu libre, y ella no sería tan tonta de enamorarse de un hombre así.

Además, si él percibía cualquier atadura emocional, por leve que fuera, tras su aventura de la noche anterior, eso arruinaría su amistad. Y era lo último que deseaba. Judd significaba demasiado para ella. Desde siempre y para siempre.

Ya era hora de un poco de sinceridad. Después de todo, confesarle claramente lo mucho que lo deseaba le había funcionado y, si la explosión de placer de la noche anterior era alguna

indicación, la sinceridad era la mejor estrategia.

Si lograra reunir el coraje para aclarar todo lo demás, tal vez su amistad tuviera una oportunidad de sobrevivir más allá de aquella semana.

Murmurando improperios muy poco femeninos, metió los bikinis en una bolsa y guardó también el plan de trabajo.

Al diablo con la lista. Lo que necesitaba en aquel momento era un mojito gigante.

Seguido de otra bebida más floja que la devolviera a la realidad.

Judd estudió las últimas fotos, contento con los resultados de la sesión. Aunque le encantaba fotografiar la Naturaleza, había algo igualmente satisfactorio en trabajar con gente. De hecho, debía admitir que había echado de menos el contacto con otras personas durante sus viajes.

Especialmente, con una persona.

Sonrió al ver a Abby guardar las últimas prendas y despedirse con un gesto sexy, antes de desaparecer de su vista.

No había dormido un ápice durante la noche, o más bien de madrugada, cuando por fin había regresado a su habitación. Su mente no paraba de recordar imágenes de Abby: su seductora sonrisa, sus gemidos cuando la penetraba, lo suave y acogedora que había resultado en sus brazos.

Lo había hecho sentirse increíble. Pero entonces, la culpa había aparecido: él no estaba jugando limpio, no le había contado toda la verdad. ¿Lo perdonaría Abby cuando se enterara de todo?

Cerró el obturador de su cámara y se preguntó si ella haría lo mismo al conocer la verdad, bloquear su amistad a pesar de todo lo que habían compartido juntos.

No debería haberse arriesgado. Debería habérselo contado todo antes de lanzarse a la parte física. Pero la libido se le había disparado y le había hecho olvidarse del sentido común.

La deseaba con una ferocidad que lo asustaba. Una vez que la había poseído, quería más. Apenas había podido concentrarse en el trabajo ese día, con la falda de volantes de ella agitándose entre sus muslos cada vez que se movía, su camiseta blanca delineando sus senos y resucitando recuerdos de lo que habían experimentado juntos.

Ninguna mujer le había gustado tanto nunca. Había tenido muchas historias a lo largo de los años, pero esas mujeres sabían lo que había: él no solía quedarse en un país más que unos meses, antes de trasladarse al siguiente trabajo, y eso siempre le había funcionado.

Pero Abby era diferente y, a pesar de su intención de que la historia entre ellos no fuera nada serio, él sabía que al quedarse en Sidney iba a cambiar las reglas del juego.

–Tu alegría es muy molesta –protestó Tom cargándose casi todo el equipo la espalda–. Me gustaba más cuando eras un gruñón adicto al trabajo.

–¿Por qué?

–Porque entonces podía pavonearme de lo mucho que me divertía yo. Verte de acá para allá con esa estúpida sonrisa me pone nervioso.

Judd agarró la última bolsa, preguntándose cuándo se había sentido así de feliz. Tom tenía razón: normalmente estaba tan concentrado en su trabajo, tan apartado de la gente, que seguramente nunca parecía feliz. Lo cual explicaba por qué no podía dejar de sonreír, ya que Abby le hacía sentirse mucho más que feliz.

Sólo deseaba estar con ella a solas, desnudos.

Tom resopló.

–La brisa tropical te ha hecho perder la cabeza. Y no te culpo: Abby es toda una mujer.

–Y tú que lo digas –comentó Judd.

–¿Algunas vez te has planteado en serio lo de casarte?

A Judd se le detuvo el corazón un instante, de puro pánico. No le gustaban las bodas, y sospechaba que Abby desearía toda la pompa típica de ese día. Habían pasado de amistad a algo más, y le preocupaba que ella esperara más de aquella historia de lo que

él estaba dispuesto a dar.

–Ponte en marcha. Y deja de ser tan fisgón. Estás empezando a hartarme.

Tom rió y se alejó.

El hecho de que su ayudante le hiciera preguntas comprometidas no significaba que él tuviera que contestarlas, se dijo Judd. Además, tenía mejores cosas que hacer, empezando por encontrar a su mejor

amiga y convencerla para que disfrutaran de un tiempo a solas.

Abby aceptó el daiquiri de mango de Judd, lo elevó en su dirección, y se reclinó en su tumbona.

–¿Seguro que no quieres que te extienda un poco de crema bronceadora?

Abby enarcó una ceja y lo miró con suficiencia.

–Tan sólo relajémonos y tomemos un poco el sol, ¿de acuerdo?

Judd sonrió y se encogió de hombros.

–Tenía que intentarlo.

Abby se levantó el cabello de la nuca, con un gesto de lo más femenino, con la intención de volverlo loco. Le divertía flirtear con él y comprobar lo mucho que la deseaba.

Nunca se había sentido tan poderosa, tan consciente de su atractivo como mujer. Ya le divertía bromear con él cuando eran sólo amigos, pero provocarlo siendo amantes era mucho mejor.

–Tú problema es que has pasado demasiado tiempo entre primates –comentó, dando un sorbo a su cóctel.

–En ese caso, ¿me aceptarías como mascota? Toco muy bien el órgano.

Movió las cejas insinuante y Abby rompió a reír, sabedora de que él siempre quería tener la última palabra.

–¿A qué tipo de órgano te refieres?

–Al que estás pensando, también –respondió él, chocando su copa con la de ella–. Por nosotros, cariño mío.

Abby batió las pestañas.

–¿Por nosotros? Cielo santo, y yo que creía que esto era sólo sexo ocasional.

Él se inclinó hacia adelante y le acarició el brazo con un dedo, encendiéndola.

–¿Qué te parece sexo no tan ocasional, por ejemplo, toda la noche?

Abby se estremeció y se pasó el vaso helado por la frente.

–Una idea agradable...

–¿Sólo agradable?

Abby dejó el vaso en la mesa, se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada. Pero los relajó al verlo clavar la mirada en sus senos.

–Una idea buena –añadió ella.

Se encogió de hombros y jugueteó con el nudo del bikini tras su cuello, disfrutando de ver sudar a Judd mientras intentaba mantener la mirada en su rostro.

–Es una gran idea pero, a menos que resolvamos esto ahora, nos pasaremos toda la noche ideando soluciones, y eso tal vez afecte a tus aspiraciones románticas, ¿no crees?

Judd elevó las manos en señal de rendición.

–De acuerdo. ¿Cuál es el plan entonces?

Abby rió ante su expresión resignada.

–Aún no lo sé, pero tenemos que hacerles algo especial a Tara y Tom. Han hecho mucho más de lo que les correspondía.

–Sí, Tom ha sacado unas buenas fotos de la sesión de boda. Y Tara también ha ayudado.

Abby entrecerró los ojos, pensativa.

–¿Sabes? He captado algunas miradas entre los dos. Tal vez, si les damos un suave empujón en la dirección correcta, la naturaleza seguirá su curso.

–¿Un suave empujón? Mejor uno bueno. No había caído en que Tara había reaccionado al incesante flirteo de Tom –dijo él, besándola en la mano y haciéndola olvidarse de todo–. Además, no estamos aquí para hacer de casamenteros, sino para idear una manera de darles las gracias, ¿recuerdas?

–Tienes razón.

Abby dio un sorbo a su vaso y, de pronto, chasqueó los dedos.

–¿Qué tal si nos juntamos los cuatro a tomar una copa? Y los invitamos a cenar. ¿O es demasiado formal? ¿O no es suficiente? ¿Tú qué crees?

–Creo que eres la mujer más maravillosa que he conocido –respondió él, y la besó lentamente en la boca.

–¿Y eso a qué ha venido? –preguntó Abby al separarse.

Dejó su cóctel en la mesa con mano temblorosa, pero no tanto como su corazón: un segundo antes de que él la besara, se había dado cuenta de algo que la había conmocionado.

No sólo amaba a Judd: se había enamorado de él. Hasta lo más profundo.

Cielo santo.

Judd agarró su mano, dándole calor y confianza.

–¿Realmente necesitas preguntarlo?

–Sí.

Maldición, necesitaba saber si él seguía con el plan inicial de tener una mera aventura, o si la noche anterior también lo había cambiado todo para él.

Necesitaba saber si la pasión y ternura que desprendían sus ojos cada vez que la miraba eran reales o sólo parte del rol que él estaba desempeñando.

Ya le había visto hacerlo antes. Judd llevaba toda su vida desempeñando roles: el niño despreocupado al que le daba igual lo que pensaran de él; el adolescente rebelde que apartaba de sí a cualquiera que quisiera intimar; el aventurero guerrero que no paraba de viajar por el mundo y no se ataba a ningún lugar.

Abby los conocía a todos, lo había amado a todos ellos. Pero, ¿y si ese juego de roles le afectaba a ella?

–Estamos bien juntos. Fantásticamente bien –comentó él, sujetándole la mano como si nunca quisiera soltarla–. Eres increíble. Eres la persona más importante de mi vida, y la cabeza todavía me da vueltas por lo que sucedió hace unos días. Eso lo sabes, ¿verdad?

Abby parpadeó varias veces, molesta por las repentinas lágrimas a punto de escapársele.

Podría preguntarle qué sentía de verdad. Y si aquello era un juego, un nuevo rol que quería adoptar.

En lugar de eso, hizo lo que siempre hacía con él: quitar importancia a las cosas.

–Lo único que sé es que eres un gran amigo... y un amante aún mejor –dijo, y lo besó rápidamente y con fuerza, exigiendo una respuesta inmediata.

Necesitaba destruir sus dudas con el poderoso fuego de la pasión entre ambos.

Cuando por fin se separaron para tomar aire, jadeantes y sorprendidos, supo que no era el momento de pensar ni confesar nada.

–Ven conmigo –dijo, extendiendo la mano.

–¿Debo confiar en ti? –inquirió él, agarrándola y poniéndose en pie, con sonrisa pícara–. ¿El asunto de Tara y Tom está resuelto?

–Totalmente –aseguró ella, riendo conforme echaban a correr por la arena hasta su habitación–. Ahora voy a ocuparme de otro asunto.

–Una mujer a la que le gusta tomar el control. Qué excitante.

–Menos hablar y más correr –le ordenó ella, y rió al verlo tropezarse con sus propios pies por querer ir más deprisa.

Tenía que perderse en sus brazos, en sus besos, en el placer del sexo, para asegurarse de que había cometido un error y no estaba enamorada de él.

Aquello debía de ser una atracción meramente física.

No quería plantearse las complicaciones, si había sido suficientemente idiota como para enamorarse de Judd. No quería pensar en otra cosa que no fuera lo increíblemente que la hacía sentir.

–Permíteme –dijo él, quitándole la tarjeta-llave, que ella había intentando introducir varias veces con manos temblorosas.

–Aquí termina mi personaje de mujer fatal –lamentó ella cuando él logró abrir la puerta.

Judd sonrió, la abrazó, y la arrastró a la habitación dando vueltas.

–No me gustan los personajes, pero tú sí que me gustas, Abby Weiss –confesó él, besándola en el cuello y haciéndola estremecerse.

–Demuéstralo –lo desafió ella, separándose ligeramente y seduciéndolo con la mirada.

–Será un placer.

Abby rió al verlo hacer una exagerada reverencia.

Antes de darse cuenta, la había tomado en brazos y la llevaba a la cama, con una expresión tan decidida que no dejaba duda a que era un hombre de palabra.

La dejó con cuidado sobre la cama y se tumbó a su lado. Comenzó a acariciarla en círculos en el brazo y a continuación la besó. Era un beso que prometía mucho más. Y qué preparada estaba, se dijo Abby...

De pronto, sonó el teléfono móvil de Judd.

–Maldita sea –murmuró él, tratando de sacarlo del bolsillo trasero de su pantalón–. Ahora mismo lo apago.

–Tal vez sea importante.

Aunque, en aquel instante, ¿qué podía ser más importante que aplacar su ardiente deseo por él?

Judd sacudió la cabeza y miró la pantalla. A Abby le dio un vuelco el corazón al ver que la pasión desaparecía de sus ojos.

–Se trata de trabajo, así que debería responder.

–Adelante –lo animó, forzando una sonrisa.

Incluso en un momento como aquél, Judd anteponía el trabajo. Tampoco la sorprendía, para él el trabajo había sido lo primero, desde que se había marchado de Pier Point hacía tantos años. En aquel entonces, ella se había sentido dolida, pero no le había echado en cara su ambición. Después de todo, no había perdido a su amigo, tan sólo su contacto había dejado de ser físico.

Sin embargo, recién descubierto que sentía por él más de lo que jamás habría creído posible, el hecho de que él pudiera relegarla a un segundo plano en un instante le dolía. Y mucho.

Judd no consiguió responder a tiempo, pero Abby vio un cambio en su expresión al escuchar el contestador. Al colgar, no necesitó que él le explicara nada.

Judd la tomó de la barbilla y la besó levemente en la boca.

–Lo siento, cariño. Tengo algunos asuntos que solucionar con este tipo. ¿Podemos dejarlo aquí, y retomarlo luego?

Detestando la decepción que le inundaba el pecho, Abby asintió.

–Claro. Debería estar planificando la última sesión de fotos de mañana.

–Entonces, ¿lo retomamos en otro momento?

Ella se sentó y forzó una risa.

–Sólo si tienes suerte.

–Esta noche –propuso él, y la sorprendió con un ardiente beso que la hizo estremecerse.

Abby rió, a pesar de la desilusión, y contempló al hombre del que se había enamorado salir por la puerta llevándose un enorme pedazo de su corazón, sin él saberlo.

Judd se alejó de la habitación de Abby sin reparar en el océano cristalino, la exuberante vegetación y la interminable playa de arena blanca. Algo inimaginable, ya que el fotógrafo en él nunca descansaba.

Sin embargo, desde que había escuchado el maldito mensaje, no podría concentrarse en nada más hasta averiguar qué quería Mark Pyman.

Si fuera la llamada de teléfono que tanto había esperado…

Cerró los ojos, intentando no pensar en la mirada de desilusión

de Abby cuando le había dicho que iba a responder al teléfono.

Si no fuera porque aquella llamada afectaría al futuro de ambos, la habría ignorado.

Inspiró hondo, abrió los ojos y marcó el número.

–¿Diga?

–Mark, soy Judd Calloway, devolviéndote la llamada.

–Gracias por contestar tan rápidamente, Judd. Iba a esperar hasta que regresaras a Sidney para charlar contigo sobre tu futuro, pero después de ver las fotos que me has ido enviando por correo electrónico, creo que ya no hace falta.

–¿Qué tenías pensado? –preguntó Judd, obligándose a sonar tranquilo, a pesar de los nervios.

–Cuando Paula te recomendó y dijo que eras el mejor, no bromeaba. Te ofrezco el puesto de jefe de fotografía de *Finesse*. Tu trabajo es brillante y quiero que dirijas nuestros encargos más importantes. Ya negociaremos tu salario y beneficios cuando regreses, pero quería que supieras que la oferta está hecha y que agradecería saber si te interesa o no.

–Me interesa –respondió Judd, apretando el puño para celebrar la victoria–. Estoy deseando comentar las condiciones cuando vuelva a Sidney. Hasta entonces, quédate tranquilo porque estoy deseando trabajar para *Finesse*.

–Fantástico. Llama a mi secretaria cuando estés por aquí, y acordaremos una cita. Me alegro de tenerte a bordo.

Judd se dio cuenta de que estaba jugando con la arena con una amplia sonrisa.

–Gracias por la oferta. Nos vemos en unos días.

Terminada la conversación, Judd contempló el océano maravillado y quiso chapotear y gritar como un niño sin preocupaciones.

Todos sus planes estaban saliendo como deseaba.

Había decidido quedarse un tiempo en Sidney, y la oferta de Mark aseguraba su decisión. El director de la revista ya se lo había insinuado al aceptar aquel encargo. Y, dado que su relación con Abby había entrado en una nueva dimensión, Judd había deseado en secreto que le ofreciera el puesto.

Porque, cuanto más tiempo pasaba junto a ella, más difícil le resultaba ignorar lo obvio. Eran unos amigos fabulosos, amantes

estupendos… ¿y si se convertían en una pareja de verdad?

La única manera de tener esa oportunidad era si él se quedaba un tiempo en un solo lugar, y parecía que el momento había llegado. Iba a instalarse de nuevo en Sidney para retomar su amistad con Abby, pero nunca habría soñado que podría suceder algo más entre ellos.

Había tomado esa decisión la primera vez que se había marchado, y había vivido sus consecuencias desde entonces. Pero las reglas habían cambiado, y se encontraba en posición de ofrecerle mucho más de lo que tenía como adolescente perezoso.

¿Aceptaría ella? ¿Querría probar a tener una relación? Sólo había una manera de averiguarlo.

Silbando feliz, se encaminó a su habitación.

Tenía que preparar algo para la noche. Algo fabuloso.

Empezando por organizar una velada con Abby que ella nunca olvidaría.

Capítulo 10

–¿Adónde vamos?

–Paciencia, Tara.

Abby se pintó los labios y se observó en el espejo. Con su vestido rojo ajustado, sus sandalias a juego y el peinado como recién levantada, esperaba dejar a Judd sin aliento.

Tras la velada de agradecimiento a Tara y Tom esa noche, tenía toda la intención de retomar lo que Judd y ella habían dejado antes a medias.

–Ya te he dicho que vamos a tomar una copa tras un día de mucho trabajo. Nos lo merecemos.

Tara la miró de arriba abajo.

–Tú ocultas algo.

–¿Como qué? –inquirió Abby, obligándose a no sonreír.

Tenía que llevar a la supermodelo al bar Lago, donde Judd iba a ofrecer unas copas de agradecimiento. Y debía contenerse para no revelarle la verdad: que iban a ser algo más que unas simples copas.

A Abby nunca se le había dado bien guardar secretos, aparte de haberle escondido sus sentimientos a Judd durante los últimos ocho años.

Tara se cruzó de brazos y frunció el ceño.

–Te veo demasiado segura de ti. Y me da la sensación de que no tiene nada que ver con que estés teniendo una aventura con nuestro fotógrafo-bombón.

–Tú sólo sígueme la corriente, ¿de acuerdo? Judd y yo queremos celebrar que la sesión del vestido de boda saliera tan bien.

Se miró en el espejo por última vez, esperando que Tara se creyera la historia. Cuanto antes se tomaran esa copa juntos, Abby antes podría retirarse después con el «bombón».

Sólo les quedaban dos noches en la isla, e iba a aprovecharlas al máximo. Cuando Judd la había dejado para atender la llamada de negocios aquella tarde, ella había llegado a la conclusión de que, independientemente de lo que sentía por él, tenía que concentrarse

en el aquí y ahora.

A Judd no se le podía agarrar.

Como amigo, sí. Pero no como algo más.

Era la única razón por la que ella había accedido a tener una aventura, al saber que no iba a ningún lado, porque él volvería a marcharse y ella tendría tiempo para superarlo y retomar su vida normal... con él como amigo.

–Vamos.

Mientras atravesaban los exuberantes jardines por un camino iluminado con antorchas, Abby inspiró hondo. El olor de las plumerías siempre le recordaría los increíbles momentos con Judd en aquella isla.

¿Quién habría dicho que tendrían una aventura cuando, durante años, sólo habían intercambiado bromas? Pensar en el resto de la noche le aceleró el pulso.

–Este bar es de parejas. ¿No voy a estorbaros? –dijo Tara, deteniéndose en seco a la entrada.

–Va a ser divertido, ya verás –le aseguró Abby, acercándola a la puerta para evitar que se marchara.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y apareció Judd, con un brillo travieso en su mirada.

–Buenas noches, señoritas. Os estábamos esperando.

–¿Cómo que «os»? –inquirió Tara, mirándolos suspicaz, y los siguió al interior.

–¿Todo listo? –le susurró Abby a Judd.

–Sí. Les va a encantar –respondió él, señalando con la cabeza una mesa al borde del lago, oculta de las demás por palmeras y buganvillas, donde había dispuesto un festín de tapas y el champán más caro de la casa.

Tom estaba sentado en otra mesa cercana, con una cerveza en la mano y expresión pensativa, algo poco habitual en él.

–Vamos allá –murmuró Judd, posando la mano en los riñones de Abby, encendiéndola.

Tom elevó la vista en el preciso momento en que Tara vio la mesa, y se le iluminó el rostro.

La modelo se detuvo en seco y se giró hacia Abby.

–¿Esto es un montaje? Porque si es así, olvídalo. Puedo conseguir mis propias citas, muchas gracias.

Antes de que Abby pudiera contestar, lo hizo Judd.

–Tom también ha hecho un gran trabajo esta semana, por eso queríamos celebrarlo con vosotros. No supone un problema, ¿verdad?

Abby contuvo la risa ante la expresión inocente de Judd.

–Ningún problema –respondió Tara, colocándose la melena al hombro antes de acercarse a la mesa.

–Bien dicho, Romeo.

–Lo que necesites, Julieta –dijo él apoyando la mano entre sus omoplatos desnudos y haciéndola estremecerse.

Aquel vestido sin tirantes había sido una buena elección, se dijo Abby.

–Por cierto, estás guapísima –alabó él, como si le hubiera leído el pensamiento–. Y esos zapatos rojos son de lo más sexys. Aunque no tanto como la mujer que los lleva.

La besó delicadamente tras la oreja, un beso cargado de promesas para después.

–Tenemos algo pendiente, si no recuerdo mal –comentó ella, y contuvo el aliento conforme él le acarició el labio inferior.

–En ese caso, será mejor que te pases por mi habitación, así podremos discutirlo con calma. Además, creo que me debes algo.

–No se te ha olvidado –dijo ella, tomándolo de la mano y contando los minutos para marcharse–. De momento, ¿qué tal si vemos cómo se entienden nuestros empleados, y les damos la sorpresa antes de escaparnos?

–Suena bien.

Tara y Tom conversaban desenfadadamente cuando Abby y Judd llegaron junto a ellos.

–Hola, Abby. Estás fabulosa –saludó Tom, sin apartar los ojos de la modelo ni un momento.

Abby sonrió, sabiendo que su instinto hacia aquellos dos había sido acertado. Con un poco de suerte, esa noche Judd y ella no serían la única pareja mirándose embobada.

–Gracias. Tara sí que está fantástica.

–Es muy hermosa –alabó Tom con sinceridad.

Tara se irguió y le sonrió ampliamente.

–¿Crees que estos dos están tramando algo?

Tom se encogió de hombros.

–Eso me temo, aunque parece que se han tomado muchas molestias, así que deberíamos complacerlos. Además, estoy de acuerdo con el jefe. Hemos trabajado muy duro esta semana, nos merecemos celebrarlo.

Elevó su copa hacia Tara y ella la chocó con la suya. Fue como si ese gesto les abriera los ojos a ambos, literalmente, y no pudieran quitárselos de encima.

Abby sonrió y dio un sorbo a su copa.

–¿Brindamos?

La propuesta de Judd sacó a la nueva pareja de su hechizo.

–Adelante –animó Abby, deseando terminar su copa y dejarlos a su ritmo.

Judd y ella se perderían el delicioso festín que habían encargado, pero prefería deleitarse con su fotógrafo sexy.

Judd elevó su copa.

–Por haber terminado con éxito este editorial y por el comienzo de un nuevo futuro para todos nosotros –dijo, sin apartar la mirada de Abby.

Habló con tal seriedad bajo la apariencia jovial, que a ella le dio un vuelco el corazón. ¿Qué más intentaba decirle él? ¿Qué era eso de «un nuevo futuro»?

Ojalá fuera cierto.

Ella había dejado de desear hacía mucho tiempo, cuando sus padres nunca habían regresado de uno de sus paseos. Podía soñar con un futuro junto a Judd como algo más que amigos, pero sería más fácil conseguir la luna.

–Por nosotros –secundó Tom y todos brindaron.

Abby intentó no encogerse ante la penetrante mirada de Judd. Era como si quisiera decirle algo.

Afortunadamente, al poco Tara y Tom estaban envueltos en una conversación acerca del calentamiento global, y Abby vio la oportunidad de averiguar lo que Judd había querido decir.

–Buen brindis.

–Gracias –dijo él, encogiéndose de hombros y señalando a los otros dos con la cabeza, que flirteaban como locos–. Parece que tenías razón acerca de estos dos.

–Intuición femenina –replicó ella, apoyándose en él y recreándose en su calor y su aroma.

–¿Has terminado ya tu copa? –preguntó Judd.

Abby elevó la mirada ante su tono de urgencia y vio sus ojos ardientes de deseo. Terminó su cóctel, olvidada su idea de interrogarlo sobre el brindis, sin dejar de mirarlo.

–Ahora sí –dijo, soltando la copa en la mesa.

El ponche helado no había ayudado mucho a apagar el fuego causado por la mirada de Judd, como si deseara poseerla allí mismo. No podían pensar en otra cosa salvo en hacer el amor hasta quedar plenamente saciados.

–¿Y su sorpresa?

Abby se inclinó hacia él y le susurró al oído, disfrutando al notar cómo se tensaba:

–Sé que habíamos planeado compartirla con ellos, pero soy mujer y puedo cambiar de parecer, ¿no crees?

Judd sonrió y le acarició el dorso de la mano.

–Creo que eres un genio.

Continuó su recorrido hasta la muñeca y se detuvo haciendo círculos en la zona del pulso.

–Además de la mujer más sexy del planeta –añadió con voz ronca y se dirigió a los otros–. ¿Os importa quedaros a solas? Hay unas fotos que Abby tiene que aprobar antes de mañana.

Abby se ruborizó y Tara le guiñó un ojo.

–Conque fotos, ¿eh? Pues que nosotros no os apartemos del «trabajo».

Tom sólo miraba embobado a la modelo, no le importó despedirse de sus compañeros.

–No os preocupéis, estaremos bien.

Judd se levantó y ayudó a Abby a hacerlo, cosa que ella agradeció porque le temblaban las piernas. Y no por la copa que se había bebido.

–Deberíais cambiaros de mesa. Ésta otra parece mucho mejor –comentó Judd apartando la pantalla que ocultaba la otra mesa, cubierta con un despliegue de deliciosas tapas.

–Menudo festín –señaló Tara, abrumada.

Abby sonrió.

–Queríamos daros las gracias, ha sido un placer trabajar con vosotros. Y ahora, divertíos. Hay champán en el cubo y hemos dejado instrucciones a los camareros para que os sirvan todo lo que

deseéis. Aunque recordad que mañana tenemos que trabajar… –dijo, apuntándolos con un dedo y haciéndolos reír.

–Fantástico, estoy hambriento –dijo Tom, sacándole una silla a Tara y mirando con igual fruición la comida y a la modelo.

Tara se puso en pie grácilmente y abrazó a Abby y Judd.

–Gracias por esto, es todo un detalle. Y muy poco habitual en estos trabajos.

–De nada –dijo Judd sonriente.

Abby se le acercó, encendida, y le dio un pequeño empujón con la cadera.

–Será mejor que regresemos al trabajo. Nos vemos por la mañana, chicos –se despidió, con un breve saludo, mientras intentaba no parecer ansiosa de escaparse con Judd.

Nada más salir, él la abrazó por la cintura y la apretó contra sí.

–Creo que tenemos algo pendiente. Y me temo que necesitaremos toda la noche –murmuró con voz ronca.

Abby lo miró y se estremeció, hipnotizada por su determinación.

–Pues comencemos cuanto antes –dijo, besándolo brevemente, y ansiando perderse en otros besos más largos y apasionados durante toda la noche.

Judd no necesitó que se lo dijera dos veces. Había planeado la velada hasta el más mínimo detalle desde la llamada telefónica de por la tarde, y nada podía salir mal. Se aseguraría de ello.

–Tengo una sorpresa para ti –anunció, agarrándola de la mano–. Ven. Esta vez, en mi habitación.

Estaban tan ansiosos por tener privacidad que casi echaron a correr.

Entraron en el ascensor entre risas y Judd esperó a que se cerraran las puertas para silenciar a Abby con un beso. No tenía pensado tocarla hasta llegar a la habitación, pero cuando ella lo miró en el camino, no pudo resistirse.

–Tienen cámaras en estas cosas –murmuró ella, separándose de sus labios para seguir por su cuello, poniéndolo a cien.

–Tienes razón –dijo él, apretando los dientes, sin poder resistir sus encantos.

Afortunadamente, las puertas se abrieron en ese momento, y Judd abrazó a Abby por la cintura y la transportó en un abrir y cerrar de ojos a su habitación. Metió la tarjeta en la cerradura y la

invitó a entrar.

Abby se detuvo en seco, abriendo como platos sus hermosos ojos azules, conforme contemplaba el escenario.

–¿Te gusta?

Ella asintió y lo miró con una sonrisa que iluminó la habitación mucho más que las incontables velas colocadas por todas partes.

–Es increíble. ¿Lo has preparado tú?

Más que contento con su reacción, Judd negó con la cabeza.

–El hotel me ha ayudado. He querido que recordemos siempre esta noche.

Algo que le gustaría repetir una y otra vez, si ella se lo permitiera.

–Hay más –anunció, mostrándole las gerberas rosas sobre la cama, los helados de fresa, el Kahlua helado y las trufas artesanas de chocolate.

–Te has acordado... –comentó ella maravillada apretándole la mano.

–Sí, no es fácil olvidar la noche en que me contaste cómo sería tu cita perfecta –murmuró él, recordando el momento en su Mustang, aparcado al final de su calle, tras el baile de graduación, y con él dividido entre su deseo de repetir el apabullante beso de antes y el de huir de la ciudad.

A la Abby amiga estaba acostumbrado. Pero la Abby de mirada brillante e ideales románticos lo había asustado hasta la médula.

–No puedo creer que lo recuerdes –dijo ella, y tomó su rostro entre las manos–. Todo esto es fabuloso, pero tú eres lo único que necesito para que esta noche sea memorable.

Judd había vivido en las estepas africanas, sobrevivido a un elefante enfadado, incluso había sido atacado por un chimpancé una vez, pero nada lo había emocionado tanto como la adoración de Abby en aquel momento.

Había querido que aquella noche fuera especial, antes de confesarle la verdad. Pero al ver su mirada tan sincera, se dio cuenta de pronto de que estaba jugando con fuego.

Ella era Abby, la chica con quien más bromeaba, la niña que había salido en su defensa cuando otros niños se habían burlado de él a causa de su padre, la joven que había hecho innumerables pequeñas cosas para que su vida en Pier Point fuera soportable.

¿Aceptaría su repentino cambio? ¿Querría que él siguiera en su vida tras aquella semana, como más que un amigo?

–Ese tipo de cosas se le suben a la cabeza a cualquiera –advirtió él, tomándola de la mano y llevándosela al corazón desbocado.

–Eso espero –dijo ella, soltándose y jugueteando con el primer botón de su camisa, sin dejar de mirarlo a los ojos.

El botón se cayó y Abby rió.

–Vaya, parece que te he roto la camisa.

–Entonces será mejor que me la quites –propuso Judd, y al ver el brillo en la mirada de ella, deseó que le acariciara todo el cuerpo–. ¿Necesitas ayuda?

–Creo que puedo.

Abby abrió la camisa salvajemente, haciendo volar los botones, y se abalanzó sobre su pecho.

Judd gimió, recreándose en aquel sueño convertido en realidad: la mujer a la que tanto deseaba, desvistiéndolo con dedos ansiosos y mirada de deseo.

Había fantaseado con aquel momento todo el tiempo en las últimas horas. Considerando que ya habían tenido sexo, debería estar más tranquilo. En lugar de eso, su hambre de ella aumentaba cada vez más, con cada sonrisa mientras trabajaban, cada mirada insinuante y, en aquel momento, con aquellas caricias en su pecho, como si ella nunca tuviera suficiente. Él estaba a punto de explotar.

¿Dónde había quedado su idea de seducirla, de ir despacio para hacerlo más memorable?

Ni lo sabía ni le importaba.

Lo único importante era la ansiosa respuesta de ella, y el hecho de que la mujer de sus sueños parecía desearlo con la misma intensidad que él a ella.

–Voy a ayudarte con los pantalones –murmuró Abby, acercando las manos a la cintura de su pantalón y volviéndolo loco–. ¿Puedo?

–Adelante, cariño –dijo él, conteniendo el aliento, más excitado de lo que creía posible.

Notó la mano de ella deslizándose por dentro de su boxers y acariciándole la erección. Gimió y la acarició ciegamente. En respuesta, ella le lamió la clavícula, disparando su libido y acabando con sus intenciones de ir despacio.

Ella lo deseaba. Él la deseaba.

Ya habría tiempo de ir despacio después. En aquel momento, cegado por la lujuria, no tenía más opción que satisfacer el hambre que dominaba su cuerpo. Y rápido.

La besó apasionadamente, saciando por fin su sed de ella.

Abby gimió, excitándolo aún más, y apretó sus caderas contra él.

–Ayúdame con esto –murmuró ella, tratando de bajarse la cremallera del vestido.

Judd la bajó con tanta fuerza, que casi la rompió.

–Mejor así –dijo ella, mirándolo a los ojos mientras dejaba caer el vestido rojo al suelo.

Judd la contempló embobado: la mujer que lo significaba todo para él estaba delante suyo sólo con unas bragas de encaje y unos zapatos rojos tremendamente sexys.

–¿Me los quito? –preguntó ella, consciente del poder que ejercía sobre él.

Judd gimió, la abrazó y le acarició el cuello.

–Los zapatos pueden quedarse, pero esto quítatelo –respondió, rompiéndole las bragas.

Ella rió.

–A este ritmo, tendremos que comprarnos un vestuario nuevo por la mañana –comentó, acariciándole el pene a través de los calzoncillos, hasta que Judd se vio obligado a quitárselos en tiempo récord.

–¿Sabes que he fantaseado con cubrir tu cuerpo de pétalos de gerbera, comer fresas de tus senos y beber Kahlua de tu ombligo? –dijo él, insinuante.

Abby sonrió, lo tumbó en la cama y se colocó sobre él en un segundo.

–Me encantan las caricias y los juegos previos, pero ¿y si eso lo dejamos para luego? Ahora te deseo, Calloway, y mucho.

Sin dejar de sonreír, Judd le acarició la cintura y subió hasta detenerse en sus senos, recreándose en observar su reacción cuando le rozó los pezones.

–¿Cuánto?

Abby se inclinó hacia delante, hasta colocarle un pezón en la boca.

–Mucho.

Judd lo besó, lamió y mordisqueó, mientras ella se retorcía

encima de él, llevándolo casi al orgasmo.

–Protección. Ahora –ordenó ella, frotando su húmeda entrada contra el pene erecto.

Judd se protegió rápidamente.

–Definitivamente, eres todo un hombre –alabó ella, acogiéndolo en su interior lentamente. Estaba totalmente desnuda, salvo por los zapatos rojos.

–Sí, así... –dijo él, agarrándola de la cintura y contento de que ella marcara el ritmo, mientras él intentaba que aquella increíble experiencia durara más que unos pocos minutos.

Sin embargo, Abby tenía otra idea y aumentó la velocidad, rozándole el pecho con los senos, derramando su sedoso cabello sobre el rostro de él, elevándolo al límite del control en un instante.

–Judd...

Cerró los ojos y se arqueó hacia atrás en el preciso momento en que él alcanzaba el clímax, y el placer de Judd aumentó al notar el orgasmo de ella un segundo después, gritando su nombre, antes de desplomarse sobre él.

–Abby, cariño –susurró él, acunándola, preguntándose si ella habría experimentado una conexión tan única y maravillosa como él.

Era su mejor amiga, y además...

La vio abrir los ojos adormecida y sonreír coqueta, y se dio cuenta de lo mucho que significaba para él.

La amaba. Más que a una amiga, más de lo que nunca había amado a nadie.

Pero él no amaba, no sabía cómo se hacía. Toda su vida había estado marcada por su deseo de ser libre. Sin embargo, tenía un nuevo deseo, que estaba mirándolo inquisitiva con sus enormes ojos azules.

–¿A qué se debe esa cara tan rara? –inquirió ella, acariciándole la mejilla con ternura.

Habría sido el momento perfecto para decirle lo que sentía, lo que ella le hacía sentir. Pero aún no le había contado que iba a establecerse en Sidney y no quería complicar las cosas hasta habérselo dicho. Cuando ella conociera la verdad, y aceptara su cambio de vida, ¿aceptaría también conocer la verdad sobre sus sentimientos? Ojalá. De momento, iba a disfrutar de la noche con

una mujer increíblemente sexy.

–Así que tengo cara rara, ¿eh?

Tomó su mano, le mordisqueó las puntas de los dedos y se introdujo el índice en la boca, disfrutando de la expresión de sorprendido placer de ella.

–Tal vez se deba a que estoy pensando en pedirte que no te quites nunca esos zapatos –añadió, y se unió a las risas de ella antes de lanzarse a un beso largo que los encendió de nuevo.

–Juega bien tus cartas esta noche, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Judd cruzó los dedos mentalmente, esperando que, por la mañana, ella se acordara de aquella maravillosa noche cuando él le desvelara sus planes.

Capítulo 11

Para ser una inteligente mujer de negocios, a veces podía ser tonta, se reprochó Abby.

«Lo que hagamos en la isla, se queda en la isla». ¿Realmente había dicho eso hacía unos días? ¿Acaso deliraba? Tal vez, teniendo en cuenta lo que Judd le hacía sentir con sólo mirarla, y más aún tocarla.

En aquel momento le había parecido muy sencillo: tener una aventura, disfrutar del mejor sexo de su vida con un hombre al que conocía casi tan bien como a sí misma, y volver a casa al final de la semana con el corazón intacto.

Desgraciadamente, su corazón tenía otros planes y, aunque Judd nunca sabría lo que ella realmente sentía, tenerlo en su vida como amigo sería un recordatorio constante de su estupidez.

Se agarró a la sábana y se tumbó de lado, intentando no despertar a Judd mientras se planteaba si salir corriendo mientras él dormía, o quedarse un poco más.

Lo contempló. Excepto por alguna que otra arruga, parecía el mismo adolescente del instituto. Pero ya no era un niño, y el hombre en el que se había convertido no era lo que ella esperaba.

La noche anterior había sido fabulosa, incluso mejor que la primera que habían hecho el amor, pero ella sabía que había cometido un error garrafal.

La primera vez no estaba enamorada de él y, aunque había sido una experiencia increíble, no había conectado tan profundamente como la noche anterior, cuando Judd al hacerle el amor repetidas veces, había elevado su cuerpo y su alma a lo más alto. Hasta que, por la mañana, el sentido común la había hecho volver a la tierra con brusquedad.

Las cosas entre ellos nunca volverían a ser como antes. La noche anterior lo había cambiado todo, y eso la asustaba enormemente.

El romanticismo de él había sido la guinda. Le había emocionado que se acordara de lo que le había contado tantos años

atrás, y que se hubiera esforzado por impresionarla. Aunque lo mejor había sido su mirada tras hacer el amor.

Le había aterrado que su mejor amigo la mirara como si deseara que aquello no terminara nunca. Por el bien de ambos, ella esperaba haberse equivocado.

Lo vio abrir los ojos y esbozar la sonrisa que siempre le hacía perder el sentido.

–Hola. ¿Has dormido bien?

Abby asintió, y sin poder resistirse acercó un dedo a sus labios.

–Sabes muy bien que apenas hemos dormido.

Él sonrió más ampliamente.

–Tienes razón. Ha sido espectacular.

Ella estaba de acuerdo. Sin embargo, era hora de cortar lazos, de poner barreras entre ellos antes de subir al avión.

Lo besó brevemente en la boca, intentando aparentar desenfado.

–Sí, lo ha sido. Pero nuestro pequeño idilio isleño está llegando a su fin y tengo miles de asuntos de última hora de los que ocuparme hoy, así que tal vez ésta sea la última vez que tengamos algo de privacidad. Gracias por...

–No tan rápido –la interrumpió él, tapándole la boca con un dedo–. Dado que es nuestro último día en la isla, tengo algo que decirte.

La aprensión se apoderó de ella, igual que cuando su tía May le había dado la noticia de la muerte de sus padres; igual que cuando Judd se había marchado de Pier Point.

–Adelante.

Judd se pasó la mano por el cabello.

–Cuando regresemos a Sidney, voy a quedarme allí un tiempo.

A Abby le dio un vuelco el corazón. La versión de Judd de quedarse un tiempo seguramente significaba unos días más que sus habituales visitas relámpago, pero nada que ver con lo que ella deseaba.

–¿Un tiempo?

Lo vio asentir, con aspecto inseguro por primera vez en toda la semana. De hecho, era la primera vez que lo veía así y eso la puso muy nerviosa.

–Voy a establecerme en Sidney. De vez en cuando haré algún encargo freelance, pero básicamente he aceptado un trabajo a

jornada completa allí.

–¿Cómo?

Judd rió y la ayudó a cerrar la boca.

–Y ésa no es la mejor parte: voy a trabajar para *Finesse* en exclusiva. Mark Pyman me ha ofrecido el puesto de jefe de fotografía y he aceptado.

Abby se quedó helada. Cada palabra era un clavo en su ya frágil corazón.

–¿No es maravilloso? Vamos a trabajar juntos mucho tiempo. Además de otros planes que haremos.

Aquello no podía estar sucediendo. ¿Qué pasaba con lo de arreglar su corazón en paz, una vez que él se marchara a otra ciudad en pos de su próximo trabajo?

¿Qué pasaba con lo de retomar su antigua amistad?

Y lo peor de todo: ¿cómo lograría fingir que no sentía nada hacia él, si iba a tenerlo alrededor casi las veinticuatro horas?

–No te alegra, ¿verdad?

Abby intentó encontrar algo que decir, aparte de lo obvio.

–¿Por qué esto? ¿Por qué ahora?

–Maldita sea, Abby, ¿qué te ocurre? Creí que te alegrarías por mí, porque me quedara en Sidney.

–Sí, pero ¿por cuánto tiempo? –se le escapó, y sonó aún más sarcástico que en su cabeza.

–¿Dónde está el problema? –preguntó él con amargura, se levantó de la cama y se metió en el cuarto de baño antes de que Abby pudiera pedir disculpas.

Enrollándose en una sábana, Abby se levantó también y lo siguió.

–Me has pillado por sorpresa, eso es todo –dijo, elevando la voz para que él la oyera a través de la puerta–. Lo siento.

Hubo un largo silencio y a continuación se oyó la ducha, ahogando cualquier otra cosa que ella pudiera decir.

Fabuloso. No sólo había cometido un error garrafal enamorándose de su mejor amigo, además había estropeado su amistad con aquella reacción desmesurada ante el anuncio.

¿Así que el nómada iba a quedarse en Sidney durante un tiempo? Pronto se cansaría y se iría, como hacía siempre. Y la dejaría más deshecha de lo que ella pudiera imaginar.

–No puedo creerlo –murmuró.

Se vistió y calzó en tiempo récord, ruborizándose al ver los zapatos, y se marchó de allí.

Judd se dio la ducha más fría de su vida, para despertarse del todo y para aplacar su libido, que se había disparado al abrir los ojos y encontrarse a Abby junto a él, despeinada y sexy. Esperó hasta oír cerrarse la puerta de la habitación para salir del baño.

¿Qué demonios había sucedido?

Si Abby le hubiera dado la oportunidad de explicarle su motivación para quedarse en Sidney, le habría contado la verdad. En lugar de eso, ella se había comportado como si no quisiera saber nada de él, y mucho menos pasar tiempo juntos en Sidney. Eso le dolía más de lo que debería.

Siempre había sabido que el amor era una estupidez. Y había sido tan tonto como para seguir adelante y enamorarse de ella. ¿En qué estaba pensando?

Desafortunadamente, tras descubrir que la amaba, la noche anterior, su mente había construido un escenario imaginario con ellos dos manteniendo una relación, la primera relación auténtica y sincera de su vida.

Pero esa fantasía se quedaría en eso. Ella había dicho en serio lo de que sólo quería una aventura en la isla, aunque él había esperado que sintiera algo más. Había veces que su mirada...

Se lanzó sobre la cama y hundió el rostro en una almohada, mejor que desquitarse golpeándola. Mala idea: la almohada todavía poseía el aroma de Abby. Inspiró hondo, deleitándose en la fragancia a jazmín, que siempre los envolvía cuando hacían el amor.

Él había estado con bastantes mujeres, pero ninguna se acercaba a la experiencia impactante y sobresaliente de hacer el amor con Abby. Porque era mucho más que el acto físico.

Siempre que estaban juntos, él sentía como si por fin hubiera vuelto a casa. Ella siempre había tenido ese efecto sobre él, proporcionándole una constante en su vida nómada.

Y, tras elevar su relación a otro nivel, sentía que podría quedarse en un solo lugar si tenía a Abby a su lado, y eso lo asustaba. Y mucho.

Aunque ya no importaba. Ella no quería estar con él. Su reacción había puesto punto y final a su aventura.

¿Qué harían a partir de entonces?

Abby cerró su maleta, deseando poder compartimentar sus emociones igual que hacía con su ropa.

Afortunadamente, no había pensado mucho durante el día, ocupada con la última sesión de fotos del editorial, aprovechando cualquier oportunidad para mantener activas sus manos y su mente. Cuanto menos pensara en lo que había sucedido la última semana, más fácil sería, ¿cierto?

Pues no. Necesitaría una amnesia profunda para borrar los recuerdos de sus noches con Judd.

–¿Puedo entrar?

Judd separó las cortinas de la terraza y entró. Estaba fabuloso con unos pantalones cargo color caqui y una camiseta blanca que acentuaba sus anchos hombros.

–Recuérdame que la próxima vez pida una habitación en la segunda planta –dijo ella, furiosa porque se le había acelerado el pulso con sólo verlo.

–¿Y privarme de la diversión de entrar de pronto?

Abby recordó la primera vez que él había estado en su habitación, sólo con unas bermudas y una sonrisa, y los inolvidables recuerdos de la primera vez que habían hecho el amor.

Se cruzó de brazos para ocultar lo que esos recuerdos estaban provocándole.

–¿Qué ocurre?

Judd se acercó a escaso medio metro de ella, invadiendo su espacio personal con su presencia, y Abby necesitó toda su fuerza de voluntad para no alargar la mano y tocarlo.

–Sólo quería pedirte disculpas por cómo han terminado las cosas esta mañana.

Abby apretó los dientes, consciente de que necesitaban mantener esa conversación, pero sin ganas de afrontarla.

–Soy yo quien debería disculparse. Tú estabas lógicamente emocionado con tu nuevo empleo, y yo no lo he celebrado mucho que se diga.

–No pasa nada –dijo él sonriendo y recorriéndole los labios con

un dedo–. Lo que quiero saber es, ¿por qué?

Abby sacudió la cabeza. Necesitaba que él no la tocara para poder explicar racionalmente su comportamiento.

–Supongo que me has pillado desprevenida. Estoy tan acostumbrada a no tenerte cerca, que el hecho de que estés en un solo lugar todo el tiempo requiere ciertos ajustes.

–Eso se debe a lo que ha sucedido entre nosotros esta semana, ¿verdad? ¿Quieres que volvamos a ser sólo amigos, y crees que si estoy cerca seguiremos siendo amantes?

Abby vio su mirada de dolor y se le partió el corazón. ¿Qué podía decir? ¿La verdad, que siempre lo había amado y deseado más como novio que como amigo? ¿O alguna excusa que provocaría una grieta irreversible entre ellos?

Por eso precisamente no debería haberse vuelto loca y haber cambiado los parámetros de su amistad. Y en cuanto a lo de enamorarse de él... ¡había sido la estupidez más grande de su vida!

–Vamos, Abby. Necesito oírte decirlo –rogó él, hundiendo las manos en los bolsillos y marcando más sus espectaculares músculos–. Creía que tus respuestas hacia mí esta semana eran auténticas, que te estabas divirtiendo tanto como yo. ¿Qué ha ido mal?

Abby no podía mentirle, nunca había podido.

–Esta semana ha sido maravillosa. Lo que hemos compartido ha sido fantástico, pero no puede continuar cuando lleguemos a Sidney.

–¿Por qué? –preguntó él, haciendo ademán de tocarla.

Abby se lo impidió con un gesto.

–Porque el hecho de que estés cerca lo cambia todo. Lo vio sacudir la cabeza y le sorprendió su expresión herida.

–¿Por qué? Seguimos siendo amigos íntimos. Y, a juzgar por lo que ha sucedido los últimos días, somos incluso mejores amantes. ¿Por qué no darnos una oportunidad?

Abby sintió tambalearse su resistencia bajo aquella mirada suplicante. Pero no podría soportar verlo marcharse dentro de un mes, o un año. Que sería lo que seguramente sucedería.

Gestionar el rechazo nunca había sido su fuerte, gracias a los raros de sus padres. Sabía que Judd nunca le haría daño intencionadamente, pero sí que la heriría cuando su sed de recorrer

mundo volviera a atosigarlo.

–Porque nada de esto ha sido real –respondió–. Hemos tenido una aventura en la isla, pero una relación basada en algo más que la amistad acabaría con nosotros. Tú nunca te has quedado fijo en un lugar, y eso es lo que yo espero.

Inspiró hondo y decidió poner algunas cartas más sobre la mesa. Si él rebatía sus afirmaciones, tal vez tendrían una oportunidad. Si no... El corazón se le encogió, sufriendo por tener que pasar por aquello.

–Quieres quedarte en Sidney una temporada, pero ¿puedes asegurarme, sinceramente, que eso no va a cambiar? ¿Que no te marcharás cuando sientas el impulso, o cuando las cosas entre nosotros se pongan difíciles, o cuando te hagan una nueva oferta de trabajo? Es lo que haces, es parte de ti. ¿De verdad crees que puedes cambiar tanto?

La poca esperanza que le quedaba se esfumó cuando lo vio negar con la cabeza.

–No puedo darte garantías –contestó Judd, extendiendo los brazos para tocarla, pero dejándolos caer a medio camino–. Sabes que no soy ese tipo de hombre. Me conoces mejor que yo mismo.

–Por eso sólo podemos ser amigos.

Expresarlo en voz alta le partió el corazón. Abby clavó la vista en el océano para disimular las lágrimas.

Judd deseó que lo mirara, pero ella lo evitó. Estaba destrozado. Albergaba la esperanza de que pudieran solucionarlo, de que, si tenía una conversación sincera con ella, podrían llegar a algún tipo de acuerdo.

En lugar de eso, ella no confiaba en él, no creía que pudiera cambiar, que la quería lo suficiente como para cambiar. Y ella no tenía ningún interés en dar una oportunidad a su relación.

–Si eso es lo que quieres, seremos sólo amigos –afirmó, luchando por ocultar su desilusión.

–De acuerdo.

Judd sintió un puño de hielo apretándole el corazón. Ella tenía razón, ser amigos era mucho más fácil que amar a alguien. ¿Podría él separar ambas cosas, después de haber sido tan tonto como para enamorarse? ¿Podría volver a la rutina de las bromas, cuando cada vez que la veía sonreír, deseaba abrazarla, y cada vez que lo tocaba,

deseaba arrancarle la ropa?

¿Y qué sucedía con las veces que ella le había dicho «te quiero»? En el pasado, él sabía que lo decía de corazón. Se querían como amigos desde que podía recordar, y cada vez que ella se lo decía, atesoraba sus palabras con afecto. Pero aquella mañana, al despertarse, se había dado cuenta de que deseaba que ella las dijera desde otro punto más profundo.

Pero eso ya no iba a suceder.

–Voy a dejar que sigas con tus cosas –anunció, intentando sonar frío para ocultar su dolor.

–Muy bien –respondió Abby, aunque no parecía estar nada bien.

Judd hundió las manos en los bolsillos para evitar abrazarla. Por primera vez, reparó en las ojeras de ella, en su fragilidad.

–Hasta luego –se despidió, y se dio media vuelta, deseando que ella lo llamara.

Pero eso no ocurrió, y él se reprochó ser tan imbécil.

Conforme el avión despegaba, Abby se reclinó en su asiento y cerró los ojos.

Le dolía la cabeza y el corazón, y necesitaba urgentemente un abrazo. Su mejor amigo sería el mejor para eso... En cuanto lo pensó, casi se echó a llorar.

Judd era su mejor amigo, pero todo había cambiado y ya no lograba imaginarse contándole sus secretos más íntimos, y menos aún tocarlo.

Lo mejor a lo que podía aspirar era a enfrascarse en su trabajo, teniendo en cuenta que tenía el ascenso prácticamente asegurado, e intentar mantener una apariencia de normalidad en su trato con él en la oficina.

«La vida es más que perseguir un trabajo soñado y no comprometerse con nada ni nadie, por miedo a perderlo».

Abby se irguió y quiso abofetearse. Ella le había dicho esas palabras a Judd cuando había huido de Pier Point la primera vez. Cuando él era joven, tonto y lleno de ideales de macho.

¿Qué excusa tenía ella? Estaba haciendo lo mismo de lo que le había acusado a él. La vida era algo más que trabajar y, si apartaba a Judd de su vida por haber sido tan estúpida de enamorarse de él, nunca se lo perdonaría.

Había estado tan fría con él la última vez que habían hablado, que no le sorprendía que hubiera cambiado su vuelo a uno anterior, para evitarla.

Los amigos no fingían que no se importaban, ni saboteaban deliberadamente su relación, ocultando la verdad.

Ella había hecho todo eso y no se sentía orgullosa de ello. Era Judd a quien estaba ignorando, al hombre que lo era todo para ella. Y, si no tenía cuidado, lo perdería del todo.

Suspiró y se apretó los ojos con las manos, deseando que las lágrimas se detuvieran. Nunca se había sentido tan sola, ni tan necesitada de confiarse a alguien. Pero ese alguien iba camino de Sidney y seguramente no querría tener nada más que ver con ella.

Iba a tener que superar aquello y aprender a llevarse con él de nuevo, si no por el bien de su trabajo, al menos por su salud mental.

Ser amigos íntimos había sido lo mejor que la había sucedido en la vida, por eso enamorarse de él sería un error imperdonable, con la opción además de que, lenta pero implacablemente, se volvería loca.

Capítulo 12

Judd contempló su nuevo despacho con una extraña sensación de orgullo. Nunca habría imaginado ver el día en que renunciara a su estilo de vida viajero y volviera a echar raíces en algún lugar. Tampoco había imaginado que se enamoraría tan locamente de Abby que no podría pensar con claridad.

Entrelazó las manos detrás de la cabeza y se reclinó en el sillón ergonómico de cuero, preguntándose cómo reaccionaría ella cuando oyera las noticias de Mark. Conociéndola, probablemente armaría una buena bronca. Sabía lo mucho que adoraba su trabajo, y la oferta de Mark sería demasiado buena para rechazarla, pero teniendo en cuenta con quién tendría que trabajar mano a mano...

Sonrió y miró su reloj. En cualquier momento Abby aparecería por allí, Mark había dicho que la mandaría a verlo después de haberle presentado la oferta.

Tal vez ella tuviera intención de que fueran sólo amigos, pero la haría cambiar de opinión, empezando con una cena de celebración para brindar por su nueva relación laboral. Y tal vez, si tenía mucha suerte, ella calzaría aquellos zapatos rojos...

Su cuerpo respondió al recuerdo de Abby en la habitación del hotel, con bragas de encaje, los zapatos y una sonrisa.

Ciertamente, tenía que hacerla entrar en razón y que abandonara el plan de sólo amigos que ella había decidido. O eso, o enfrentarse a un año de duchas de agua helada.

–¿Tienes un momento para tu jefe?

Judd se irguió y se ajustó la corbata al ver a Mark Pyman entrar en su despacho.

–Adelante, Mark. ¿Qué puedo hacer por ti?

Mark tomó asiento.

–¿Te gusta el despacho?

–Sí, mucho.

–Me alegro.

Mark comprobó su Blackberry y volvió a guardarla.

–Antes no hemos llegado a fijar la duración de tu contrato. Estaba pensando en un año, para empezar y ver qué tal nos va a los dos.

Judd se esforzó por no removerse inquieto en su sillón. Doce meses no era mucho tiempo a nivel global, pero para alguien que llevaba ocho años moviéndose de un lado para otro, sonaba a cadena perpetua.

Una locura de reacción, ya que aquello era lo que deseaba: una oportunidad para asentarse, para ver hacia dónde se dirigía su vida, para darle una oportunidad a Abby y a sí mismo. Pero hablar de ello en términos de contrato daba un enfoque diferente.

–Un año me parece adecuado, pero teniendo en cuenta que nunca he trabajado en moda, ¿podríamos dejar esa cláusula abierta? ¿Hasta que me sitúe, y veamos si es un buen acuerdo para ambos?

Mark lo miró entre incrédulo y admirado.

–Los contratos de *Finesse* no suelen ser de duración indefinida. No estarás intentando engañarme, o planeando dejarme en la estacada, ¿verdad?

–De ninguna manera. Estoy deseando enfrentarme al desafío de trabajar aquí. Sólo que no quiero atarme a nada a largo plazo. Llámalo una fobia personal.

Mark se quedó pensativo unos instantes.

–Esto es inusual, pero voy a confiar en mi instinto y en que no vas a defraudarme –dijo, y se puso en pie con expresión sombría–. Asegúrate de no hacerlo.

–No lo haré –le aseguró Judd, pero Mark ya había salido de la habitación.

Todo estaba saliendo lo mejor posible.

Tenía una oportunidad en un nuevo empleo, en una ciudad que le encantaba, con una mujer que lo significaba todo para él. Y no estaba atado a nada, con lo cual, si no funcionaba, podría hacer igual que siempre: marcharse.

Sin embargo, eso no estaba en la agenda. Especialmente, si Abby se unía a la fiesta, como él esperaba.

Abby salió del despacho de Mark con la cabeza dándole vueltas. Cuando él había dicho que le haría una oferta importante si Isla

Zafiro salía bien, no bromeaba.

Para una estilista de moda, que le ofrecieran todo trabajo importante que *Finesse* tuviera en los próximos dos años, era un sueño hecho realidad. Por no mencionar el hecho de que no estaría atada a un contrato a largo plazo, y podría seguir trabajando por su cuenta también.

Casi no podía creérselo, y normalmente se habría lanzado sin pensarlo. Sin embargo, aceptar aquella oportunidad de las de una vez en la vida implicaba atarse a Judd.

Mark había dejado muy claro que Judd era una estrella para la revista, y que trabajaría mano a mano con él, si aceptaba el puesto.

¿Cómo iba a renunciar? Su empleo siempre lo había sido todo para ella. ¿Y qué si había sido tan tonta como para enamorarse de Judd? Ya le había dejado muy claro que sólo podían ser amigos. Con un poco de tiempo, estaba segura de que recuperarían su antigua camaradería.

Inspiró hondo y llamó a la puerta del nuevo despacho de Judd. Tenía que aclarar aquello y asegurarse de que Judd comprendía en qué punto se encontraban.

Acababa de ponerse su chaqueta blanca de Dolce & Gabbana, cuando la puerta se abrió.

–Estaba esperándote. Bienvenida a mis nuevos dominios –anunció Judd, haciéndose a un lado y saludándola con una florida reverencia.

Abby sonrió, deseando que su traicionero cuerpo se tranquilizara. Nada más verlo con un traje de diseño, el corazón le había saltado en el pecho, el pulso se le había acelerado y le había inundado una pasión que creía haber dejado en la isla.

–No están mal –comentó ella, observando las vistas al muelle de Sidney, el escritorio de acero inoxidable, las sillas ergonómicas a juego.

Todo, muy minimalista. Un estilo totalmente ajeno a Judd.

–¿Así que hoy has tenido una conversación con Mark?

Abby se apoyó en el borde de la mesa e intentó actuar como si le hubieran ofrecido el trabajo de sus sueños, con el chico perfecto.

–¿Qué te parece? ¿Vas a aceptarlo? –inquirió Judd intentando parecer despreocupado, sin conseguirlo.

–Es una gran oportunidad. Sería una tonta si la dejo pasar.

–Eso es fantástico –dijo él con una sonrisa.

Se sentó junto a ella y la agarró de la mano, antes de que ella pudiera marcharse.

–Vamos a trabajar estrechamente. Muy estrechamente –comentó él, bajando la voz.

Abby se dijo que debería soltarse. En lugar de eso, se quedó allí sentada e inmóvil, mientras él le marcaba la palma con un beso ardiente y largo que le hizo recordar lo que habían compartido en la isla, y que nunca volverían a tener.

–No tan estrechamente –puntualizó, retirando su mano y acercándose al ventanal para poner algo de distancia entre ambos.

Judd no se movió. Su pose desenfadada destilaba confianza en sí mismo, y Abby se preguntó qué sería necesario para hacerse entender con él.

–Después de lo ocurrido en la isla, no me creo eso de que sólo somos amigos. No tiene sentido, con lo bien que estamos juntos. La Abby que conozco siempre está lista para un desafío, así que, ¿qué vas a hacer al respecto? –la tentó él.

Abby se mordió el labio inferior, temiendo que, contándole la verdad, tal vez se produciría una grieta irreversible entre ellos.

–Háblame claro, Weiss.

En cuanto él la llamó por su apellido, volvieron a la vieja familiaridad y Abby supo que iba a contarle la verdad. Se lo debía.

–No deseo intentar una relación contigo porque sé cómo terminará: tú saldrás corriendo y yo me quedaré recogiendo los pedazos de mi corazón roto. Otra vez.

Judd palideció.

–¿Otra vez? ¿Qué se supone que significa eso?

–No tienes ni idea, ¿verdad?

De pronto él cayó en la cuenta y se aproximó a Abby.

–¿Sentías algo por mí cuando éramos adolescentes?

Abby asintió, mordiéndose el labio hasta hacerse sangre, para no contarle el resto de la verdad, que «sentir algo» era un pobre sustituto para lo mucho que lo amaba y siempre lo había amado.

–Maldición –dijo él, frotándose las manos por el rostro, como intentando borrar los errores del pasado.

Ojalá fuera tan fácil.

–No lo sabía. Aquella noche creí que estábamos experimentando.

Nunca dijiste nada…

Y había guardado silencio desde entonces, reprimiendo sus sentimientos durante todos esos años, sin admitir que no había superado su primer beso, ni su primer amor.

–¿Qué puedo decir? Ambos éramos jóvenes, y yo no tenía ni idea de que sentías lo mismo que yo. Además, tú tenías lugares adonde ir, cosas que hacer… Eras mi mejor amigo, y no quería entorpecer tus sueños, ni detenerte.

–¿Hiciste eso por mí? –preguntó él, con tanta ternura que Abby estuvo a punto de desvelarle el resto.

–Por supuesto. Eso es lo que hacen los amigos: colocan los sentimientos de la otra persona por delante de los suyos, aunque duela.

Se detuvo y apretó los puños para no extender los brazos y tocarlo.

–Pero ya no más. Esta vez, voy a ocuparme de mí.

Judd fue a agarrarla, pero ella elevó las manos a modo de advertencia, y él se contuvo.

–Siento haberte herido, y siento que tuvieras que pasar por todo aquello. Pero esta vez será diferente. No voy a marcharme a ningún lado en una temporada.

–Eso lo dices ahora, pero ¿cómo lo sabes seguro? –dijo ella sacudiendo la cabeza–. Trasladarte de un lugar a otro es parte de quien eres, y no quiero perderte de nuevo, especialmente si fuéramos pareja. Y si le damos una oportunidad, o tú te sentirás agobiado y terminarás resentido conmigo, o yo me sentiré culpable por ser el motivo de que te quedes aquí cuando preferirías marcharte. Al final, ambos perderemos y, cuando te marches, yo me quedaré recogiendo los pedazos de nuevo, y no puedo hacerlo. No soy suficientemente fuerte.

Ya estaba, había expresado sus temores, había sido honesta acerca de sus auténticos sentimientos. Pero, en lugar de sentir que se había quitado un peso de los hombros, nunca se había sentido tan destrozada.

–Lo único que pido es una oportunidad.

Abby captó una nota de desesperación en la voz de él y, de pronto, la ira reemplazó al dolor. ¿Por qué Judd le hacía aquello? Había sido sincera con él, y confiaba en que él captara el mensaje

de una vez por todas.

De pronto, supo cómo lograr que entendiera su punto de vista.

–¿Quieres una oportunidad? Dime cuánto tiempo tienes planeado quedarte.

En cuanto vio que él no podía soportar su mirada, supo que había ganado. Entonces, ¿por qué sentía el corazón hecho pedazos de nuevo y como si ella fuera la mayor perdedora?

Judd frunció los labios.

–No estoy planeando irme a ningún sitio.

Decidida a terminar aquello antes de empezar a lloriquear, Abby insistió:

–¿Cuánto dura tu contrato?

Él se tensó y hundió las manos en los bolsillos.

–¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

–Todo. ¿Cuánto tiempo?

–No lo hemos definido –respondió él, derrotado.

–Déjame adivinarlo: ha sido idea tuya, no de Mark.

Él asintió levemente.

–Entonces, ya tienes tu respuesta –dijo ella, atravesando la habitación a grandes zancadas.

–Te equivocas respecto a mí.

Abby conocía aquel tono. Judd lo usaba, con éxito, cuando quería librarse de alguien que no le gustaba o cuando era incapaz de resolver un problema complejo.

Se detuvo en la puerta y se giró hacia él.

–¿De verdad estoy equivocada?

Sin esperar respuesta, salió, deseando tener el valor de dar un portazo igual que se lo estaba dando a cualquier oportunidad de un futuro juntos.

Capítulo 13

Abby dejó la revista en su mesa, contenta por cómo había quedado el editorial de moda. Habitualmente, ver el producto final de unas fotos en las que había intervenido le proporcionaba una gran satisfacción, pero no esa vez.

Conforme contemplaba las fotos de Tara posando con los magníficos conjuntos veraniegos, e intentaba no detenerse demasiado en las increíbles fotos de boda de Judd y ella, el dolor le atravesó el corazón. Había transcurrido una semana desde entonces, pero aún no podía olvidar la mirada de él antes de abandonar su despacho: aquel dolor idéntico al suyo.

Pero había tenido que hacerlo y, tras haber dado su respuesta final a Mark, necesitaba continuar con su vida y centrarse en su carrera. Una carrera sin la lucrativa oferta de *Finesse*.

No podía pasar interminables horas trabajando junto al hombre al que amaba, intentando mantener apariencia de profesionalidad. Ya sería suficientemente difícil recuperar su relación como amigos, teniendo en cuenta la grieta que se había abierto entre ellos. Tristemente, tenía la sensación de que nunca recuperarían la magia de antes de la isla.

–¿Estás lista? –inquirió Tara, asomando la cabeza por la puerta, demasiado alegre para Abby.

–¿Has visto el último número? –le preguntó ella, poniéndose en pie y agarrando su bolso.

–Por supuesto. Es sensacional. No podía esperar menos de un par de profesionales como tú y el bombón.

Abby murmuró una respuesta evasiva, agarró sus llaves y se dirigió a la puerta.

–No te preocupes por las llaves. Conduzco yo –anunció la modelo.

–¿Desde cuándo conduces al buscar localizaciones?

–Desde ahora –respondió Tara, y le pasó el brazo por los hombros–. Vamos, te hará bien relajarte y disfrutar de las vistas del

camino. Tienes un aspecto penoso últimamente y no puedo soportarlo.

–Entonces, no mires –replicó Abby, detestando que Tara tuviera razón.

La mayoría de las mañanas no podía ni mirarse al espejo: tenía los ojos apagados, el cabello sin brillo y la piel pálida.

No era un buen aspecto para una estilista de moda y, después de haber rechazado la oferta de Mark, necesitaba volver a ponerse en movimiento antes de que su carrera se fuera abajo junto con su vida amorosa.

Mientras su amiga tarareaba una vieja canción acerca de no preocuparse y ser feliz, Abby decidió dejar de quejarse. Saldría adelante concentrándose en su trabajo.

–Hablando del bombón, va a ser el fotógrafo de esta sesión –le comentó Tara camino del coche.

–¿Cómo?

Abby se detuvo en seco y la agarró del brazo.

–Pero él trabaja para *Finesse* a tiempo completo. ¿Cómo puede hacer esta sesión?

Tara le guiñó un ojo.

–Según parece, es un encargo especial.

–Magnífico –murmuró Abby, soltándola.

–Creí que debías saberlo, ya que él seguramente va pasarse por la localización.

Con el corazón sangrando, Abby sonrió, a pesar de su recelo.

–Gracias por el aviso. No debería ser un problema, ambos somos profesionales.

Lo único que tenía que hacer era comportarse como una.

Judd se fijó en el cartel con los kilómetros que faltaban para su destino. Desde que había salido de Sidney, había ido contándolos para mantener su mente ocupada en lugar de pensar en lo que le diría a Abby cuando la viera.

La última semana había sido un infierno.

Al rechazar su empleo soñado en *Finesse*, Abby había dejado claros sus sentimientos. Y, después de que ignorara sus llamadas, él se había dado cuenta por fin de que no podía hacer nada para remediar el abismo que se había abierto entre ellos. Así que había

decidido dejarla tranquila.

Por lo menos, su trabajo lo hacía sentirse pleno. A pesar de sus dudas iniciales acerca de trabajar en una revista, *Finesse* era elegante y se merecía su fama como una de las mejores revistas australianas. Él había disfrutado de todos los desafíos hasta la fecha, dedicándoles muchas horas, sobre todo para no pensar en Abby. Desgraciadamente, el trabajo siempre le recordaba a ella, y hubiera dado lo que fuera por compartir juntos su éxito profesional.

Tal vez después de ese día tuvieran una oportunidad.

Se tocó el bolsillo interior de la chaqueta por enésima vez en la mañana.

Conforme el coche recorría los últimos kilómetros, tamborileó en el volante, intentando olvidar la última vez que la había visto.

¿Olvidarla? ¿A quién intentaba engañar? Cada vez que cerraba los ojos, recordaba su último encuentro y el dolor que le había provocado a Abby: la frialdad de ella, su expresión herida cuando él le había confirmado que su contrato no tenía duración determinada, su dolor cuando le había confesado lo mucho que le importaba desde hacía años...

Eso había sido lo más difícil de aceptar, el hecho de que ella lo había amado durante años sin que él se enterara.

Lo que daría por un poco de su amor en aquel momento...

Sacudió la cabeza, tomó un camino de tierra y se detuvo en la parte trasera de una granja solitaria. Apagó el motor y contempló el terreno con ojo experimentado, buscando la localización perfecta para la foto perfecta, intentando no admitir que, de hecho, estaba buscando a la mujer perfecta.

Porque Abby lo era, en todos los sentidos. Le había llevado más tiempo que a otros darse cuenta. Y por esto tenía que hacérselo saber.

Tocándose de nuevo el interior de la chaqueta, y con confianza gracias a su contenido, se dirigió a la granja. Sucediera lo que sucediera, él habría hecho todo lo posible.

Tara tenía razón. Era un lugar perfecto.

Abby subió a la segunda planta, maravillándose ante el encanto de la vacía granja reconvertida en modesto hotel. El estilo rural del diseñador que había encargado aquella sesión saldría muy

favorecido en aquel escenario. Tendría que darle las gracias a Tara cuando regresara a Sidney, especialmente tras lo comprensiva que había sido al quedarse fuera en el último minuto.

Iba a ser duro ver a Judd por primera vez desde que, oficialmente, ella había puesto punto final a cualquier oportunidad de un futuro juntos. Había necesitado el largo camino en coche para aclarar su mente, preparar sus defensas y ponerse su máscara profesional.

Ya se había sobrepuesto a él una vez, podía hacerlo de nuevo.

Dio un sorbo a su botella de agua y se paseó entre las habitaciones. Al abrir la última puerta, ahogó un grito y entró en lo que debía de ser la suite nupcial.

Contempló absorta desde la enorme cama de caoba con dosel hasta el spa para cuatro personas, en una plataforma para disfrutar de la vista de las montañas, pasando por los exquisitos muebles y los cupidos bordados en la colcha. Todo invitaba al romance.

En aquel momento, casi sintió náuseas.

Dio la espalda al incitante ambiente, enjugándose las lágrimas, y se dio de bruces con el hombre que los había puesto en aquella situación.

Capítulo 14

–Hola, Abby –saludó Judd, agarrándole las manos y llevándoselas al pecho, evitando que se cayera.

Abby lo miró, conmocionada por la reacción traicionera de su cuerpo al verse tan cerca de él. A pesar de que Judd le había partido el corazón, todavía tenía el poder de reducirla a aquello.

–Suéltame –ordenó ella, apretando los puños y lista para golpearlo en el pecho si tenía que hacerlo.

Su pecho… Por un instante, había saboreado el verse obligada a tocarlo, y había deseado explorarlo igual que en la isla.

–No, ya he cometido ese error y no voy a repetirlo –dijo él.

–Ambos hemos cometido errores. Dejarme marchar ha sido el menor de los tuyos –puntualizó ella, dividida entre el impulso de salir corriendo y el de pasar unos minutos más en su compañía.

No tenía muchas opciones. Tenía que trabajar con él, así que huir no era una opción, por más que lo deseara.

Judd cerró la puerta con el pie, sin apartar la mirada de Abby.

–Tan sólo escúchame esta vez, ¿de acuerdo? Como amiga, seguro que puedes concedérmelo.

–No juegas limpio –murmuró ella, girando el rostro para evitar su hipnotizante mirada.

–Esta vez no estoy jugando y quiero que lo creas –aseguró él–. Siento haber estropeado las cosas. Te debo una explicación.

–No me debes nada –replicó ella, intentando soltarse.

–Por favor, cariño –rogó él.

Abby se detuvo, reprochándose en silencio el poder que él todavía ejercía sobre ella.

–De acuerdo.

Se cruzó de brazos y se apoyó en el respaldo de una silla, fingiendo que nada le importaba.

–La única razón por la cual todavía estoy aquí es porque tenemos que trabajar juntos, así que espabila.

Tenemos un encargo que cumplir.

No comprendía el brillo en la mirada de él, como si supiera algo que ella desconocía. Se acercó al ventanal para no preguntarse qué estaría tramando él.

–Lo que tengo que decirte no llevará mucho tiempo –explicó Judd, aproximándose a ella.

Abby notó el calor que irradiaba de aquel cuerpo y casi se reclinó contra él, ansiando su abrazo cálido.

–Pues dilo, para que podamos marcharnos cuanto antes –dijo ella, sin poder contenerse de mirarlo a los ojos.

Él alargó una mano, pero ella dio un paso atrás: no quería arriesgarse al contacto físico cuando su mirada ya estaba afectando desastrosamente a su equilibrio interior.

–No te dije toda la verdad en Isla Zafiro –comenzó él–. Desde antes de empezar, sabía que me quedaría en Sidney una temporada. Ya lo había decidido antes de aceptar el encargo.

Abby supo que estaba siendo sincero.

–Entonces, ¿por qué aceptaste tener una aventura breve, si sabías que ibas a quedarte un tiempo? ¿Por qué nos harías eso? –inquirió ella.

Deseaba no tener que conocer toda la verdad, pero si no lo hacía, nunca podría continuar con su vida.

–Sabes que por eso accedí yo, porque iba a ser algo pasajero, y luego tú volarías a cualquier lugar de la Tierra y podríamos retomar nuestra vieja amistad.

¿Por qué arriesgar eso? –añadió.

Judd tuvo el detalle de parecer avergonzado. Se apoyó en el marco de la ventana y clavó la vista en algún punto lejano.

–Eso es algo más complicado de explicar.

–Inténtalo.

Él le lanzó una mirada que la dejó clavada en el sitio.

–¿De verdad quieres oír la lamentable historia?

Abby asintió, ignorando el dolor que se había instalado en sus huesos, vaciándola de toda animadversión. Se encontraba más allá de los reproches. La última energía que le quedaba la usaría para poner fin a aquello y mirar hacia el futuro. Un futuro sombrío sin el amor de su vida.

Judd carraspeó.

–Conoces mi pasado, y que toda mi vida e intentado escapar de

él. Pero la motivación profunda ha sido que estoy terriblemente asustado. ¿Y si la debilidad de mi padre es hereditaria? ¿Y si acabo como él? Así que corro, me enfrasco en mi trabajo, no me permito intimar con nadie… excepto contigo.

La tomó de la mano, y ella no fue capaz de retirarla. Sabía que él estaba hablando desde el corazón.

–He dependido de ti desde que nos hicimos amigos. Has sido la única constante en mi destartalada vida. Después de la noche de la graduación y nuestro beso, no pude arriesgarme a estropear nuestra amistad por lo que consideré un mero deseo adolescente, así que ignoré lo que había sucedido, me centré en nuestra amistad, y eso pareció funcionar hasta Isla Zafiro.

Le apretó la mano y ella le correspondió, en un silencioso mensaje de ánimo.

–Ya había decidido establecerme en Sidney un tiempo porque estaba cansado de huir. Y verte de nuevo avivó las cosas entre nosotros de una manera que nunca habría imaginado, nos convertimos en amantes y sólo podía pensar en lo maravilloso que era –continuó, haciéndole elevar la barbilla–. Tú también lo sentiste, ¿verdad?

Abby suspiró. Ahí era donde ella contaba una enorme mentira y terminaba con todo aquello de una vez por todas.

Pero no podía mentirle.

–Lo que yo sienta no cambia nada –respondió, sacudiendo la cabeza–. Agradezco que me digas todo esto ahora, pero eso no cambia el hecho de que seguramente saldrás corriendo antes o después, y no puedo arriesgarme a eso.

–Pensé que dirías algo así –comentó él, sorprendentemente tranquilo, y sacó un papel del interior de su chaqueta–. Esto es para ti.

Era un contrato con *Finesse*. Abby lo reconoció porque acababa de rechazar uno.

–Léelo.

Sabiendo que él no cejaría en su empeño, Abby ojeó el documento.

–Es tu contrato –dijo, confusa.

–Lee la última página, particularmente los términos y duración del mismo.

Abby la leyó y releyó, sin dar crédito.

–¡Aquí dice que vas a trabajar para *Finesse* durante los próximos cinco años!

Judd sonrió triunfal.

–Exacto. Está todo por escrito.

A Abby se le aceleró el pulso con las implicaciones que eso suponía, pero no podía entenderlo, y mucho menos aceptarlo.

–Nadie firma un contrato de trabajo por tanto tiempo. Es una locura.

–Sólo lo hace si está locamente enamorado y lo suficientemente loco como para querer estar con su mejor amiga para siempre, casarse con ella y nunca separarse de su lado –aseguró él con los ojos brillantes de amor, mientras la levantaba en brazos y giraba con ella.

–¡Estás loco!

Abby lo golpeó en los hombros con los puños, incapaz de aplacar la ola de gozo que la invadía, conforme asimilaba el alcance y repercusiones de lo que él había hecho.

Judd la fue dejando resbalar hasta que sus rostros se encontraron a meros centímetros, y entonces la besó.

–Vamos, Weiss, deja de torturarme. Dime que tú también me amas –susurró junto a su boca, haciéndola estremecerse.

Ella sonrió y recorrió su rostro con las manos, asombrada de la profundidad de los sentimientos de ambos.

–Yo también te amo a ti.

Judd gritó de alegría y sonrió.

–No voy a dejarte nunca, haya contrato o no, ya lo sabes –afirmó, acariciándole la mejilla con ternura.

Abby no necesitaba que la convenciera. De hecho, ni siquiera necesitaba un papel que probara que él estaría a su lado en los próximos cinco años.

Él la amaba. Y ella lo amaba a él. Eso era lo único que importaba.

La vida nunca tenía garantías ni límites de tiempo, y ella aprovecharía cada precioso segundo que pudiera estar a su lado.

–Así que no vas a dejarme nunca, ¿eh, Calloway? Eso es mucho tiempo.

–Será mejor que te lo creas –contestó él, y la besó como un

hombre con algo que demostrar.

Epílogo

Judd dejó su cámara y se acercó al sujeto de sus fotos, que estaba arreglándose los pliegues del vestido.

–Deja de preocuparte, tenemos cientos de fotos –dijo él, deslizando la mano por debajo de la falda.

Abby le apartó la mano.

–¿Qué culpa tengo de querer recordar este día? –bromeó él, deslizando la mano de nuevo, y llegando hasta su rodilla.

Abby elevó la vista al cielo y le dio un manotazo en la mano.

–Creí que era la novia la que llegaba al límite el gran día. Y no olvides que ya hemos hecho esto antes.

–No lo dirás por la sesión en la isla, yo no tomé ninguna de las fotos aquel día –replicó él, acariciándole el muslo y disfrutando de su reacción–. A menos que cuentes las que tomé cuando estabas desnuda en nuestra fingida noche de bodas.

–¡No puede ser! –exclamó ella horrorizada, poniéndose en pie.

Judd rió y la abrazó.

–Tienes razón, no es cierto. Pero te lo has creído, ¿eh?

–Eres malo –dijo ella abrazándolo, inmediatamente perdonado–: primero me dejas soñando contigo durante ocho años y luego regresas a mi vida y la pones del revés. Lo menos que puedes hacer es darme un respiro y dejar de gastarme bromas.

–Eso no va a ocurrir nunca. Es parte de nosotros –aseguró él y la besó–. Ah, casi olvido tu regalo.

Abby le acarició el rostro con ojos brillantes de amor.

–Ya tengo mi regalo.

Él la besó en la nariz.

–Gracias, pero debes ver esto. Lo he preparado para ti.

La tomó de la mano y trató de no reír mientras la llevaba a la parte trasera de la granja. Habían regresado a la pintoresca casa rural para la ceremonia tranquila e íntima con la que habían compartido su alegría con los pocos invitados.

Había sido un día adorable, con algunos amigos cercanos y Tara

y Tom, los testigos, sin apartarse el uno del otro.

–¿Mi regalo está ahí? –cuestionó ella, suspicaz, según se acercaron al granero.

–Ya lo creo.

Judd abrió la puerta y atrajo a Abby hacia sí.

–Dado que sentías algo por mí desde el instituto, he pensado que tal vez te gustaría revisitar algunos recuerdos. Particularmente, la noche de la graduación.

Abby rió cuando él la llevó frente a un viejo Ford Mustang, una réplica exacta del que él había tenido de adolescente.

Ella pasó la mano sobre la reluciente pintura roja y lo miró coqueta.

–Es cierto que yo sentía algo por ti entonces. Aunque, si la memoria no me falla, fuiste tú quien me besó esa noche…

Los ojos de él ardieron de deseo, conforme se acercaba a ella y la aplastaba contra el coche.

–Meros detalles. Lo que importa es que no fuimos más allá de ese beso, y creo que es hora de remediarlo. ¿Le importaría que fuéramos hasta Pier Point, antes de tumbarnos en el asiento trasero, señora Calloway?

Ella rió y lo abrazó por el cuello.

–Eres todo un romántico –dijo, y lo besó, recreándose en la certeza de que aquel hombre, su mejor amigo, amante y por fin marido, todavía podía sorprenderla.

Él respondió con un beso lleno de promesas de eternidad.

–Y nunca lo olvides.